



Anselmo Suárez y Romero

Francisco. El Ingenio o las Delicias del Campo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Anselmo Suárez y Romero

Francisco. El Ingenio o las Delicias del Campo

Novela cubana

(Las escenas pasan antes de 1838.)

Advertencia

No fue Francisco mi primera producción literaria; pero solamente había escrito los cuadros titulados Una noche de retreta, Un viejo impertinente, Un recuerdo, y Carlota Valdés, cuando emprendí, en 1838 y acabé en 1839, aquella novela, excitado por Domingo del Monte, a quien había pedido Mr. R. Madden algunas composiciones de escritores cubanos con objeto de saber el estado de la opinión acerca de la trata y de los esclavos, entre los jóvenes pensadores de Cuba. Desde el campo remitían los borradores a José Zacarías González del Valle, para que los corrigiese y copiase, y un traslado que él sacó con él título de El Ingenio o las delicias del campo, más apropiado, en concepto de Del Monte, que el de Francisco, pasó a poder de Mr. Madden, permaneciendo desde entonces los borradores, en la misma forma en que salieron de mi pluma. La copia que ahora coloco en este volumen no difiere de los originales, ya casi ininteligibles en muchos puntos, sino en la ortografía, habiendo reproducido fielmente aquéllos, aun en infinidad de palabras y frases que el lector tildará desde luego, como lo hacía yo conforme las iba leyendo. En nada he variado tampoco el plan, dejándolo intacto en su conjunto y en sus detalles.

El lector me hará, sin duda, un cargo por haber respetado hasta ese grado una producción que bajo tal forma no es digna de darse a la prensa. Yo lo acepto; pero voy a decir lo que me ha sucedido. A ruegos de varios amigos he intentado algunas veces retocar en el fondo y en el estilo a Francisco; mas pronto conocí que, escrita la novela por mí hace tantos años, con el candor y el desaliño de un joven sin conocimientos de ninguna especie, porque hasta de numerosas faltas ortográficas están plagados los originales, lo que surgía, desde las primeras páginas limadas, era una nueva obra, y no la misma que brotó como un involuntario sollozo de mi alma al volver la vista hacia las escenas de la esclavitud. Así es que he rasgado todas las copias con enmiendas que comenzaba a hacer, prefiriendo que se mantenga el trabajo primitivo con el color ingenuo, imposible de ser imitado en el ocaso de la vida. Cuando publiqué mi Colección de artículos, en 1859, quise que entrasen a componer parte de ella los Fragmentos. El censor los rechazó apenas hubo leído los primeros párrafos, y si siempre había comprendido yo que mi novela no podía publicarse

mientras existiese entre nosotros la esclavitud, lo cual influyó incuestionablemente para que en su oportunidad no tratase de mejorarla, los Fragmentos son, bajo todos sentidos, una prueba de que en la actualidad sería vano el intento de reproducir a Francisco metiendo la hoz en sus capítulos para cortar lo malo y salvar lo bueno. Aun la copia que sé llevó Mr. Madden para Inglaterra, y por cuya adquisición estoy dando pasos, tal vez infructuosos por lo tardíos, no es verdaderamente igual a los borradores con cabal fidelidad transcritos ahora, porque José Zacarías González del Valle, que fue, en aquella época, el mejor de mis amigos, me excedía hasta tal punto, a pesar de ser tres años menor que yo, en instrucción y gusto, que sus correcciones, mutilando cuanto le parecía y arreglando algunas frases, acaso quitarían a la novela muchos de sus principales defectos para substituirlos con bellezas acreedoras a los aplausos que entonces equivocadamente se me tributaron, tomándose por exclusivamente mío lo que más había sido parto de otro ingenio. A ese error achaco los desmesurados elogios de Cirilo Villaverde.

Pero confieso que después de tantos años como han transcurrido desde que, mirando de cerca nuestra vida campestre, trazaba con indócil mano los capítulos de Francisco, siempre que los vuelvo a leer, recibo la misma impresión que cuando los escribía. Sin querer, me lleno de tristeza, y acabo, sin poder remediarlo, por derramar lágrimas. Suelo reírme de mil palabras y giros mal usados y de multitud de redundancias y repeticiones enfadosas; pero en cuanto contemplo a Dorotea y a Francisco, víctimas de una institución horrenda, pienso que la crítica literaria, más severa habrá de ahogar sus censuras para compadecer a aquellos dos esclavos desventurados, juntando su llanto con el mío. Es el triunfo que me enorgullecerá.

Muy distante estoy de figurarme que mi novela puede en nada compararse a La cabaña del tío Tomás, de la angloamericana Enriqueta Beecher Stowe; pero debo advertir que mis dolores y lamentos, por más que infringiesen todas las leyes del buen gusto, precedieron algunos años a las elocuentes páginas de aquella esclarecida mujer.

Habana, y julio 23 de 1875.

Anselmo Suárez y Romero

Capítulo I

Apenas se había levantado Ricardo, hermoso joven, hijo de la señora doña Dolores Mendizábal, ilustre y rica habanera, cuando se dirigió de la casa de vivienda a la de trapiche, donde estaba el mayoral, y habiéndole dado los buenos días, le dijo:

-¿Lo despachó usted? ¿Le ha chorreado la sangre? ¿Lo dejó usted a medio morir?

-Sí, señor, -le respondió aquél quitándose respetuosamente el sombrero.- No le cogió el sol en la cama; al Avemaría llevó su fondo, que le sabría a miel, porque el yelesito era de todos los demonios y el muchacho tiene la mano un poco pesada. Esta cáscara de vaca no es mala; es del buey Tigre, que se murió el otro día de viejo. Luego, el negrito vino con

recomendación de la señora. ¿Servir mal a quien me paga el dinero con puntualidad? ¡Ni por pienso! Estos totíes se me atorán aquí en la garganta. Ítem más que...

-Todavía no me ha respondido usted. ¿Le chorreó la sangre? ¿Se puede menear? ¿Le arrancó usted la tira del pellejo?

-¿No le estoy contando al Niño? Les mandé a Juan, a Candelario, a Wenceslao y a Crispín que me lo sujetaran por las manos y las patas; y yo mismo, con estas manos -¡cómo las maldecirá el maldito!- empecé a desflecarlo. «Uno, dos... lleva la cuenta», le dije, «en equivocándote, vuelvo a empezar la fiesta». A las ocho se equivocó y tuve que cumplirle la palabra. Comencé de nuevo. ¿Qué iba a hacer? Pero el negrito se emperró, que parecía un verraco montuno, y no quiso contar más; mordía la tierra, se mordía los bembos, echaba sangre por la boca y crujía los dientes. Bien. La jarana le costó treinta zurriagazos de añadidura. Por cincuenta llevó ochenta. Estos marinitos de la Habana creen que uno se mama el dedo y que se deja pasar la mota por la cara. ¡Pues arríense, y veremos dónde nos da el agua! ¡Apuradamente soy muy blandito de genio!

-Hombre, por la Virgen Santísima, no he amanecido con ganas de conversar, y me está moliendo los sesos. Clarito, sin rodeos, responda usted a mi pregunta: ¿Salió o no salió la colorada?

-Toma que si salió ¡A mares, niño Ricardo! A cada beso de la pajueta saltaba un chorro; al fin, es de cañamo. Y no fue eso lo mejor del cuento; los orines con aguardiente, sal y tabaco con que le embarré las nalgas; no le valió la guapería; dio más saltos que un venado. ¡Si digo yo que la unturilla es áspera!

-¿Dónde lo ha puesto usted? ¿En el cepo?

-¡Bah, bah! ¡Entonces de nada le serviría el almuerzo! Le pegué un par de trabas, le di su machete, y se zumbó a cortar caña con la gente. ¡Estaría bueno dejarlo descansar a la sombra! ¡Las cosas del Niño! Y mañana tempranito, veinticinco, y pasado, otros veinticinco; el novenario del Arcángel. No le faltará tampoco el unguento de la Magdalena; soy un médico que paso de inteligente en la facultad. Después lo pondremos donde sude para que le `salgan los malos humores que debe de haber traído de la Habana, verbigracia, en las fornallas metiendo combustible, siempre con su grillete, y alerta sobre él. ¡Que se resbale, le encontrará los cinco pies al gato! Pero no me ha contado el Niño: ¿Le faltó a la señora? ¿Se huyó? ¿Se emborrachó? ¿Robó alguna cosa?; ¿Qué fue? Me dijeron: Don Antonio, una ración buena, que la sienta, y se la di. No obstante, es bueno saber su delito. Así me arreglaré en lo venidero.

-¿Su delito? ¡Una bobada! ¡Qué tuvo un hijo con la costurera de Mamita, sabiendo que es la niña de sus ojos! Y el muy perro, el muy atrevido, ni se lo negó, aunque fuera por respeto. «Es mi hijo, y su mercé me perdonará, señora» Éstas fueron sus palabras; don Antonio. ¿Habrás visto un descaró igual? Por su linda cara, después que trastornó a la

mulata y le hizo la barriga, después que contravino las órdenes de su ama, pedir perdón, sin más acá ni más allá, es el colmo de la osadía. ¿Perdón? Sí, ya te lo estamos dando. ¡Cuero, cuero, es lo que tú mereces, vil! Y las órdenes de una ama tan bondadosa, tan complaciente. Por eso la tratan con la punta del pie. Desengañémonos, don Antonio, con los negros no valen condescendencias; se pierden sin remedio, y los amos son los que pagan el pato; desuéllelos usted vivos, trátelos usted a la baqueta, a patadas, a palos, como a los mulos y a los perros, y será bien servido; andarán más listos que un lince.

-¡A buen pollo está aconsejando el Niño! Una cosa que la aprendí desde que me puse los calzones. Que no los hubiera yo manejado así y tal vez estaría hoy Su Señoría comido de los gusanos, o sin hallar finca en que acomodarse. En andando con blanditas, se duermen, se duermen, señorito, y el número uno no está muy seguro; el manatí atrás, el manatí, y verá usted lo que el Niño dice, que se matan trabajando, y que respetan y adoran al amo; esto es tan cierto como la Santísima Trinidad. Diez ingenios he manejado y en todos he seguido el mismo plan. No tengo de qué arrepentirme. Le contaré al Niño.

-Pero, señor, Mamita les tiene lástima; dice que es menester, mirarlos. Yo no puedo creerlo. Ellos descienden de los monos,

no lo dudemos; repáreles usted sus bombas, su nariz ñata, su frente aplastada, la pasa, su haraganería, su torpeza, su abandono, su bestialidad, su ingratitud para con todo el mundo. Mire usted cómo le pagó ese salvaje a Mamita, perdiéndole una criada de estimación, deshonorando la casa, dando un ejemplo terrible a los demás esclavos. ¡Ah, y me afirmarán que son hombres que merecen compasión!

-Dispéñeme el Niño que le interrumpa. El año de 24 me apalabré para mayoral del ingenio San Salvador, allá arriba, cerca de Matanzas, y varios individuos me dijeron que si yo era loco, porque la negrada estaba muy resabiada, y se corría el rum-rum de que los negaos habían mandado a un mayoral a la ciudad de canillas, que lo habían ahogado, y que lo habían enterrado dentro del monte. ¡Qué sé yo! Lo cierto es que me pusieron la cabeza como un güiro. ¿El Niño se asustó y no fue? Pues lo mismo hice yo. Me llevé dos perros, dos trabucos de presa, y uno de busca. Azulejo era uno de ellos. Preparé un garrote de naranjo de dos pulgadas de grueso, afilé mi machete, y pecho al agua. ¡Qué chiqueo, señor, qué tongonearse, qué de melindres y delicadezas; unas sonrisitas, un hablarse en voz baja, un susurro como el de las abejas! Al otro día ahilé a los negros dos horas antes de salir el sol; viré a catorce, y al contramayoral de cabecera; les unté el unguento consabido, les eché una rociada, los mandé al corte, y yo iba detrás en mi mula, con los perros, avivándoles con la pajuela. A las once fui al corte, y viré a seis; a las doce, a cinco; a la Oración, a nueve. Uno se quiso huir y le atojé los perros; no le quedaron más ganas de jugarse conmigo. A otro le rompí la cabeza de un macanazo. En fin, Niño, puse a la negrada como una madeja de seda; que yo mismo me asombré. Aquel año hice mil cajas, al otro, mil quinientas, al otro dos mil ¡Y lo que me querían aquellos demonios! En diciendo don Antonio, se despernancaban. Llegó el caso de que yo desde la casa gobernaba todo el ingenio. Hubo vez que me estuve tres días sin salir al campo.

-Un negro, -ya Mamita se habrá desengañado,- un negro que lo sacó chiquito del barracón, que lo crió como a un hijo, que se hizo hombre a su lado, que jamás llevó un

latigazo ni un regaño siquiera, y si no, que enseñe su cuerpo, que lo confiese él mismo; un negro que se ha vestido como un príncipe, el buen calzón, la buena camisa, los buenos zapatos; que siempre tenía que gastar, porque cada rato se le daba, que la peseta, que los cuatro reales, que el peso. ¿Y con cuáles trabajos, don Antonio? Limpiar el quitrín y los arreos, cuidar el caballo, poner la volante de Corpus a San Blando. ¿Era esto ser amo tirano y sanguinario? ¿Merecía Mamita un pago tan infame?

-¡Uf!, ¡uf!, lo peor, ¡la perdición!

-¿Merecía Mamita una recompensa tan infame? Se perderá, repito y repetiré mil y mil veces, se perderá quien sea humano con los negros, porque no son gente, porque son hijos del rigor. ¡Aquí aprenderá Francisco! ¡Oh!, ¡yo no tengo la culpa! Amigo, apretarle la mano duro, mas cuidado con matarlo; es menester que pene mucho tiempo a fuego lento, camarada; el contramayoral

encima, en los trabajos más recios, sus grilletes. ¡Eh!, ¿me ha entendido usted? Está recomendado por Mamita, y ya le he dicho a usted su falta. Adiós. Se me olvidaba al mayordomo que le quite la ropa de listados que trajo, y le ponga una muda de cañamazo; y usted córtele los moños en viniendo del campo.

-Corriente. Se los cortaré a filo de machete, para cortárselos por parejo y que no le lastimen las tijeras.

Una vez que salió Ricardo del trapiche, y que fue a examinar, según costumbre, el azúcar de la casa de calderas, se volvió el mayoral hacia los negros, y con una alegría muy propia de un guajiro que odia a los hombres de color, descargó furioso cuatro o cinco cuerazos sobre cada uno de los desgraciados que trabajaban allí; quizás este castigo dimanaba no sólo del carácter naturalmente irascible de don Antonio, sino también del aliento que le prestaba el amo de aquellos siervos, manifestándole su opinión respecto a las consideraciones que se les debían. No satisfizo su sed rabiosa con los negros del trapiche; recorrió los bagaceros, los juntadores y cargadores de caña, y acaso hubiera ejecutado lo propio con los de la casa de calderas, a no gobernarla un maestro de azúcar, enemigo suyo, y a quien temía en extremo; enemistad y temor nacidos, la primera, de que raros son los operarios de un ingenio que no se aborrezcan recíprocamente, y el segundo, de que a pesar de sus fanfarronadas y de las atrocidades que ejercía en los esclavos, era un cobarde rematado en chocando con personas libres. Resentido de no poder llenar sus deseos, azotó nuevamente a los negros de su mando y, habiendo acabado de sacrificar las víctimas, se recostó en una silla de cuero crudo junto al trapiche, con las piernas cruzadas, fumando su tabaco, y sonriéndose al aspecto del cuadro lastimoso que había preparado para espaciarse. Luego se durmió tranquilo en aquella postura, y entonces ¡qué pensamientos no cruzarían por la mente de los pobres negros!

*

Sabemos que la madre de Ricardo, enojada contra Francisco por haber manchado el honor de una esclava que apreciaba en alto grado, lo mandó al ingenio con encargo a su hijo y al mayoral de que lo castigasen sin piedad. Retrocedamos un poco, y averigüemos si

era fundada o no la pena de un novenario, grilletes por dos años, y destierro perpetuo en la finca, que se impuso al esclavo.

Ricardo decanta, en su conversación con el mayoral, la caridad de su madre y los muchos favores que dispensó a Francisco desde que lo sacó del barracón hasta que se lo retribuyó con un crimen. Es cierto que realizaban a esta criolla su beneficencia y trato amable; prendas de más valía que su inmenso caudal y que el esplendor de su linaje. Pero en Cuba se distinguen los colores de las personas al ponerse en práctica; la humanidad y lo afable del trato son muy diferentes, según que recaigan en los negros o en los blancos; y tal individuo, cuya bondad de sentimientos nada tendría que apetecer en tratándose de los últimos, puede ser un tirano respecto de aquéllos, sin que él mismo lo repunte falta, ni tampoco los que le rodean; de suerte, que lo concedido inocentemente por la naturaleza, ha venido a ser en nuestra tierra un motivo que justifique o desapruebe la moral de cada uno. No negamos por eso que haya quienes rechacen tan ridícula distinción, y amen en igual grado a los unos y a los otros, porque los unos y los otros son nuestros prójimos; mas no pertenecen esos casos a la regla general; parece que la esclavitud ha esparcido por nuestra atmósfera un veneno que aniquila las ideas más filantrópicas, y que sólo deja en su rastro el odio y el desprecio hacia la raza infeliz de las gentes de color. La señora ama de Francisco, que nació y se crió entre esclavos, no pudo eximirse enteramente de este influjo pernicioso. Si bien no oprimía con castigos a sus siervos, los miraba siempre con aquel desapego y sequedad que bastan para señalar la distancia que media de un esclavo a su señor. Los vestía, los alimentaba y los curaba bien en sus enfermedades; de ahí, sin embargo, no pasaban sus atenciones. Por más que fuese de los señores menos crueles en comparación de otros muchos, debemos confesar que sus miramientos para con los negros no provenían de que los estimase dignos de ellos por ser hombres iguales a los blancos; entonces no se habría notado diferencia en su proceder con ambas clases. Los mismos pensamientos de Ricardo acerca del origen y naturaleza de los negros, suponiéndolos descendientes de animales, bullían en su alma; elemento que la hubiera arrastrado infaliblemente a las torpes acciones de su hijo, no habiéndose opuesto su sexo, y cierto fondo de buenas intenciones que, al paso de embellecerla, nos hacen sentir más el extravío que sufrieron; en una palabra, sus sentimientos de caridad hacia los esclavos casi se equiparaban a los que las criaturas compasivas usan respecto a los seres irracionales. De aquí que sus favores se quedasen a medias; y ya por esto, ya por haber mamado con la leche ideas de orgullo y de grandeza, la aristocracia de los criollos ricos y fijodalgos, le exigía un respeto profundo y una obediencia ilimitada, y no obstante la suavidad y dulzura de su genio, se irritaba en extremo cuando se oponían a sus gustos o caprichos. Desde que abrió los ojos empezó a mandar, y la costumbre de ser obedecida destruyó la paciencia que acaso hubiera mostrado con otra crianza. Fuera de este defecto, general en las hijas de Cuba, poco padecían los esclavos bajo su dominio; con tener satisfechas sus necesidades físicas estaban contentos, y querían a la señora Mendizábal lo propio que si los colmara de grandísimos bienes; por eso procuraban adivinarle sus deseos y complacerla en lo más mínimo, seguros de que así alcanzarían su estimación; sabían muy bien, que en contrariándola, los castigaba, no con azotes, ajenos de una mujer y de una mujer esclarecida, y que mal se avenían con su caridad natural, sino privándoles de ropa, de paseos, o de la pequeña merced que regalaba los domingos a los que se habían portado a su gusto durante la semana; sabían muy bien, que complaciente en obedeciéndola, su enojo era cierto y terrible en caso contrario.

De todos sus criados sobresalía uno por lo leal, trabajador y exento de vicios; éste era Francisco. Arrancado de África a los diez años, le fue fácil a la señora Mendizábal amoldarlo a su talante, y mucho más a causa de su carácter humilde; lo apreciaba por consiguiente sobre los otros, y lo distinguía; pero nunca se despojó de la sequedad y tono que la educación le infundiera y que juzgaba necesarios para con los esclavos. Por lo mismo que había concebido la esperanza de sacar de Francisco un sirviente inmejorable, se curó al principio de corregirlo incesantemente, no perdonándole un desliz tan sólo, y de conservar después ilesa en todas ocasiones su autoridad, y el respeto de aquél; con todo de ser el predilecto, el lleno de favores, encontraba en su señora un imperio que no hallaban sus compañeros, por estar persuadida la criolla de que la afabilidad lo hubiera pervertido.

La señora Mendizábal lo educó a imitación de los mejores dueños de la Isla. Por lo que dice al entendimiento, habría quedado en absoluta ignorancia, si no hubiera aprendido a leer y escribir laborando entre una muchedumbre de inconvenientes; conocimientos bastantes singulares en un siervo, y en un siervo de nación. La carencia de libros y de lugar ocasionaron que tales luces, de subido precio en quienes pudieran aprovecharlas, le ayudasen muy poco, y que su talento despejado permaneciese en un abandono deplorable. Su moral adelantó más, oyendo las máximas y santos consejos de la señora Mendizábal, atesorando por naturaleza una índole inclinada al bien, y con el ejemplo de una mujer virtuosa, que influye extraordinariamente en la conducta de los que la tratan de cerca.

Además de su claro entendimiento y riqueza de corazón, lo había favorecido Dios concediéndole un físico encantador; de una estatura aventajada, airoso y fácil en los modales, andaba siempre con la cabeza alta; su tez de azabache lucía sobremanera por el blanco purísimo de sus ojos y de sus dientes; y la sonrisa y el mirar melancólicos que esparcían cierta expresión de tristeza en su semblante, aun cuando penetrase en su alma algún rayo de alegría, y aquel modo de hablar patético, arrastraban consigo a cuantos le conocieran. La belleza de Francisco tenía doble valor, a saber: que las facciones revelaban lo noble y generoso de su pecho, a semejanza de las aguas de un río cuando reflejan la imagen de la luna que brilla en el azulado firmamento. Un pesar lo afligía perennemente: ser de condición esclavo; pesar que no bastaban a suavizar las distinciones de su ama; pesar que sólo puede extinguirse con la muerte. Este dolor, este tormento insufrible habíase propuesto sofocarlo, en la persuasión de que, publicando el mal, acaso crecerían las penas en vez de mitigarse; su genio apacible se hermanaba perfectamente con la resignación de un cristiano, con el sufrimiento de los estoicos, indicio de un alma grande que permanece serena en medio de los infortunios que la abruman. Por eso aquel tinte lúgubre de su rostro que cautivaba y seducía; aquel tinte con que son representados los mártires de la fe.

El género de vida que observaba, iba unísono con sus pesares. Constantemente ocupado en el desempeño de los deberes anexos al oficio de calesero, no se mezclaba en las conversaciones ni en los regocijos de los demás esclavos y mucho menos en sus desavenencias; en acabando de limpiar el quitrín y los arreos y cuidar la bestia, se recogía en su pequeño cuarto, cerca de la caballeriza; almorzaba y comía solo; subía las escaleras de tarde en tarde, y eso, llamado por su señora, que no extrañaba ya aquel aislamiento, por otra parte, de su gusto. Con los de afuera usaba una conducta semejante, y eso que no hay oficio que asocie a los negros como el de calesero; para convencerse de esto, échese una ojeada en derredor, y donde quiera se verán en la Habana grupos de ellos, en las plazas, en

las calles y en los zaguanes, que ora vestidos de librea, con la cuarta en la mano y sonando las anchas espuelas, ora ataviados con fluses, gran sombrero de paja, un pañuelo atado por dos puntas al cuello y cayéndoles sobre el pecho, cantan sus canciones, de que luego sacan los músicos de color las danzas y los vales de Cuba más risueños; o bailan el zapateo, o tocan puntos en el tiple lastimero, o charlan de caballos; carruajes, regateos, y de sus amadas, ponderando y mintiendo a maravilla. Pues Francisco huía de estas reuniones cuanto le era posible. Sin embargo, concurría a las veces instado de los amigos, que lo idolatraban por su desinterés, y que para animarse necesitaban de su habilidad en puntear el tiple. Diciendo que cantaba primorosamente El llanto, habremos dado una idea de la dulzura de voz, de la gracia y estilo, que le acarrearón entre los caleseros el sobrenombre de Pico de oro.

Hay una época de la vida en que el hombre, y principalmente el hombre desgraciado, necesita de una mujer que lo distraiga con sus encantos y caricias; una época en que necesita amar. Francisco llegó a ella, y tornando la vista hacia las jóvenes, tuvo que alejarla de las blancas, que debía admirar tan solamente, y buscar entre las de color el ángel por quien anhelaba en sus horas apenadas. Había en la casa una mulata criolla, hija de la negra que diera de mamar a Ricardo, que a causa de su peregrina hermosura y honestidad y recato infundidos por la señora Mendizábal, a cuyo lado se criara, le pareció a Francisco una compañera a propósito para aliviar sus padecimientos. Llamábase Dorotea, y desempeñaba los oficios de costurera y criada de mano. Muy pronto fue correspondida su pasión y comenzó a gustar el bálsamo que derrama una mujer en los corazones puros e inocentes. Olvidó su condición de siervo; y adorar a Dorotea, proporcionarle goces, pensar en su matrimonio, en los hijos, en el medio de libertarse y en la paz que gozarían, he aquí las imaginaciones e ideas que desde entonces le ocuparon.

Para casarse pidió a su ama el permiso correspondiente, y ésta se excusó de dárselo, alegándole una muchedumbre de razones: que su reserva y melancolía se acordaban mal con el matrimonio, en que los esposos deben ser francos y estar alegres; su edad de veinte y dos años y la de Dorotea que contaba diez y siete; la carga inmensa de ese estado; lo que se arrepentiría cuando le nacieran hijos, e hijos esclavos la pérdida del sosiego que hasta entonces había disfrutado; y por último que, soltero, no había tenido jamás disgustos con los otros domésticos; pero que, casado, indispensablemente se alteraría una amistad tan estrecha, lo cual habría de redundar en perjuicio de él, de su ama y de toda la familia. «Francisco oyó estos consejos con la mayor atención y prometió a la señora Mendizábal seguirlos, poniendo para ello cuanto estuviese de su parte. El pobre se alarmó al oírle que la tranquilidad de la casa se turbaría y prefirió vivir para siempre desconsolado, olvidando a la mulata, y llorar sus desventuras en el silencio y la soledad; enorme sacrificio que los favores de aquella señora le parecieron justificar y que era necesario consumir ya, supuesta la ciega obediencia que de continuo exigía a sus esclavos, y, en particular, a él.

Pero su pasión, como hemos dicho, no había brotado en las risas y placeres, donde pronto se olvidan, sino en medio de amarguras y padecimientos, cuando el corazón humano, enfermo ya de puro sentir, mira en esa estrella del cielo todo lo que le falta en un mundo miserable. El empeño que tomó por ahogarla lo desengañó de que sus fuerzas no eran bastantes para conseguirlo; su cariño fue aumentando sucesivamente, desde que formara la resolución de concluir sus relaciones con la mulata, viendo su hermosura, lo

pensativa y cabizbaja que se había puesto, el esmero con que lo cuidaba y la falta que le hacían sus palabras consoladoras; hasta que, aburrido de sufrir, se echó por segunda vez a los pies de su ama, le pintó sus terribles congojas, le prometió tolerar con paciencia los trabajos del matrimonio que le había representado, y conducirse Dorotea y él de modo que no tuviera la queja más leve contra ellos. La vehemencia con que se expresaba tocó vivamente a su señora, que habría accedido ala solicitud, si el mismo bien del esclavo y otras causas no la indujesen a lo contrario. En efecto, juzgaba incompatibles la misantropía y retiro de Francisco con la sociabilidad que exige el matrimonio, y creía de buena fe que éste sería un fecundo manantial de discordias entre los esposos y sus compañeros. Estimando a su calesero y a la mulata, y amiguísima de que en su casa no hubiese riñas ni altercados, es de presumirse la impresión de estos discursos en el ánimo de la señora Mendizábal que, religiosa por otro lado al extremo, recargó allá en su fantasía la responsabilidad que tendría ante Dios por no haber impedido un matrimonio, fatal para los novios y causa precisa de disturbios y pependencias. Había negado también el permiso una vez, y juzgaba debilidad en su clase de ama el volverse atrás; el gobierno de una casa estribaba para ella en que siempre triunfasen los blancos de los negros. No valieron promesas ni juramentos; se mantuvo firme en su propósito, fiándose en que el tiempo, que todo lo destruye, apagaría poco a poco la llama que sé había encendido en Francisco y Dorotea; como si el amor de dos jóvenes en lo florido de sus años se borrara, mientras viven bajo un mismo techo y respiran un mismo aire.

Siete meses habían cursado de la primera ocasión en que impetró el esclavo la licencia de su casamiento, en cuyo espacio repitió varias veces sus instancias, que fueron siempre denegadas. Recurrió entonces a los amigos y amigas de la señora Mendizábal, a quien respondió ésta con los argumentos que tanto eco le causaban. No percibiendo tabla de que asirse en semejante conflicto, se propuso obedecer a su señora y no usar medios violentos para arrancarle su voluntad. Continuaron adorándose los dos amantes, aunque sin esperanzas de casarse y ocultando sus relaciones a la familia, para lo cual tuvieron que hablarse a horas y en lugares desusados. Al cabo de dos años nadie se acordaba ya en la casa de sus amores y la misma ama imaginó que habían cesado con el poder del tiempo, según lo hubiera predicho a Francisco. Pero este encubrir lo que sentían y esta imposibilidad de llenar sus deseos mediante el matrimonio, contribuyó a que su pasión, reconcentrándose más y más cada día, subiese extraordinariamente de punto. Si habían sido capaces de observar por dos años una conducta tan reservada, fueron después quebrantándola al grado de que comenzasen las sospechas y tras ellas viniese el desengaño, porque a menudo sorprendieron a la mulata conversando desde el balcón y los corredores con el calesero, y cosíéndole su ropa a media noche, ínterin dormía la familia; y el hacerse señas y dirigirse miradas de inteligencia, no dejaron la menor duda sobre el particular.

Una noche, casi a los once, y retiradas las visitas, los llamó la señora Mendizábal para que le confesasen la verdad. No la negaron ni por un momento, antes se la descubrieron paladinamente con las lágrimas en los ojos, y le reiteraron sus ruegos, figurándose que en aquella ocasión no serían desairados. Acostumbrada la noble habanera a ser obedecida de esos dos criados, se admiró de que, habiéndole prometido distraer su pasión, la alimentaran en secreto y la engañasen. Su amor propio se resintió de un comportamiento que no aguardaba, y demostró a los amantes cuán doloroso le había sido y que en ningún tiempo se le borraría de la memoria. Mala razón era aquélla en verdad para moverla a que consintiese

en el matrimonio; opúsose abiertamente, aduciendo, sobre las causas dichas en otra época, que no lo merecían unos siervos que la recompensaban con la desobediencia y el fraude. Estimó un castigo adecuado a tamaña ofensa privarlos de celebrar su enlace y hacerles conocer que su encono y su autoridad podían ser temibles. Los reprendió severamente, les mandó que no se le presentasen de ahí en adelante y que miraran cómo habían de conducirse. Dorotea no le cosió ni le sirvió más a la mano y Francisco no puso tampoco el carruaje.

Esta injusta sentencia, que los condenaba inocentes sólo por haberse amado, y la tenaz oposición de la señora Mendizábal, los irritaron; y minorándose así su respeto y cariño, y no vislumbrando ningún rayo de esperanza, mancharon, extraviados, la limpieza de sus amores. Indignada la señora Mendizábal, trató de vengar su agravio, para lo cual asignó a Francisco, en el primer ímpetu de incomodidad, la pena de cincuenta azotes, grilletes por dos años y destierro perpetuo en la finca, y a la mulata, a trabajar de lavandera en casa de una francesa, atendiendo a su estado, a que era hermana de leche de Ricardo y a que, enviarla donde estaba su cómplice, sería enervar el castigo y proteger sus vergonzosas relaciones.

Capítulo II

El bocabajo que se dio a Francisco por mano del mismo don Antonio, que en aquella ocasión no quiso delegar sus facultades en el contramayoral, según la costumbre, estuvo revestido de las circunstancias que refirió a Ricardo: ochenta latigazos, por no haber llevado la numeración exacta de los que había prescrito el ama; untarle las nalgas con aguardiente, orines, sal y tabaco, después que las tenía sajudas como si se las hubiesen cortado con un cuchillo y chorreando sangre; el estreno de un cuero duro e inflexible que remataba en pajuela de cáñamo; y por añadidura los grilletes y mandarlo a cortar caña, sin considerar que apenas podía tenerse en pie ni que el sol y el trabajo para un hombre acostumbrado a la sombra y a las labores de otra clase, más suaves, quizás le acarrearían la muerte, o, por lo menos, una enfermedad. Por más que se jactase don Antonio de crucificar a los negros y supiese cuánto agradaban al joven administrador y dueño del ingenio las crueldades cometidas en ellos, no se adelantó a decirle que: cuando repartió la negra, había preceptuado al contramayoral que en el corte, y hasta las doce, en que tocase la campana, lo avivase con dos o tres cuerazos por intervalos, y que para disfrazar la causa del castigo, lo colocase a sacar tarea junto a dos negros de los más hábiles y fuertes, por lo que no iría a la par con ellos, y habría motivo de azotarlo. El negro, que a causa de su barbarie en restallar el cuero y de la inhumanidad con que miraba a los otros, sus hermanos y compañeros, había sido promovido al cargo de contramayoral, cumplió religiosamente la orden de su jefe; del Avemaría a las once llevó Francisco un número igual de azotes al que recibiera antes, pero no en las nalgas precisamente, sino en todo el cuerpo desde la cabeza hasta los pies. Las hojas de las cañas lo arañaron y aquella incómoda pelusa, que crían en el cogollo, le abrasó las piernas, las manos y la cara. Era un día de cuaresma, época en que ya el sol ahoga de calor a los habitantes de Cuba, y no bien ha despuntado, cuando deseamos la sombra de un árbol o de una casa que nos guarezca; época en que las aves abren el pico y las alas y se bañan en las lagunas, en los ríos y en los arroyos, mientras el ganado se

amontona bajo las ceibas y las guásimas, en cuyo alrededor ha desquiciado la yerba con la continuación de pisarla y de comerla; era uno de estos días, repito; aun los negros nacidos y criados en el ingenio sudaban copiosamente y a cada momento se les veía vaciar los güiros, que llenaban otra vez de agua de un río inmediato, y tornaban luego a vaciar; lustrosos con el sudor, parecía que les hubieran barnizado todo el cuerpo; los varones se habían quitado las camisas y, tanto ellos como las hembras, se ataron a la cabeza un pañuelo para preservar la pasa; ni una hoja se movía y los pájaros estaban mudos; los negros cantaban sin embargo a su manera; uno se entonaba primero y los otros le respondían con un estribillo conocido de todos; aquél nada más variaba la letra.

Francisco se afanaba por sacar la tarea que el contramayoral le marcó y por seguir la velocidad de los que tenía cerca; pero el peso de su machete de calabozo, escogido por el mayoral a propósito, y el no haberlo amolado; la ninguna destreza en cortar la caña, dividirla en trozos y separar el cogollo; los latigazos, los latigazos sin motivo; el sol, los dolores que sufría, y el estar en ayunas, le aniquilaron las fuerzas. A las diez de la mañana cayó desmayado; el contramayoral y dos negros le arrastraron hasta un ataje y allí lo dejaron en la sombra, ínterin fueran las carretas y una de ellas le condujese a la enfermería. Mas habiendo sido solamente un desvanecimiento de cabeza, en breve rato recobró los sentidos con la frescura del sitio, y levantándose, se reclinó en el tronco del ataje. El contramayoral que lo vio bueno y sano, a su entender, pensó que lo había engañado por librarse del trabajo; vuela hacia él con el cuero en alto y, colmándolo de injurias y desvergüenzas, le cae a cuerazos y lo precisa a correr, no obstante los grillos y el pajonal de la caña, hasta juntarse con la negrada. Poco tardó en desmayarse por segunda vez y ser azotado nuevamente; pero ahora lo fue en el suelo y cuando estaba insensible. Cansado el contramayoral de castigarlo, conoció, al fin, que la enfermedad era real y cierta, no fingida, como al principio se imaginara. A este tiempo llegaron al corte las carretas de tirar la caña y determinó enviarlo a la enfermería para que lo curasen.

Aunque los negros cantaban en el corte mientras Francisco padecía, debemos decir en honor de la verdad que sus tonadas no eran alegres ni risueñas; el bocabajo de por la madrugada los había entristecido, y aquel negro mina de alta estatura y cuyo semblante denotaba amargos pesares, calesero de la señora su ama, que lo había llevado a castigar y a trabajar toda su vida en el ingenio, tan joven, a los veinte y cuatro años, que no había derramado una lágrima y que sólo dio muestras de lo que sintiera mordiendo el suelo y mordiéndose los labios y rechinando los dientes durante el bocabajo; aquel negro los movió a compasión. Así fue que le brindaron de su funche y de su tasajo, ofertas que rehusó; por eso quisieron cambiar con él de machete y ayudarle en su tarea. Con la mira de avergonzarlo, eran dos negras las que pusieron a tumbar caña a su lado, empero tan robustas como un hombre, tan diestras en manejar el machete;

estas criaturas comprendieron el objeto de colocarlas junto a Francisco y, lastimadas de su miseria, aguantaron gustosas algunos azotes, a trueque de no avanzar mucho en la tumba y librar de este modo al desventurado calesero de los que le amenazaban, caso de quedarles atrás; y cuando se distraía el contramayoral, le auxiliaban en su tarea. No podían ofrecerle otros consuelos ni mostrarle de otra manera su buena voluntad.

Cada ingenio, cada cafetal, tiene sus canciones particulares, que se diferencian no sólo en sus tonos sino también en la letra; unas sirven para solemnizar aquellos días en que está contento el corazón, las Pascuas de Navidad, de Resurrección, del Espíritu Santo, el día en que se reparten las esquifaciones y las frazadas, los bautizos, los matrimonios, el principio de la molienda y de la recolección del café, el Año Nuevo, los Santos Reyes; otras acompañan a los entierros, las grandes y pesadas faenas, los castigos inmoderados, el frío y el calor excesivos; en el primer caso más bien se grita que se canta; en el segundo, las modulaciones de la voz son tristes y lúgubres; ni se oye apenas al que guía ni a los que responden, y es necesario no ser hombre para oír esos cantares y no saltársele a uno las lágrimas. Pero hay tonadas que no varían, porque fueron compuestas allá en África y vinieron con los negros de nación; los criollos las aprenden y las cantan, así como aquéllos aprenden y cantan las de éstos; son padres e hijos, no lo extrañemos. Lo singular es que jamás se les olvidan; vienen pequeñuelos, corren años y años, se ponen viejos, y luego, cuando sólo sirven de guardieros, las entonan solitarios en un bohío, llenos de ceniza y calentándose con la fogata que arde delante; se acuerdan de su patria, aun próximos a descender al sepulcro. Pero si Italia es en Europa el país privilegiado de la armonía, la tierra de los minas lo es en África; la música de estos negros llega al alma, habla al corazón; principalmente aquellas canciones que entonan en memoria de los difuntos, con el cadáver en medio sobre una tarima, y ellos entorno sollozando.

En el corte de caña había dos negros viejos que la acarreaban del suelo a las carretas, minas de nación, los cuales, a causa de su edad, guiaban comúnmente el canto de los demás; apesadumbrados con los males de Francisco, eran dignas de oírse sus tonadas; su voz temblorosa, el monótono estribillo de los que acompañaban, el ruido de los machetes que caían y se alzaban a compás y los, diversos sonos y diferencias de las tonadas lastimeras, difundían en el aire una suave melodía. Como quien despierta de un sueño horroroso, y percibe en el silencio de la noche los acordes de un arpa, así oyó Francisco aquellas modulaciones dulces y queridas; recordó los días felices de su infancia, felices, porque era libre: las colinas, las llanuras, los bosques, los arroyos de su patria, a sus parientes, a sus padres; y echando un velo sobre la servidumbre que le había arrebatado tantos goces y sobre las desgracias que lo trabajaban, miró a sus compañeros sonriéndose; después murmuró en voz baja el mismo estribillo con que respondían a los dos ancianos, desde el Avemaría hasta que se desmayó, a pesar de los castigos del contramayoral.

Pero sigámosle en la carreta que lo conducía a las fábricas. Conforme a las instrucciones que había recibido el negro carretero, antes de llegar a la enfermería se detuvo en la casa del mayoral para avisarle que Francisco estaba enfermo. Aquél se ocupaba en topar dos gallos finos en los momentos en que supo la novedad; justamente cuando habían pasado de los revuelos a las picadas, justamente cuando iba a conocer cuál tiraba mejor y podría jugarse con cuatro o seis onzas en la valla la próxima pascua; sentado en cuclillas, los ojos desencajados observando los más mínimos movimientos de los combatientes, el que picaba en la cabeza, el que salía, el que hería de revuelo o de contrarrevuelo; con un vaso de aguardiente en la mano para rociarlos y las trabas tiradas sobre un hombro, ¿cómo había de abandonar el guajiro un recreo tan sencillo e inocente, por la curación de un hombre de color?

-¡Mil rayos y mil centellas te carguen, demonio! -le gritó pálido y temblando de rabia al carretero-. Demonio, ¿tú no sabes ir donde está el mayordomo? Que se muera o no se muera, ¿a mí que me importa? No pierdo ni gano. Míralo allá en los secaderos aventando el azúcar. Díselo a él, que él es quien tiene cuenta con eso, ¡so perro!

-¡Sí, señó, sí, señó; contramayorá manda mí; sí, señó, yo va camina.

El carretero aguijoneó los bueyes, temeroso de que el mayoral le cayese con el cuero, y llevó la carreta al trote hasta los secaderos; comunicole al mayordomo la enfermedad de Francisco, y que allí lo llevaba para que lo curasen en la enfermería.

-Bien, el mayoral te mandó a mí, ¿no es verdad? Su Señoría parece que es muy caballero. Estaría tirado en la hamaca, como tiene de costumbre. ¿No es buena gracia echarle a uno toda la carga encima? El arria me jinchonea por azúcar; hoy es jueves, y mañana viernes, a cargar. ¡Conque estoy aprovechando estos días de sol, y, don Juan, las raciones, don Juan, una coyunda, don Juan, un cachimbo, y don Juan para aquí y para allá; y don Juan sin poder rascarse la cabeza, siempre embromado!

-¡Oh, mi amo! ¡yo no tiene la culpa! Cuando mayorá manda ¿yo que vá hace, pobre clavo? Ése ta malo que ta la carreta.

-¡Esto es insufrible, vive Dios! Si todos trabajaran ¡vaya! Pero los demás se tiran a la banda, a la bartola. ¡Mire usted, soplarme ahora este muerto! Cataplasmas, ungüentos, ventosas, sinapismos, jeringas... sabe Dios lo que le recetará el médico. ¡Hijo de tu madre, anda, anda para la enfermería con él!

En cuanto aspiró Francisco un poco de aguardiente, que le dio a oler la enfermera, se reanimó y recobró los sentidos; y fue así por fortuna, pues el facultativo del ingenio le hubiera empeorado, o quizás matado, suministrándole otros remedios impropios para el caso; baste decir, que habiendo asistido cinco o seis días en cada curso a las aulas y no abierto un libro ni por lo menos en romance, concerniente a la ciencia médica, se graduó de bachiller, a fuerza de empeños, némine discrepante, recogió su título, empuñó la caña de carey, y largose a los campos, no sabemos decir, si a curar, o a precipitar la muerte de los que cayeran bajo sus manos. Bien cerciorado estaba Ricardo, al ajustarlo para su finca, de que era un ignorante de marca; pero el módico salario de veinte y cinco pesos que le pidió, fue un contrapeso que inclinó la balanza; luego, sólo se comprometía la salud y la vida de los negros, fuertes por naturaleza y capaces, según él de resistirlo todo.

-¡Eh, taita!, -le preguntó a Francisco tocándole con el bastón- ¿qué tiene usted? ¿La barriga, el costado, la cintura, qué le duele? Hable, vamos, que ahorita lo pondré bueno. Dígame, ¿ha evacuado?

-Señor, se me desvaneció la cabeza en el campo.

-¿Desvanecimiento de cabeza? Alguna juma. Taita, ésas son borracheras. A ver la boca.

-Niño, yo no bebo ninguna clase de bebida.

-Abra, ábrala bien; no venga con canonigadas. Hombre, no, no ha bebido; ¿qué diablos tuvo, maestro? Desvanecimiento, desvanecimiento de cabeza. ¿Qué será esto? ¿Debilidad un mocetón? Es imposible. ¿Por los azotes? Menos. Está muy robusto. Pues seguramente que tiene sucio el estómago. Saque la lengua. ¡Puf! Sucísima, sucísima. María, mañana, al canto del gallo, un vomitivo de Le-Roy, y pasado, un purgante; y lo pondremos más limpio que una taza de oro. Yo no sé qué diablos tiene la carne prieta para recoger malos humores; todas las enfermedades de los malditos provienen de la serosidad acre; evácuelos usted, límpielos por dentro con sus purgantes y vomipurgantes, y, como con la mano, fuera enfermedades. Taita, no se aflija; de aquí a dos días me dará las gracias. Y tú, María, ¿le has quemado a Juan la pata con la piedra infernal? ¿Le curaste los vejigatorios a Candelario?

-No se quié dejá, siñó.

-¿Qué es lo que me dices, grandísima...? ¿Ahora estamos ahí? Desde ayer le debiste abrasar a Juan la pata, y al otro arrancarle la ampolla. Ya son las doce. ¡Qué animal eres, qué bestia, María! ¿Por qué no me avisaste, bruta? ¿Les tuviste lástima, salvaje? ¡Estamos frescos! A ese paso, harán lo que quieran; a ese paso, no vivirá un enfermo.

-Tá juí, ta pujá mí, siñó. Yo vá curá né cun su mecé.

-Que te empujaron, que no se dejaban; me lo hubieras dicho. El chucho les habría hablado lengua. ¡Cachimbos...! ¿Los curaré por mi bien o el suyo? ¡Ah! ¡y si don Ricardo no se interesara! Tráeme acá la piedra y el cañamazo; que yo voy a enseñarte el modo de curar las llagas y los vejigatorios.

Los dos negros, en quienes pasó incontinenti el facultativo a ejercer sus funciones, estaban acostados en un extremo de la sala donde se hallaba Francisco, sobre tarimas de madera, sin almohada ni otra cobija que sus frazadas; el de las úlceras, pálido, flaco y medio moribundo, apenas podía moverse; y el otro deliraba como un loco, en razón de la fuerte calentura inflamatoria que lo consumía; mal asistidos del médico y de la enfermera, y peor alimentados, casi tocaban al término de su vida. La pieza resonaba con los ayes y lamentaciones del uno y los desatinos y disparates que el exceso de la fiebre hacía proferir al otro, mientras que los demás enfermos, o dormían profundamente, o miraban impasivos aquella escena lastimosa, como gente que al cabo se acostumbra, a presenciar con indiferencia las aflicciones de sus semejantes. Sólo Francisco era capaz de medir allí en todo su tamaño los tormentos que Candelario y Juan padecieron cuando el médico por su misma mano les aplicó los remedios que la enfermera no había podido administrarles. La piedra infernal no sólo quemó las partes dañadas de las úlceras, sino también la carne viva buena; y la ampolla del vejigatorio desapareció al primer estregón del cañamazo sobre la quemadura. Durante la curación el médico les decía:

-¿Qué se creyeron ustedes, zopencos? ¿Que yo estaba aquí para mamantearlos? ¡A la perra que los emburujó! ¡Oiga usted, por unos vejigatorios, por una pasadita de piedra infernal, tantos aspavientos, tanta bulla! ¿Y no fuera peor que les cortara un brazo o una pierna? ¿No sería peor que se los llevase la carreta al camposanto? Respóndanme, si tienen

valor. No huyas el cuerpo, sinvergüenza. ¿Qué dices? ¿Que te cure sin lastimarte? Llama, que venga un ángel. Así padeces menos, de un golpe; aquí está ya el pellejo en el cañamazo. ¿Lo ves? ¡Y cómo le va a purgar! Un río de humores, criatura, ¿y te quejas? Éste es el mejor modo de curar los vejigatorios, de un restregón, de un viaje, al decir y hacer. ¿Y usted, señor de las lacras, ya está zafando la pata? ¡Quieto, quieto!, que va... ¡una quemadita no más! Estire usted el ñame. ¡Tate, ya salimos del lance! ¿Te quemé mucho? ¡Oh, no! Vuelve acá la canilla. ¡Ja, ja, ja! ¡Y cómo grita el condenado! ¿Te arde? ¡Qué! ¿Son candela? Le echaré viento para que se apegue. ¡Gallinazo, mandria!

Concluidas estas operaciones que horrorizaron a Francisco por el modo con que se hicieron, se le encaró el médico, y dejando asomar en sus labios una sonrisa de satisfacción y como de amenaza, le dijo: A ustedes los señores frijoles es menester curarlos así. ¿Has visto? ¿Se manejaban contigo de este modo en la Habana? Pues cuidarse y no enfermar. No beber mucha sidra acañada, no ser muy enamorado; que éstas son las resultas. En enfermándose su señoría, me lo traerán aquí, y yo lo curaré con lo que se debe, aunque berree, aunque clame por Jesucristo. No hartarse tampoco, sujetar el pico; los torozones es la enfermedad más común que les ataca a ustedes; harturas de funche y de tasajo. Y sobre todo, Dios lo libre de venirme fingiendo alguna cosa, que entonces sabrá lo que es cajeta de boniato; se lo adivinaré, mal que le pese, y se arrepentirá. Un vejigatorio al canto. ¿Qué hay? ¿Es católica la medicina? Si usted quiere pasarlo bien conmigo, ande usted derecho y seremos compadres.

Francisco no respondió a este discurso sino aguándosele los ojos, y en habiendo el médico salido, se volvió hacia la pared, y un torrente de lágrimas le inundó al momento las mejillas, por la ingratitud y dureza de su señora que, después de haberlo precipitado en una mala acción, lo mandó al ingenio para que padeciese; la ferocidad del mayoral y el encono de Ricardo, joven con quien se había criado y con quien jugó otro tiempo en la misma finca, recorriendo juntos en un propio caballo las guardarrayas de los cañaverales, los llanos del potrero y el batey; las amenazas del médico; la tiranía del contramayoral; y mil recuerdos de Dorotea, infeliz mulata que sufría por él en una casa extraña, donde la estarían también oprimiendo; el hijo que llevaba en el seno, aquel hijo que por haber provenido de padres infortunados, dividiría con ellos, en cuanto naciera, las amarguras de su suerte; tantas imágenes halagüeñas y tristísimas se chocaban en su fantasía, que no pudo contenerse; sus sollozos apagados, quizás los primeros que salieron de su pecho desde que sentía el peso de la esclavitud, interrumpiendo el silencio de aquel lugar de miseria, retrataban el sonido que forman las aguas de los arroyos contenidas en un remanso al caer de una cascada. La campana que botaba la gente al campo (sería la una de la tarde), cuyas vibraciones, de suyo fúnebres aun en medio de las fiestas y que, al principio fuertes y sonoras, fueron muriéndose luego poco a poco, que parecían gemir las penas de los negros, la despertó de sus cavilaciones; y el ruido de los grillos, el llanto de los criollitos porque sus padres los dejaban solos, las voces del contramayoral ¡alza, alza, a la fila, que el sol va bajando!, el murmullo de disgustos que sigue a estas fatales campanadas, principalmente en las fincas donde el espacio concedido a los negros para comer y descansar al mediodía, es tan corto, que no les basta apenas para asar su ración de tasajo, sino que a medio cocer y a veces caminando hacia el campo tienen que engullírsela de carrera, como a menudo sucedía allí; todo esto, que salía de los bohíos cercanos, y que oyera Francisco a través del embarrado de la enfermería le hizo sumergirse en un piélagos de reflexiones sobre la vida de

los otros negros, y olvidarse de sí mismo; pero, ¿serviría eso de mucho alivio a un hombre de su clase, a un hombre, tesoro de amor y caridad para con el prójimo, y que por estar trabajado de pesares, había de simpatizar pronto con las desventuras ajenas?

Antes de retirarse la negrada a sus trabajos, lo mismo al Avemaría que al Mediodía y a la Oración, se ahíla formando un semicírculo, los varones a un lado y las hembras a otro, delante de la casa del mayoral; éste se pone de pie en el centro y cuando ha notado los negros que le faltan, operación que ejecutan nuestros guajiros con increíble rapidez, le intima sus órdenes al contramayoral, que éstos chapeen, que aquéllos corten caña, que tales vayan a la casa de calderas, cuáles al trapiche, quiénes a los secaderos; y enseguida estalla el cuero en el aire, y los despide con un ¡arreen, ligero, que no les vea las patas! Don Antonio observó en aquella ocasión que le faltaba uno de los principales, el negro calesero de la Habana, Francisco; recordó, como si saliese de un sueño, que lo habían llevado del campo enfermo en una carreta, y que él no le había hecho caso, por estar topando en la actualidad su canelo y su malatobo; después no se le vino más a las mientes, distraído con tусar y rociar a los otros gallos, afilarles los espolones, y untárselos de sebo para que creciesen, componerles las varetas, repartirles el maíz y las yemas de huevo; entretenimiento en que se ocupó hasta que fue hora de botar la gente. Deseando saber la dolencia de Francisco que le excusaba de trabajar, se la preguntó al médico, y como escuchase de su boca que eran vahídos nacidos de suciedad en el estómago y que necesitaba tomar un vomitivo y un purgante en los dos días siguientes, le criticó sus medicamentos y su simplicidad con los negros, exponiéndole por último, qué si por eso iba a quedarse sin trabajar, por aquella bobada, por una pura ficción tal vez, y que caso de no entregárselo en el acto, se quejaría al amo, para que decidiera la controversia. El facultativo, resentido de un lenguaje tan poco urbano, se opuso abiertamente a sus pretensiones, y don Antonio, en extremo picado con esa resistencia, enderezose a la casa de vivienda.

-¿Qué hay, amigo? -le preguntó éste:- ¿alguna novedad?

-No, señor, Niño; el Doctor, que parece nos quiere embutir todos los negros en la enfermería. Treinta y nueve tenemos inútiles, que me dice que no pueden ir al campo; conque saque usted los de los secaderos, los del trapiche, los de la casa de calderas, los del tejar, los del alambique, los que le sirven al Niño, a Pedro, que está cuidando las bestias, a Timoteo, el cocinero de la gente, un sinnúmero, Niño, y verá que yo no tengo la culpa de si no se hace tarea; la semana pasada no pudimos hacer sino setecientos panes, debiendo haber metido ochocientos cincuenta, por lo menos, en la casa de purga; a ese andar, gracias que hagamos doce mil de zafra, no desperdiciando ningún día, y moliendo hasta fines de mayo ya entradas las aguas. En flaqueándole a un hombre los brazos que necesita, ¿cómo va a cumplir bien? Yo me mato, me apuro, reviento trabajando; pero todo se vuelve sal y agua. Al fin de la semana salimos con seiscientos cincuenta, con setecientos panes, y de ahí no rebasamos; y yo ando siempre detrás de la gente; el Niño ve que no la dejo dormir, y que no se juega conmigo.

-¿Y qué hubo ahora con el Doctor?

-¡Cómo! ¿Que el Niño no lo ha sabido? El mina de la señora, Su Señoría el señor don Francisco, fingió allá en el corte un vahído; mandósele al Doctor, y viendo que todo fue mentira, que está tan bueno como una manzana, se le ha clavado en la cabeza que tiene sucio el estómago, que es menester administrarle un purgante y un vomitivo, y por remate del cuento me ha dicho que entre dos, que entre tres días, no debe salir de la enfermería. ¡Y yo que contaba con ese refuercito, me encuentro chasqueado de buenas a primeras!

-¿Y quién, quién le ha dado facultades a ese jeringuero de San Juan de Dios, a ese sangrador, a ese albéitar, para molernos los chichones a todas horas? ¿Pensará envolvernos con sus terminachos? ¡Mentecato! ¿Y qué, me dejaré arruinar por su linda cara? ¡No le hago salir de aquí al trote en su rosillo! ¿Usted dice que Francisco está bueno, que debe coger el machete y zumbarse? ¿Sí? Pues asunto concluido; echarlo fuera de la enfermería; dígaselo usted de mi parte, y que tengamos la fiesta en paz...

-Así, sí. Lo demás es hacer la plaza de bobo. En sosteniéndole a uno el amo de esta suerte -murmuró el mayoral al retirarse- se ríe cualquiera de los trabajos.

El médico tuvo a bien cumplir el precepto de Ricardo; Francisco fue sacado de la enfermería y llegó al campo poco después de la negrada; pero antes de salir le pusieron otra vez los grillos que le habían quitado para mientras estuviese enfermo. Allí se representó por la tarde la misma escena de por la mañana: los castigos del contramayoral, la compasión de las negras y aquellas canciones que los dos minas ancianos entonaron, acompañándolos Francisco y los demás esclavos. Cerca de la Oración, al esconderse el sol, cuando ya la oscuridad de la noche confundía los objetos, la negrada fue a las márgenes del río, que a breve distancia se deslizaba, a cortar yerba de Guinea para los caballos, pues aunque de ordinario en la molienda se les lleva el cogollo de la caña con las ramas, la copia de aquel pasto, muy más sabroso y nutritivo para las bestias, le hizo al mayoral preferirlo. Cada negro cortó un buen haz, lo ató con bejucos y lo cargó en la cabeza; unos metieron los machetes en él, otros en sus vainas, y las mujeres los colocaron en la tira de cuero con que se ciñen el talle a modo de cinturón; el contramayoral se colocó el último de todos, y en este orden, aglomerados los varones y las hembras, los chicos y los grandes, y hablando un guirigay a su manera, ininteligible, cogieron el camino de las fábricas. Entonces tocó el ingenio las campanadas de la Oración

, las primeras con espacio de una a otra, y las restantes sucediéndose con rapidez; y así fueron oyendo las campanas de las fincas vecinas, por cuyos diversos sonidos conocían de donde eran; hasta que entraron en el ancho batey, iluminado por la luna. Esta hora en cualquier parte es solemne, en cualquier hombre despierta sentimientos que le abaten las alas del corazón; pero en los ingenios, en los ingenios -¡yo no sé cómo explicarme!- en los ingenios es menester llorar. No se escuchan más que los grillos de los negros, los cantos del trapiche, el crujir de las carretas que descargan la caña en la pila ¡y algunas veces el chasquido del cuero! ¡Cuántas ocasiones, yendo Francisco con su señora al ingenio, se había dedicado por la misma hora a meditar sus penas y las de aquellos negros! ¿Presentiría por ventura que habría de acompañarlos más adelante? Dos meses hicieron en la actualidad de una noche en que, la Pascua próxima pasada, se sentó en la rampa del trapiche y se dio largo tiempo a mil reflexiones dolorosas; y a la sazón componía parte de la negrada, se veía ahrojado, lleno de golpes y de latigazos, sin tener a quien volver los ojos, porque el amo,

el mayoral, el contramayoral, el médico, todos eran enemigos suyos, ninguno se dignaba de socorrerlo en su desamparo. ¡Pobre Francisco en aquella hora!

Don Antonio repartió en la fila los negros del cuarto de prima y los del cuarto de madrugada, es decir, la cuadrilla que debía velar hasta las doce y la que le reemplazaba hasta el Avemaría, donde se quedan en los trabajos de las fábricas los negros menos fuertes, y los más robustos y ágiles vuelven a carretear y al corte. Hay una diferencia muy notable entre estos cuartos; el de prima es mejor que el de madrugada; acostándose los esclavos a las doce cuando les acosa el sueño, no padecen ni la mitad que aquéllos que se recogen a la Oración cuando no lo desean; y es de presumir por consecuencia cuál le tocaría a Francisco. Ni le fue dable entretanto conciliar el sueño, porque el silencio y la soledad de la noche le trajo en todo su tamaño la memoria de sus infortunios, y no lo permitían tampoco los latigazos y los golpes, el tener metidos los dos pies en el cepo y el hallarse acostado en una tarima sin almohada en que asentar la cabeza, ni frazada con que taparse del frío, pues don Antonio no le dejó buscar la suya, llevada de la Habana, y es sabido que en el campo son siempre las noches frescas, máxime en los primeros días para los que cambian de temperamento; pero sus compañeros de cepo se durmieron al instante. El Arado demarcó el punto de mudar el cuarto, y un negro fue llamando a todos los que habían de levantarse. Conforme a lo que había prescrito Ricardo, tan de acuerdo con la crueldad de su mayoral, destinaron a Francisco al trabajo más recio por las noches, a meter combustible en las fornallas de las calderas en que se elabora el azúcar; los negros prácticos y experimentados en ese ejercicio no lo extrañan casi nada; habitúanse al calor del fuego, adquieren una destreza extraordinaria en alimentarlo, resguardando al mismo tiempo su cuerpo, y entienden perfectamente el idioma de los maestros de azúcar que, desde arriba, junto a las pailas, donde se purifica el guarapo y cerca de los tachos donde comienza la cristalización del azúcar, mandan la maniobra, señalando, por sus gritos a los negros, la cantidad de fuego y el lugar en que lo quieren; un brazado, a la boca, templadito, apriétale, para la mano, mete para adentro, que se duerme; he aquí algunas de las frases que se usan comúnmente por los maestros de azúcar. El calórico que despiden las fornallas es intenso, y hace menester toda la fortaleza y maña de los negros que tienen el ejercicio de entretenerlo, para no derretirse. Según la expresión de un célebre y desgraciado novelista americano parecen las bocas de un monstruo voraz que jamás se sacia, y que siempre está hambriento. Así que Francisco no podía conservar el fuego en grande elevación de temperatura ni templarlo a voluntad del maestro, cuyo lenguaje no conocía muy bien, ni resguardarse de que le diese en la caja del cuerpo. Muchas veces lo amenazó aquél, mas nunca llegó a castigarlo, antes que por lástima de sus penalidades, porque sabía el rencor que le mostraba don Antonio, su enemigo; pero harto de padecer, dio, sin necesidad de azotes, con la clave de su faena.

Capítulo III

Los vahídos de Francisco estorbaron que el mismo día del primer bocabajo le cortase el mayoral la pasa y que el mayordomo le desnudara de los pantalones y camisa de listado que llevó puestos al ingenio; pero al siguiente hubieron de ejecutarse estos preceptos de Ricardo, cuyo fin era tan sólo abatir y menospreciar al calesero, igualándole a los otros negros de su finca, y oscureciendo así en cierto modo los atractivos, la gracia natural que le

arrastraban a uno tras de él, no obstante su color y humilde condición de esclavo. Ni se olvidó tampoco aquel joven de que sufriese después un novenario por término de nueve madrugadas. Entonces le flaquearon las fuerzas a Francisco; al tercer día, por haber ya recibido más de cien azotes, por los grillos, por el cansancio de tan pesados trabajos y porque en desfalleciendo el alma y el corazón de las criaturas decae también el cuerpo, no pudo salir al campo. Lo acostaron en la tarima del cepo con los pies dentro de éste, y allí pasaban y volvían los días, sin que nadie se le arrimase a consolarlo, si no era alguno de sus parientes, y eso, cortos instantes, cuanto le es dable a un siervo en un ingenio, donde los propios infortunios bastan para aniquilarlo, y donde hasta la caridad de negro a negro, cuando los tormentos han sido preparados por los blancos, es un delito que se castiga con rigor. Por las mañanas no más lo sacaban del cepo y casi en brazos lo conducían a la fila para seguir el novenario.

Trescientos cinco azotes recibió Francisco en el breve espacio de diez días, de cuyas resultas se postró de tal modo que, por dos semanas, estuvo sin moverse en la tarima; el mayoral le había dejado las nalgas despedazadas, en carne viva, que daba lástima mirárselas. Pero no quedó satisfecho así; viendo que no podía salir al campo, trató de martirizarlo por otro medio cualquiera. Entre cuantos le sugirió su crueldad, ninguno le pareció tan a propósito como el de estregarle cinco o seis veces al día, hasta que a chorros le saltase la sangre, las mismas llagas, las mismas sajaduras, con paja seca de maíz mojada en aquella terrible composición de aguardiente, orines, sal y tabaco, que usan nuestros mayorales después de un grande castigo. Esto era un placer, un recreo asaz inocente para don Antonio; riéndose a carcajadas hacía bajar los calzones y luego, con sus propias manos, lo crucificaba, no sin darle antes muchos manotazos y puntapiés porque se estuviese quieto y decirle mil chanzas y desvergüenzas. Excusado será pintar los recios dolores que sufriría el negro calesero cuando le sucedió varias ocasiones desmayarse y volver en su acuerdo de ahí a dos o tres horas. Pues el mayoral, en lugar de compadecerse entonces a la vista de un hombre medio muerto, se reía y se chanceaba más y le estregaba las nalgas con mayor aspereza.

Transcurrieron por último esos días de martirio; Francisco se mejoró algún tanto y lo sacaron del cepo. Empero el odio que le profesaban Ricardo y don Antonio crecía de hora en hora en vez de mitigarse. De aquí que al momento le pusieran un par de grillos con sus correspondientes ramales y le señalaran de nuevo aquellos trabajos en que desde el principio habían pensado ocuparlo mientras durase la molienda, tumbar caña de sol a sol y, de noche, meter combustible en las fornallas; si bien lo quitó pronto el mayoral de la casa de calderas y lo trajo al trapiche, reflexionando que allí estaba bajo el maestro de azúcar, lejos de su poder y libre de castigos. El contramayoral recibió orden para azotarlo siempre que se le antojase, y es de presumirse cuánto empeño pondría este siervo en complacer a quienes le mandaban y de cuyo agrado y buena voluntad pendía su empleo; acaso hubieran sido más tolerables los padecimientos de Francisco si los negros que ejercen en las fincas aquel oficio no fuesen peores que los blancos; si desde el instante en que lo consiguen no sacrificaran a su bienestar el de los infelices compañeros. Anunciamos ya en otro punto que Ricardo y don Antonio nombraron para contramayoral del ingenio a un esclavo que se distinguía sobremanera por su inhumanidad y por su barbarie en restallar el cuero. En efecto, no bien le recomendaron el calesero, cuando comenzó a valerse de su posición para hacer que el pobre mina sintiese todo el rigor de los padecimientos que debían abrumarlo

en la finca; apenas lo dejaba respirar; vedábale el dormir, el comer, al menor descuido; confundíalo en las maldades de la negrada; le señalaba faenas, difíciles unas y otras imposibles de vencer; lacerábale el cuerpo a latigazos, a bocabajos.

¿A quién volvería los ojos Francisco en busca de piedad, si hasta los de su raza y condición se la negaban? ¿Si Ricardo, el mayoral, el mayordomo, todos los blancos del ingenio, aprovechaban cualquier coyuntura para oprimirlo? ¿Si de nada le servía haber adquirido después, andando el tiempo, la destreza y maña de los otros negros en las labores del campo? Porque a los operarios les gusta infinito estallar el cuero sobre la gente de color, y en Francisco concurría la especial circunstancia de ser esclavo de la Habana, el calesero de la señora, que lo mandó recomendado al ingenio; y Ricardo buscaba para el gobierno de éste a los hombres, no por sus conocimientos de agricultura, sino por la fama que gozasen de no dispensar a los negros la más leve falta, de arrearlos incesantemente con el cuero, de hacerlos trabajar día y noche; el que se le presentase adornándole estos requisitos y el de pedir corto salario, tenía segura su colocación en la finca y permanecía allí largo tiempo; otros títulos no bastaban. Así, como del amo recibían impulso los operarios, el ingenio de la señora Mendizábal era un teatro de penalidades y dolores para sus míseros esclavos. Agregábase a esto, en perjuicio de Francisco, que aquel joven lo odiara mortalmente desde muchos años atrás. ¿Pero de dónde provenía que, siendo de tan esclarecida cuna y de tantas riquezas, abrigase sentimientos tan mezquinos? ¿Qué crímenes o faltas cometió el calesero contra él?

*

Hijo único Ricardo de la señora Mendizábal, y habiendo muerto el esposo de ésta a los pocos meses del parto, hubo aquélla de reconcentrar en la criatura que Dios le mandaba para aliviarla, todo el amor que hubiera podido dividir entre los dos; nunca quieren los padres a los hijos, nunca saben estimar su precio, como en viéndose llenos de aflicciones. La señora Mendizábal, por otra parte, nació bajo el cielo de Cuba, y es constante que las madres aventajan aquí en eso a las de otros países; circunstancias que contribuyeron a la perdición de Ricardo. Siempre dispuestos a encarecer a nuestras compatriotas, la misma voluntad que las tenemos nos obliga a decir que semejante cariño las domina demasiado en la crianza de sus hijos, que a las veces lo entienden mal. La buena criolla no pudo eximirse de caer en un defecto casi común y dimanado, es cierto, de la educación que ellas propias alcanzan. Pensando que el avenirse complaciente a todos los gustos de su niño, el no oponérsele en lo más mínimo, sería darle pruebas de mucho querer, fue amontonando poco a poco en su alma las semillas lamentables de que habían de brotar, con el trascurso de los años, pésimos frutos; porque si bien lo puso en los estudios y le pagó los maestros que descollaban por su pericia y le compró cuantos libros le pedían, el muchacho no hallaba gusto en oír las lecciones de los unos y de los otros, repugnancia favorecida por su madre, mujer incapaz de mortificarlo en nada, y que disculpaba su conducta diciendo «dejémosle disfrutar ahora; quizás le aflijan luego las desgracias»; frases de labios bien intencionados, pero que en realidad se equivocaban. La idea de ser factible viniese su hijo algún día en miseria, como a menudo sucede, jamás le inquietó el ánimo; mucho de calamidad era necesario para empobrecer y arruinar a un joven dueño de dos ingenios y varias casas en la Habana; y la señora Mendizábal creía de buena fe que las riquezas del entendimiento se sustituyen fácilmente por el oro y la plata de las arcas. Aquella condescendencia no se

reducía a la educación intelectual; abrazaba y echábale a perder también el corazón; y aquí conviene notar el grado de extravío a que conduce un amor mal entendido. Quien hubiese visto las costumbres desarregladas, la desnudez absoluta de principios morales en el hijo, acaso lo achacaría a cualidades semejantes en la madre, sin embargo de haber entre los dos una diferencia enorme; sacando cierta altivez y orgullo, y cierta sequedad con los negros, que hemos apuntado ya, y que no por eso se avenía con los castigos, ningún lunar afeaba la conducta de la criolla; pero toleraba los errores de Ricardo; corregíale, amonestábale, mas carecía de la firmeza indispensable en llegando la ocasión, en debiendo hacerle conocer que su ternura y rendimiento desaparecían a la vista de los malos proceder. Esto y las compañías con mozos libertinos y disolutos, la ociosidad, lo noble de su alcurnia, su hacienda, todo se aunó para pervertir al joven.

Apenas estuvo en capacidad para dirigir las fincas del campo, cuando las comenzó a frecuentar. Allí encontró una porción de personas, los esclavos; los mayores, los mayordomos, todos sujetos, que más que menos, a su imperio y obedientes a sus órdenes; allí desplegó, respecto a los operarios, una soberbia sin límites, y en cuanto a los negros, la crueldad que el roce con los guajiros y su falta de cultura y de moral, habían de acarrear por precisa consecuencia. La señora Mendizábal ignoraba ese trato duro e inhumano hacia los siervos cuya sangre y sudor regaran las tierras de sus fincas; adoleciendo de varios achaques, corrían, en ocasiones, dos, tres y hasta cuatro años, sin que ni siquiera fuese por las Pascuas a visitarlas, e ignorándolo, no podía prestar remedio. Los negros se le quejaban en aquellas visitas; pero Ricardo y los operarios, de consuno, o justificaban sus castigos acusándolos de fugas, pereza, alzamiento y otros crímenes y faltas, o mientras la tenían presente, usaban de blandura, volviendo después a los pasados excesos.

Razones particulares, sobre las de ser negro y esclavo, hicieron arder un odio intenso en el pecho de Ricardo contra el cuitado Francisco; porque, en primer lugar, a los blancos de su índole orgullosa y cruel les pesa infinito hallar hombres de color que con una conducta sana y sin mancilla motejen tácitamente sus vicios y se escuden así de los tiros que quisieran lanzarles. Por más que velase sobre el calesero para aprovecharse del menor desliz, por más que tratara de irritarle ajándole a cada paso e hiriéndole su amor propio, por más que en la imaginación fraguase mil pretextos que cohonestaran un castigo, nunca pudo saciar el enojo que lo devoraba; y crecía éste de continuo al ver la humildad, la paciencia, las virtudes del negro, siempre el mismo en medio de tamaños embates. Otra circunstancia, hasta ahora callada, alimentó y dio estímulo a dicho aborrecimiento: que Ricardo y Francisco amaban a una propia persona; sólo si que la pasión de éste fuera cándida, tierna, celestial; al paso que aquél sentía únicamente deseos bastardos y ofensivos para la mulata. Desde que los concibió, hubo de manifestárselos; y burlado en sus esperanzas, burlado por una sierva suya, por una mujer de color, la primera vez de su vida, tentó, al principio a fuerza de ruegos, y después a fuerza de amenazas, cautivarle la voluntad. Nada valió; firme Dorotea en el propósito de guardar su honra y de serle fiel a Francisco con quien llevaba relaciones, se negó abiertamente a sus solicitudes; aunque negro y de nación, brindábale, en cambio, un amor puro, constancia, matrimonio y el trato dulce que corresponde a una mujer; sabía que en su triste condición de esclava no debía alzar los ojos para los blancos y mucho menos para un mozo de los sentimientos de Ricardo, para un mozo que era su amo.

Cuando éste vio la inesperada resistencia, rabió de cólera: ¿quién se había opuesto jamás a sus deseos? Juró vengarse algún día, oprimir en cuanto le fuese dable, a la mulata, sin reflexionar que ambos habían mamado una misma leche y calentádose en un mismo regazo. Entonces fue cuando Francisco se echó a los pies de la señora Mendizábal y le pidió licencia para casarse, ignorando aun el poderoso rival que tenía en su amo, cuyas pretensiones le ocultara Dorotea, por no afligirlo conociendo su carácter melancólico, y porque no le atormentasen los celos, hijos del amor, y que hubieran nacido irremediablemente en Francisco a la vista de un contrario como Ricardo. Descubrió éste el secreto, el enigma de tanta oposición y pertinacia; y airarse con la mulata y el negro, todo sucedió en un punto. Haber sido despreciado por ella, haberlo postergado al calesero, que no poseía ni su rango ni su caudal ni sus prendas personales, cuándo, humillándose, le hizo la merced de enamorarla; tales pensamientos lastimaron su orgullo. Acabó de amargarle el presumirse que serían inútiles ruegos y castigos para torcerle la voluntad a quien la conservaba libre hasta en medio de la servidumbre. Ahí flaqueaba su poder, su dominio; por lo cual resolvió demostrárselo a los dos esclavos en otras cosas, y no desperdiciar ninguna coyuntura de oprimirlos. Pero, ya porque le salieran al encuentro sus buenos procederes, o por la repugnancia de la señora Mendizábal a los castigos, o porque el vivir casi continuamente en las fincas le impidiese velar de cerca sobre sus operaciones, el caso es que en la Habana no le fue posible vengarse. Júzguese, pues, cuánto se alegraría con la llegada de Francisco al ingenio.

*

Cuatro meses habían transcurrido desde entonces; estíbese ya en agosto, época rigurosa de las aguas, y en los chapeos de la caña, trabajo más pesado aún que cortarla y meter combustible en las fornallas, por la postura inclinada del cuerpo hacia la tierra, no permitiendo enderezarse los machetes, instrumento que se usa regularmente para el efecto. Apenas comenzaron las lluvias, lo crudo de las aguas y la humedad del aire y del suelo trajeron consigo el tenesmo, o sea pujos de sangre, en términos comunes. Pocos negros escaparon de esa enfermedad penosa, y cuatro murieron por remate, merced a los conocimientos del facultativo, a que no les mezclaban con aguardiente el agua como hacen en otras fincas, a que mientras llovía no los quitaban de la intemperie guareciéndolos en las casas, a las precipitadas convalecencias y a la tardanza en curarlos, esperando que el mal arreciase, por no perder diez o doce horas de faena. Francisco fue atacado también y estuvo padeciendo un mes; pero sanó, al fin, pues parecía haber nacido de propósito para sufrir otras desventuras más tristes que la misma muerte.

-Maestro -le dijo el mayoral una tarde, viéndole sentado en el colgadizo de la enfermería,- ya sabe usted el plazo; ocho días de convalecencia y san se acabó; el machete y el garabato lo están aguardando; conque, prepararse.

Francisco no respondió nada; se miró sus brazos y sus piernas flacos, cubiertos sólo por el pellejo, las señales de los grillos que volverían a ponerle pronto, y el pulso que le temblaba. «¡Estoy todavía enfermo, pensó, y quieren hacerme trabajar así!» Dos lágrimas ardientes arrancadas del corazón brillaron en sus lánguidos ojos y le corrieron luego por la mejilla hasta parar en los labios; como si no debiera alimentarse de otra cosa; porque al punto le vino a la fantasía aquel tropel de imágenes desconsoladoras que de continuo lo

atristaban: su patria, su libertad, sus amores infortunados, el encono de Ricardo y los operarios, la ingrata recompensa concedida a sus buenos servicios por el ama que lo crió y sacó del barracón... Nadie había en el colgadizo con él, nadie enjugaba su llanto. Cerca de la enfermería y tras de los bohíos se alzaba una espesa arboleda que, dando vuelta a la casa del mayoral y a la de vivienda, iba a morir en las márgenes del río, a dos cuerdas de distancia. Árboles frutales de muchas y diversas especies naranjos, caimitos, zapotes, mamoncillos, ciruelas, limas, mameyes, aguacates,- convidaban a pasearse bajo su sombra y a esparcir la vista, con la copa de sus hojas siempre verdes y lozanas, a través de las cuales se percibían las frutas; lugar melancólico a causa de su grave silencio, a veces interrumpido por el murmullo de la brisa, o por el canto de las tojositas, o por el río susurrando entre las piedras. Francisco solía, en las horas de amargura, buscar aquella arboleda tan acorde con el estado de su alma, y que tanto bálsamo derramaba en sus heridas; pero sea que las enfermedades mengüen el ánimo, que las palabras del mayoral le lastimasen profundamente, que rebosara ya la copa de adelfa, de hiel, que apuraba desde largo tiempo hacía, en ninguna ocasión apeteció como entonces alejarse de las fábricas y lamentar allí sus pesadumbres. Pidióle permiso al médico y, habiéndolo alcanzado, se internó en los árboles, sosteniéndose de un bastón de cañabrava.

Un negro anciano, de setenta años, era el guardiero de aquel punto; inútil, más bien por las llagas innumerables y envejecidas de sus piernas que por lo avanzado de la edad, vivía solitario, a semejanza de un desterrado, en el pequeño bohío o rancho que él mismo se había fabricado casi sobre la ribera. ¿Quiénes le acompañaban en su retiro? Un perrillo sato, flaco, de hocico largo y aguzado, y diez gallinas -la jabada, la jira, la india- que vio nacer y que crió, cuyos hijos y huevos vendía al casero o cambiaba por pañuelos, picadura, cañamazo y demás cosas precisas en su pobreza; gallinas que le entendían en llamándolas «piú, piú, piú-piú, piú, piú» para darles el maíz; y que soltaba todas las tardes a escarbar y revolcarse, abriéndoles la gatera. Rara vez aparecía este viejo en el batey, algún domingo, algún día de fiesta, a punto que le ladraban los perros al extrañarle vestido de un chaquetón de paño, la camisa por fuera y un gorro blanco y encarnado en la cabeza; y habíais de ver entonces su apuro en espantarlos con el bastón y a voces, y la grita y carcajadas de los operarios; vueltas para acá y para allá, no sabemos cómo, al fin se libertaba de que lo mordieran. Seguía a cualquier parte el satillo, y a pesar de que en el rancho ladraba noche y día perennemente a las lagartijas, a los gatos, y aun a las pajas que el viento meneaba, en el batey, a presencia de Azulejo y de los otros perros, bajaba el rabo, echaba las orejas para atrás y huía despavorido, sin tener en cuenta el desamparo de su amo a quien esperaba durmiendo junto al bohío. Éste era la habitación del guardiero, fabricado, según dicen, de vare-en-tierra, por ser el techo de figura cónica, triangular, besando las pencas de guano el suelo; una puertecilla, con su llave de ácana, a modo de sierra, le servía de entrada a un reducido espacio, alto como un hombre en medio, y estrechándose sucesivamente hacia los lados. Una tarima, una percha con plátanos, dos o tres canastas, el cajón de guardar la ropa: he aquí sus adornos. Contigua a la sala principal había una división haciendo las veces de gallinero, no ya de guano ni tan cubierto, sino de cujes enlazados y de yaguas por techo. Luego que Francisco dio algunas vueltas por la arboleda, se encaminó hacia donde moraba el guardiero cuyos años y blancas canas resaltándole en lo negro de su rostro, la humildad y retiro de la choza, el aseo que reinaba en ella, y el alegre limpio que caía a la puerta, le inspiraban a una veneración y paz. A lo menos gustaba mucho de irse a platicar en su compañía; no tenía otro que le consolase en el ingenio, pues sólo él le comprendía allí; los

demás negros se lastimaban de su miseria, pero, menos sabidos o de afecciones menos bellas a causa de la educación que recibieron, ceñíanse a los males del cuerpo, a los azotes, a los grillos; y eso basta a las personas infelices para simpatizar prontamente. Por su parte, el viejo le había cobrado gran afición porque, siendo mina, albergaba los mismos sentimientos de Francisco y porque lo conoció pequeño cuando servía en la Habana, antes de cundirse de llagas.

-¡Gracias a Dios -le dijo el taita- que vienes aquí otra vez! ¿Ya estás bueno, del todo bueno?

-Sí, señor.

-Mira, hijo, yo no he podido ir a verte. ¡Las llagas me han embromado más estos días! No me dejan vivir. Pero Juan te lo diría. Dispénsame, Pancho, ¿qué quieres, con esta pierna así? Te mandé una gallina y seis huevos en cuanto supe tu enfermedad. ¿No te lo dijo la enfermera?

-¡Y usted se fue a privar de eso, taita! A mí no me faltaba nada, nada; a usted sí, que está tan viejo y tan achacoso.

-No, yo estoy contento cuando te hago un bien; pero daría cualquier cosa por quitarte esa tristeza. ¡De veras, siempre traes los ojos colorados; ni te ríes, ni te alegras, ni nada! Bueno es lo bueno; pero llorar así dale que dale, no hay remedio sino que es flato. ¿No vayas a tener ictericia? ¡Quién sabe, Pancho! Entonces te disculpo; y no puedo menos; ¿de dónde te iba a salir esa mococoa?

-¿Cómo quiere usted que me alegre? ¿Soy muy dichoso?

-Acuérdate de otro tiempo, de otra cosa, de cuando estabas en la Habana. Pues, para distraerte...

-¿Y yo no era infeliz en la Habana?

-Al menos...

-¿Al menos? Es verdad, nadie me puso la mano encima, ni aun la señora; aquí fue la primera vez. Y ropa, y comida, todo lo tenía de sobra; pero, dígame: ¿la señora, la señora, usted la vio algún día reírse con nosotros?

-Si es lo que digo: tú eres muy caviloso.

-No, taita, ¡yo no soy caviloso, desgraciado! ¿Ella no me crió, no me hizo bautizar? Yo la quería por eso, por eso me dolía su sequedad; y créalo usted, conmigo era más que con los otros. ¿Y qué le hacía yo, en qué le faltaba? Yo limpiaba mis arreos por la mañana, y por la tarde ponía la volante hasta las diez, saliera o no saliera la señora. Yo no me movía de mi cuarto, ni andaba en conversaciones ni en tragedias con los demás. ¿Y en qué paseos me divertía? Porque ni el tiple, señor, ni el tiple lo tocaba sino de tarde en tarde, no fuese a

disgustarse el ama. Yo no le pedí licencia para nada, yo no le pedía ni aun lo que necesitaba. ¿Replicarle, contradecirle? Nunca. ¿Podía hacer más?

-Y yo; hijo, que después de haber servido largo tiempo, me mandaron al ingenio, por haberme llenado de estas llagas ¿no tengo razón para quejarme? ¡Tú siquiera eres muchacho!

-¡Muchacho! Ésa es mi principal desgracia. ¿Qué me trajo el ser muchacho? Me enamoré de Dorotea, para que los dos lloremos sin cesar. Era, taita, una mujer muy virtuosa, muy inocente, muy linda; me amaba mucho, me tenía mucha lástima; yo no pude menos de adorarla. Y sin embargo, ¡cuántos días pasaron antes que le dijese!: «¡te amo, Dorotea!» Me contentaba con mirarla. Al principio, procuré ocultarle mi amor temiendo una negativa. Ella me ha dicho después que lo penetró. ¿Quién será capaz de ocultarlo? ¡Oh, taita, yo pensaba que mi pasión debía ser un secreto para Dorotea, que esta mulata no había nacido para mí, pobre negro de nación! Cuatro meses -enero, febrero, marzo...- sí, cuatro meses se pasaron así: no dormía ni comía bien, ni me hallaba en ninguna parte, sino a su lado. Entonces me pesó el haberme ido a vivir abajo. Con cualquier pretexto subía las escaleras. Ella se sentaba en el comedor cosiendo junto a la puerta de la sala; pero aunque yo cruzaba por allí veinte veces al día, ni yo mismo sabía a qué. ¿Mirarla? Yo no me atrevía a hacerlo; la iba a mirar, formaba ese propósito al subir, y el pecho me palpitaba, el corazón quería saltárseme, me temblaban los pies y las manos en llegando a los últimos escalones. Siempre sucedía lo mismo, taita, y con todo subía siempre. Pero yo lo voy a cansar a usted, repitiéndole continuamente estas cosas.

-Al contrario, me complaces. Sé que te diviertes hablándome de tus amores. Yo fui mozo, Pancho.

-¡Bobadas, señor, serán bobadas quizás! Fuera de mi costumbre empecé a comer arriba, y allí en la mesa únicamente me encontraba cerca de ella. Yo soy, taita, muy corto de genio. ¿Cómo no lo sería en su presencia? ¡Ay! y cuando uno se enamora, ¡le da un miedo, un encogimiento! Por fin, la señora extrañó que subiese tan a menudo y que comiera con los demás, y le preguntó la causa a Serapio, su paje. Serapio me lo dijo, y tuve que huir de Dorotea. ¿Qué recurso me quedó?: ella arriba, cosiendo todo el día, al lado de la señora, y yo abajo con los arreos y los caballos.

El guardiero le había tomado una de las manos a Francisco y permanecía en silencio oyéndole contar sus amores; lo dejaba desahogarse. Francisco prosiguió después de una breve pausa:

-Pensé que nunca me le iba a declarar; pero una tarde, el día menos pensado, me llamó la señora y me dijo que le acompañara las negras que deseaban ver la procesión; era la procesión del Viernes Santo, y usted sabe los alborotos y las pendencias que hay ese día en la Habana. Cuando salimos de casa me puse por detrás, sin atreverme a decirle una palabra a Dorotea. Las otras negras ¡ya se ve! como que todo lo habían comprendido desde mucho antes, no hacían más que repararme. Yo caminaba callado, no la miraba siquiera, ni tenía cuenta con la gente de la calle, con nada, señor. ¡Di tantos tropezones! ¡Si no soltaba a Dorotea de la cabeza! Cavila, cavila sobre el modo de quitarme aquella vergüenza.

Llegamos a la Plaza de Armas; nos subimos en los poyitos a esperar la procesión que debía salir por la calle de los Oficios. La gente nos fue apeñuscando, y me empujó hasta su lado... ¿Y usted lo ha de creer, taita? Después que le declaré mi cariño ¡me entró una tristeza, un pesar! ¿No me amaré Dorotea? Este pensamiento me afligía, y el Señor, la música destemplada, el silencio en cuanto se vio la Cruz, el rezo de los padres, las velas, los sayones, todo vino a juntarse tal vez aquella tarde para oprimirme. ¡Ah! ¡qué ajeno estaba yo de que Dorotea me correspondiera! Un mes le estuve instando, un mes; pero al fin se compadeció de mí. ¿Usted ve las aguas de ese río, taita? Pues lo mismo fueron nuestros amores. Ni un sí, ni un no. Yo me moría por ella, y ella se moría por mí; nos adivinábamos los deseos para darnos gusto. ¡Qué empeño tenía siempre en que yo estuviese contento! ¡Qué loca se ponía viéndome reír y tocar algún punto alegre en el tiple! Si no ¿quién aguantaba sus quejas? «Tú no me quieres ya», era su cantinela. ¡Ah! ¡qué yo no la quería! ¿Y que me ha quedado ahora, Dios mío, de esta dicha? ¡Llorar, llorar eternamente!

Los sollozos no dejaron continuar a Francisco; bajó la cabeza y la apoyó largo rato sobre su pecho; el guardiero también callaba.

-Yo soñaba en mis hijos -prosiguió deteniéndose a cada paso-, yo esperaba que ellos y Dorotea serían mi consuelo; y mire usted dónde están, en la Habana, tan lejos, y yo aquí muriéndome, porque no los abrazo, porque no los beso. Dorotea me ha mandado decir con Antonio, el arriero, que tengo ya un hijito; hembrita es; se llama Lutgarda; de tres meses todavía. Dice que está muy flaquita, muy enfermiza, que su leche no sirve ¿qué va a servir con tanto padecer? ¿Usted no me dice? ¡Y tal vez se morirá pronto, quién sabe! Yo me moriré detrás de ella. ¡Angelito, en cuanto naciste, empezaste a llorar! Ni tu mamita te arrullará; y si se ríe, luego te mojará con sus lágrimas; y tú las beberás, pobrecita, pensando que es leche; «Y ¿papá dónde está?» le preguntarás. -«Papá, -te dirá- papá se murió». ¿Por qué voy yo a vivir así, sin mi hijita, sin mi Dorotea, y sabiendo lo que padecen? ¡Imposible! Dentro de poco, el año que viene quizás, no estaré conversando aquí con usted ¡Ay! ellas se juntarán conmigo; ¡pero allá arriba, en el cielo! ¡En la tierra, no!

En esto se oyeron los gritos de un hombre que apareció por entre los árboles.

-¡Eh! -decía- ¡eh!, ¿tertulia tenemos? Maestro Pedro, ¿así cuida usted la arboleda? ¿A que no ha visto que los caballos del potrero se han entrado y se están comiendo los cocos nuevos y que lo pisotean todo? ¡Hola! -añadió al acercarse-, ¿y usted por acá, Don Francisco? ¿Con licencia de quién? ¡Caracoles, buena parece la enfermedad! Digo, cogiendo fresco, sentadito como un marqués, y la caña ahí, que se la traga Don Carlos, y el arroz sin limpiar por falta de gente, y el maíz, otro tanto. ¡Arriba, hijo de la grandísima...! ¡arriba pronto, antes que...! ¡Ay! ¿no andas ligero? ¿Si será menester avivarte con el mocho? ¡Vaya que sí será! ¡Toma, toma; cógelo, Azulejo, a las patas!

Este hombre era el mayoral de la finca, don Antonio, que después de haber recorrido el campo, hubo de notar, cuando volvía hacia las fábricas, que el taita Pedro conversaba con otro negro en la puerta del bohío; desde luego se imaginó que el guardiero escondía allí algún cimarrón, o, por lo menos, que regalaba a los vecinos las frutas; y por descubrirlo y tener ocasión de castigar tanto al de fuera como al de la casa, atravesó la arboleda hasta parar la mula frente del rancho, en el limpio donde estaban los dos minas. Atemorizado el

viejo con la incomodidad del mayoral, agarró prontamente su bastón, y así, cojo, fue a espantar las bestias que se comían los cocos nuevos; pero no encontró ni su rastro; prueba clara de que todo lo había fingido don Antonio para apurarlo. Francisco se enderezó, camino de las fábricas; aquél lo echó a correr al trote delante de la mula, sin reparar en su debilidad ni en su flaqueza; y cada vez que detenía el paso, tornábale a estallar encima la pajueta del látigo, y le daba con el mocho, con el garrote, y le azuzaba el perro. ¡Imagínese de que modo llegaría Francisco a la casa de vivienda!

En su colgadizo toparon a Ricardo rezando la doctrina con los criollitos que, en fila e hincados de rodillas, repetían a coro sus palabras; tomábase aquel trabajo, no por devoción y menos por deber, sino por divertirse oyendo la multitud de disparates en que incurrían los negritos.

-Niño, le dijo el mayoral, ¿el Niño ha mandado esta buena pieza a que pasee la arboleda?

-¿Cómo, a que pasee?

-Sí, señor, a que pasee. Ahí me lo hallé tirado en el suelo tertuliano con el taita Pedro.

-¿Y eso me lo viene usted a decir a mí? Al campo, al campo, ¿hay más que hacer? Y sus grilletos y sus ramales y su fondo, y otro y otro si se desliza. ¿Qué empeño tiene el doctorcito en mamantearme a este negro? ¡Señor, qué se habrá figurado! ¡Pues no se ha creído que yo estoy aquí para que me muele de día y de noche! ¡Eh!, ¡asunto concluido! Haga usted lo que le mando, y déjeme a mí con ese tomeguín del pinar. ¡Figurilla!

Así fue; no tardó un cuarto de hora en verse Francisco cargado de los grilletos y ramales y sacando tarea lo mismo que los demás esclavos; la negrada chapeaba a la sazón en el platanal, porque había sobrevenido la noche, y aunque de luna, todos saben que las faenas se ejecutan regularmente donde son fáciles. Cerca de las diez paró el trabajo; una campanada tocó la queda, y los negros, que de antemano la aguardaban impacientes, recogieron pronto los haces de yerba, y se pusieron por el camino a cantar, a reír, a formar con su guirigay una estrepitosa algazara, como quienes habían trabajado toda la semana desde las cuatro hasta las doce del día y desde la una de la tarde hasta las diez de la noche. Apenas botaron la yerba en la pila, dirigióse el más viejo entre ellos, el más ladino, a la casa de vivienda, y los otros se quedaron a cierta distancia esperando; era sábado, y querían bailar el tambor; pero necesitaban que su amo lo permitiese.

Poco después volvió el viejo, y en la grito de la negrada y en su correr hacia los bohíos, bien se demostraba que había alcanzado éxito favorable la solicitud. Dos negros mozos cogieron los tambores y, sin calentarlos siquiera, comenzaron a llamar, como ellos dicen, mientras los demás, o encendían en el suelo una fogata con paja seca, o bailaban cada cual por su lado. Al toque, los guardieros de aquí, de allí, de acá, los negros que servían en las casas, los criollitos, todos se juntaron en los bohíos. Entonces fue menester calentar los tambores; para eso encendían la fogata; así se endurece el cuero que cubre una de sus cabezas, la más ancha, y adquiere sonoridad, y rebota la mano, y retumba mejor el sonido en lo hueco del cilindro; es la clavija del instrumento; sin candela no se oye bien, no se oye

lejos por las fincas a la redonda; no aturde, no da alegría, no hace saltar. La negrada cercó a los tocadores; dos bailaban solamente en medio, una negra y un negro; los otros acompañaban palmeando y repitiendo acordes el estribillo que correspondía a la letra de las canciones con que los viejos les guiaran; tal vez alguno, deshecho por brincar, salíase del tumulto, y aparte de todos mataba su deseo hasta más no poder, hasta bañarlo el sudor, hasta que molido de cansancio y jadeando, casi falto de resuello, se les incorporaba nuevamente y seguía su canto. Los varones iban sacando a las hembras (nosotros diríamos citar); un pañuelo echado sobre el cuello o sobre los hombros, hacía las veces de convite, y las negras no se esquivaban; jamás desairan a los compañeros; la que se para en el tambor, debe bailar con cualquiera, con el que se le presente, no anda escogiendo como las blancas, no aguarda al novio, ni éste toma celos de ahí; verdad que puede tener y cansar a cuatro o cinco compañeros, al hermano, al hijo, al padre, al amante, y sale contenta así; al fin llega siempre a bailar con quien le gusta, y los hombres lo mismo; luego, de ellas pende el mudar a la que está en el puesto, salir de entre las demás, y cruzarle por delante; entonces la otra se quita, y nadie lo interpreta mal. ¿Y qué figuras hacían los bailadores? Siempre ajustados los movimientos a los varios compases del tambor, ahora trazaban círculos, la cabeza a un lado, meneando los brazos, la mujer tras el hombre, el hombre tras la mujer, ambos enfrente, pero nunca juntos, nunca cerca, como si huyeran ex profeso de encontrarse; o poníanse cara a cara, y empezaban a virar, a girar rápidamente, y al volverse abrían los brazos, y los extendían, y daban un salto, y sacaban la caja del cuerpo hacia afuera. Los varones, en tomando calor, alzan un pie en el aire y siguen sus piruetas con el otro, y cogen tierra entre las manos y la esparcen por el suelo, o cantan y palmean a la vez. A montones llovían pañuelos y sombreros de los que en torno miraban sobre los diestros bailadores; agotados los pañuelos y sombreros, quien, acaso por congraciarse, tirábales al encuentro un collar de cuentas, a ver cuál lo levantaba antes, si el hombre, si la mujer, en el mismo baile, sin perder el compás. El tambor, para los negros de nación y para los criollos que con ellos se crían, les enajena, les arrebató el alma; en oyéndolo, paréceles que están en el cielo. Sólo Francisco no se mezclaba en tales regocijos; sentado sobre un trozo de madera, junto a la fogata, contemplaba tristemente aquel cuadro bullicioso; de vez en cuando le corrían por las mejillas gruesas gotas de llanto; amigo de la música, como son todas las criaturas sensibles, encontraba allí gran alivio a sus penas con el tambor y las canciones de los negros; a sus penas, que los sucesos acaecidos por la tarde agravaran más y más. El guardiero lo acompañaba. Ambos a dos entretenían el fuego.

La repentina aparición del mayoral, acompañado de dos guajiros más, vino a turbar por una parte la inocente diversión de la negrada, y por otra el dulce solaz que disfrutaba Francisco; vino a echar hielo en los ánimos. El tambor desmayó, desmayaron las canciones, los bailadores apenas movían los pies, a ocasiones faltaban, y la música tocaba en balde. Todos yacían sumergidos en un profundo silencio. Pero don Antonio no había notado al principio el desaliento que su presencia causó; ocupábale mucho la imaginación, para poder distraerse, el asunto sobre que departiera con sus amigos.

-Camaradas -les dijo bajando la voz en cuanto llegaron al tambor-, tenemos que hacer un tratico. El niño Ricardo necesita comprar toros; la boyada se le ha disminuido este año, que es un asombro. Ayer me significó que le buscara por lo menos diez yuntas buenas, grandes, iguales, de trapiche... Ustedes, que son tratantes de ganado, traigan mañana los toros; yo se lo avisaré. Por pedir dinero, no se me encojan; él ha de consultarme si lo valen; le diré:

«excelentes, Niño, a pedir de boca, legítimos vueltarriberos, están baratos»; y seguro que arría las pesetas; aunque entiende un poco las cosas del monte, no hay que apurarse; al fin, es de la Habana.

-Aquí estarán los toros. ¿Veinte no más? Traeremos treinta.

-Ya ustedes saben; pidan duro, y si los compra, lo que a ustedes les parezca, lo que quieran...

-Listo, cuatro mulatas.

-Lo que ustedes quieran, vuelvo a repetir. Arrímense ahora a mirar este fandango... ¡Anjá, anjá! ¿así bailan ustedes? -gritó a los negros descargándoles fuertes cuerazos. ¿Durmiéndose? A ver, tú y tú, señorito y señorita, si se ponen o no a saltar como chivos. A ver, tú y tú, si desfondan o no el tambor. A ver, si tú y tú, y tú largan o no la campanilla berreando. ¡Armar bulla, armar bulla, cachimbos! A cantar aquello de:

Y alegre, alegre ¡voto va!

Parose luego a reír con sus amigos; pero el ruido de unos grillos le hizo volver la cabeza; era Francisco, que temiéndose lo vislumbrara el mayoral por casualidad, y desgarrada el alma con lo que acababa de suceder, retirábase a su bohío. ¡Precaución inútil! Cuando don Antonio lo vio, brilláronle los ojos de feroz alegría.

-Pollo con trabas -le dijo- ¿has tomado mucho opio, que te largas desde tan temprano a roncar? ¡Acá, acá, a divertirse, mamalón!

Francisco se acercó, y el mayoral, dándole patadas por detrás y a empujones, lo condujo hasta en medio de los negros. Allí le escogió para compañera la más vieja, la más fea, la más risible, una china que servía de hazmerreír en el ingenio, flaca, alta, desairada, nigueteja.

-Camaradas, -exclamó después encarándose a los amigos- ¿no quieren divertirse? Este negrito nos va a bailar un minué. Es marino, curro de allá, del Manglar. ¡Vamos, cachorro, un minué!

-Yo no sé bailar minué, señor.

-¿Pues qué diablos sabes? ¿Tambor? ¡Ah, ah, no me acordaba! ¡Si le faltan los violines, los clarinetes! Bailarás tambor, no te apures. A virar, a virar, ustedes los tocadores, y tú, Francisco, menéate; menéate, Francisco. ¡Ah! ¿Todavía? Ahora sabrás lo que es cajeta de boniato...

-Bueno está, mi amo, bueno está, mi amo, ¡por Dios, mi amo, yo bailaré!

-Ésa es la cosa; pero brinca más. Esa virada más aprisa, que el tambor se huye. ¡Aviva! Figúrate que los grillos son plumas. No, corcovos, no. ¡Vira! ¡Ja, ja, ja! ¡Ahí, bien para adelante! ¡Cuidado si la tumbas! Cógeme ese pañuelo que te he tirado; y su cantico también:

Échenles sombreros y pañuelos a los dos novios. Ahora un besito bien sonado, Francisco; un abrazo bien apretado a la niña. No, no fue a mi gusto; otro, otro; que se oiga el besito; el abrazo hasta exprimirla. ¡Eh!, se acabó; ¡lárgate a dormir!

Todos, los amigos del mayoral y los negros prorrumpieron en una estrepitosa carcajada; aquéllos se reían por gusto, por befa, porque el mayoral afligía a un esclavo; éstos, contra su voluntad, necesitaban adular.

Cuando los blancos partieron, poco duró el tambor. Ningún negro podía cantar ni bailar ya; según tuvieran el espíritu de acongojado.

Capítulo IV

No bien dispuso la señora Mendizábal la separación de Francisco y Dorotea, y los condenó a trabajar, al primero en la finca, y a la segunda en una casa de francesas, con especial encargo de que no le dispensasen la más leve falta, cuando un pesar profundo se le apoderó del ánimo, porque eran sus mejores esclavos y porque le cabía no pequeña parte en la mancha que deslució las páginas de su vida. La compasión y el remordimiento empezaron a desazonarla; por eso fue que a los pocos días de haberlos desterrado de la casa, y deseando, por otra parte, minorar los castigos, escribió una carta a las francesas donde les prevenía que, a pesar de sus órdenes anteriores, trataran a la mulata con suavidad y tuviesen en cuenta lo delicado de su situación. Otra mandó a Ricardo en que le manifestaba cuánto se arrepentía de lo que sólo hubiera hecho en momentos de calor contra un negro tan fiel y tan pacífico, a quien luego al punto debía quitarle los grillos y ponerlo a trabajar en las faenas de las casas, interrumpiéndose por consecuencia los azotes. Las amas del establecimiento en que lavaba Dorotea, no la oprimieron nunca; su belleza, sus pesadumbres, el aire fino de sus modales y el empeño que ponía en complacerlas, las cautivaron desde el principio en tal manera que no necesitaban de preceptos para atenderla. Por lo que hace a Ricardo, después contaremos el medio que usó a fin de burlar los pensamientos caritativos de su madre.

Según fue corriendo el tiempo, crecía la compasión de la señora Mendizábal, y le pesaba más y más haberles negado tan tenazmente a sus dos esclavos la licencia del matrimonio, y luego, cuando por su causa se descarriaron, haberlos afligido sin lástima. Acercose en esto la Pascua de Navidad, y las ganas de ver cómo andaba un trapiche planteado de nuevo en el ingenio, el cumplirse por esa época tres años que no la visitaba, y los bailes y otras fiestas que tenían preparados los de la villa de Güines, la hicieron arrostrar al cabo por la repugnancia con que miraba el campo, y disponerse a dejar algunos días la ciudad. Entonces no pudo sufrir ya los reclamos de la conciencia; la idea de que Francisco y Dorotea padecían por un exceso de firmeza suya la hirió en lo vivo al reflexionar que aquella coyuntura venía muy a propósito para que oyesen de sus labios el perdón. De aquí que en vísperas del viaje, llamara a Dorotea y le comunicase su generoso proyecto; pero no sin exigirle antes que en lo sucesivo ella y Francisco la obedecerían mejor, cosa indispensable, a su entender, para demostrarles entereza de carácter, donde estribaba, como ya apuntamos arriba, el buen gobierno de su casa; y no también sin cuajársele de lágrimas los ojos, luego que vio postrada a sus pies a la mulata, flaca, descolorida, sosteniendo en los brazos a su hijita, que de puro endeble y enfermiza semejaba un ángel bajado del cielo para gemir en el mundo. No paró allí el beneficio; prometió otorgarles la licencia de matrimonio, si el calesero se avenía a celebrarlo la Pascua.

Pintar el regocijo de Dorotea, al saber que cesarían todas sus penas, al imaginarse un porvenir tranquilo, más dulce y apacible ahora por los sinsabores pasados, cuando la acarició el pensamiento de que su ama les franqueaba otra vez las puertas de su casa, de que iba a unirse para siempre a Francisco, trabajo nos parece de más. Verdad que casi nada había sufrido, mientras estuvo lavando, por lo que hace a penalidades, del cuerpo; pero la separación de lo que más amaba en la Tierra, la separación de Francisco; el pensar los males que pasaría en el ingenio bajo el poder de Ricardo, mozo irascible y cruel que había de vengarse precisamente en penetrando el motivo por que se resistió a complacer sus impuros deseos; la ninguna esperanza de casarse; todo esto agobiaba de consuno el alma de esta desdichada criatura. Mas el contento que la beneficencia de la señora Mendizábal derramó en su corazón, no podía ser durable: fue entrever por un instante la felicidad para acabar de amargarle los infortunios que la aguardaban. Contemos, si no, los sucesos acaecidos en aquella Pascua de tristísima memoria.

*

Ricardo no cumplió jamás las piadosas órdenes que su madre le había dado acerca de Francisco; en lugar de quitarle los grillos, de ponerlo a trabajar en las casas y de interrumpir los azotes, como fuera voluntad de aquélla, siguió constante en el propósito de vengar entonces, supuesto que se le había presentado la ocasión, anteriores resentimientos; resentimientos donde ninguna culpa tenía el calesero, sino es digna de llamarse tal la distinción con que lo miraba Dorotea y la pureza de su conducta, que en cierto modo sí indicaba, aunque tácitamente, los vicios y desórdenes del amo. Así fue que recibir el mandato y proponerse desde luego a desobedecerlo, todo sucedió a un punto. La distancia del ingenio a la Habana, lo poco que lo frecuentaba su madre, y aún más la facilidad de justificarse por medio de cualquier falsa imputación contra Francisco, brindábanle campo suficiente para abrazar sin riesgo aquel partido a un hombre acostumbrado de largo tiempo atrás a saciar siempre sus venganzas y a encubrir con mentiras ese vergonzoso manejo.

Sobre lo de recelar que Francisco publicara su iniquidad en viendo a la señora Mendizábal, y en cuanto a perder la gracia de ésta, no se inquietaba nada, lo uno, porque ni aquél se atrevería a declararse enemigo exponiéndose a las resultas, ni habían de influir mucho por otra parte en su perjuicio las quejas de un esclavo, cuando ser el juez de la causa su propia madre, madre cuyo amor rayaba en idolatría, y habérselas con quien hubo de merecer antes severos castigos, eran circunstancias demasiado poderosas que abonaban por él. Convino, pues, con don Antonio en que cuando la señora Mendizábal llegase al ingenio, o de otro cualquier modo supiese los trabajos de Francisco, le atribuirían a éste faltas y delitos capaces, ya de ameritar los castigos, ya de borrar hacia él todo sentimiento de piedad, como que se había huido y alzóse contra los blancos, como que andaba en desavenencias con los demás, y los incitaba a cometer excesos; acordaron asimismo, que caso de extrañar no se lo hubiesen escrito, le dirían que había sido por librarla de un mal rato. En efecto, la señora Mendizábal oyó, apenas se hubo bajado del carruaje, los crímenes y vicios en que incurriera Francisco durante su permanencia en el ingenio; decíaseles una persona a quien no podía menos de creer, su hijo; circunstancia que, junto a la de haber delinquido otra vez el acusado, y a la de persuadirse pronto que acaso se corrompería en el ingenio, obraron favorablemente a las miras de Ricardo; además, que poco se fiaba ella de las virtudes de la gente de color, raza de hombres ingratos, a su juicio, e inclinados al mal por naturaleza. Sin embargo, por grande fuerza que tuviesen las precedentes reflexiones, ninguna mitigó el dolor que le ocasionaron nuevas tan inesperadas como tristes, pues por ellas se veía en el caso de no sacar a Francisco del ingenio, y mucho menos de impedir que Ricardo lo castigase, lo cual trastornaba enteramente su plan; apesadumbrábale también figurarse el golpe terrible que iba a recibir Dorotea cuando le desvaneciese sus halagüeñas esperanzas con la relación de aquella desagradable contingencia; esperanzas que por causa suya alimentara, y de donde pendía tal vez la vida o la muerte de la mulata.

Ésta se había quedado por detrás en el camino con sus compañeras; por eso fue que la señora Mendizábal supo antes los extravíos que de Francisco le refirió Ricardo. Como a las doce de la noche llegaría al ingenio; todos dormían ya, excepto los negros que trabajaban en la molienda; atravesó el batey con el corazón inundado de aquel gozo puro e indefinible que es capaz de sentir una mujer hallándose cerca de estrechar entre sus brazos al hombre que ama y cuya vista le han robado por mucho tiempo lastimosos infortunios. Pero Francisco no salió a recibirla, como era regular; sólo una negra vieja que dormía en la cocina se levantó para encender luz. Pasó un rato y nadie pareció tampoco; Dorotea comenzó a inquietarse con esto, no sin justo motivo; imposible era que la señora Mendizábal hubiese ocultado a Francisco que lo perdonaba, y que le concedía la licencia del matrimonio; y habiendo sucedido así ¿por qué no estaba alerta, por qué no esperaba vigilante a su hija y a su futura esposa? No sabía a qué causa atribuir la conducta de Francisco; ocurriéronsele a la vez, dos ideas a cual más triste: o que permanecía trabajando y sufriendo lo mismo que antes en el ingenio, o que la separación y la distancia habían entibiado su cariño. Queriendo, por tanto, desengañarse, y no dormir aquella noche con el peso de la incertidumbre, se encaminó hacia el trapiche acompañada de otra esclava.

El cuarto de prima acababa de mudarse. En un momento recorrió Dorotea la casa de trapiche por ver si encontraba a Francisco; mas ni entre los bagaceros, ni entre los cargadores de caña, en ninguna parte lo halló; fue a la casa de calderas, y tampoco. Cansada de buscarlo inútilmente, se retiraba ya, cuando unos latigazos hirieron sus oídos; volviöse

para donde sonaban y, el espectáculo que se le presentó, hubo de llamarle la atención: era que el contramayoral traía por delante a un negro cargado de grillos y ramales y que lo azotaba porque no podía andar aprisa. Un movimiento de lástima obligó a acercarse y decirle que no le diese más que ella le servía de madrina. El negro cruzó prontamente por entre las manjarrias y las bueyes y se puso a meter caña en el trapiche. Aunque este lance nada tenía de particular en un ingenio, donde son tan frecuentes, Dorotea se impresionó Mucho; parecióle contra la costumbre ordinaria que aquel esclavo hubiese aguantado los cuerazos sin proferir una queja y que, después de haberle servido de madrina, no fuera a darle las gracias, sino que caminase derecho a su trabajo. La débil luz que despedían los candiles estorbaba que le reconociese; el negro también como que adrede escondía el rostro al meter la caña. Picole todo esto la curiosidad involuntariamente, y más, al percibir alguna semejanza entre él y otra persona de quien se ocupaba mucho en aquellos momentos; por la estatura elevada, por cierta nobleza y despejo que se advertía en su andar, no obstante las prisiones, por el modo de llevar la cabeza alta, hubo de semejarse a Francisco. Una congoja mortal se apoderó entonces de la mulata; deseando satisfacer sus dudas, llamó a uno de los negritos que arreaban los bueyes, y la respuesta que tuvo no la tranquilizó por cierto. ¡El que tenía delante, metiendo caña, era Francisco! Por lo pronto, no pudo ni llorar; anudósele la garganta, las manos se le pusieron como muertas, frías, heladas; sólo el corazón le palpitaba con violencia; fue menester que se recostase en uno de los horcones para no caerse. La otra criada que andaba por la pila comiendo caña, nada vio de esto. Poco después se recobró algún tanto Dorotea y, casi maquinalmente, la fue a buscar para que la acompañase a la casa de vivienda, pretextando estar muy estropeada del viaje.

Aquella se apresuró a preguntarle si había descubierto por qué no la estuvo esperando Francisco; pero Dorotea le negó hasta haberlo encontrado, y aun trató de disculpar lo que en él parecía una falta remarcable de consecuencia, atribuyéndolo todo a que empleando regularmente las criadas en los viajes al ingenio el día y la noche, acaso se imaginó entonces que había de suceder lo propio, y que por eso se acostó a dormir. Pero en realidad estaba muy lejos de tener el sosiego que fingía, porque no sólo le desgarró el alma haber visto a Francisco en los trabajos del ingenio, cuando se esperaba hallarlo libre de castigos, y como lo vio cargado de prisiones, azotado por el contramayoral, sino la indiferencia con que recibió el favor que le hizo, la indiferencia con que se puso a meter caña, sin dignarse siquiera de dirigirle una vez los ojos. ¡Después de diez meses de separación, de diez meses de lágrimas, mostrarse tan frío! Esto indicaba que Francisco la había olvidado, que tras el dolor de sentir sus penalidades, venía él también a clavarle en premio un puñal en el corazón. Su amante, aquél por quien se había sacrificado, por quien todo lo había perdido, hasta el honor, no hacía caso ya de la mujer que otro tiempo colmara de tiernas caricias, de la que ahora alimentaba con su sangre al hijo de los dos, de la mujer que, a pesar de serle ingrato, lo idolatraba todavía; alguna rival, quizás más feliz, le habría hecho olvidar todas sus promesas y juramentos de fidelidad, todos sus deberes; los recados que le mandó con los arrieros mientras ella estaba en la Habana, nada decían en favor de Francisco; pudo haber querido engañarla. Dorotea se pasó la noche llorando en estas cavilaciones, sin que sus compañeras la consolasen; les había ocultado las sospechas que la devoraban; a nadie le gusta contar que ha sido objeto de la burla de otro, y mucho menos en materia de amor.

*

Hemos dicho ya que la madre de Ricardo supo, apenas llegó al ingenio, las faltas atribuidas a Francisco; y las reflexiones que la obligaron a no interrumpir los castigos que le habían impuesto, aunque mucho le pesase de ello, en razón a los planes que llevaba formados de la Habana. Cuando Ricardo le hizo relación de los excesos de Francisco, éste se hallaba presente; fue a pedirle la bendición a su ama junto con los demás esclavos de la finca; mas aquél no se turbó por eso. Indignada la señora Mendizábal contra su antiguo calesero, le afeó su conducta y lo acusó de mal agradecido; él no tuvo más recurso que oír y callar. Para que sintiese más las consecuencias de sus descarríos, le descubrió que, creyéndole ya corregido, y deseando probarle su bondad, pensó perdonarlo, restituirlo al servicio de la casa, y permitirle que se casase con Dorotea, la cual venía por el camino; pero que sus malos procederles la obligaban a no seguir esos proyectos generosos. Estas noticias, en momentos en que por la crueldad de Ricardo le era imposible cambiar su suerte, fácil será de imaginarse el efecto que causarían en el pobre Francisco. No se atrevió a defenderse; temía la venganza de Ricardo y que no le diesen crédito; lo único que hizo fue echarse a llorar y retirarse para los bohíos. Los ojos se le aguaron a la señora Mendizábal con esta escena tan tierna. Todas las cuerdas empezaban a templarse para sonar después en una triste armonía. Sólo su hijo permaneció impasible.

*

Al otro día se levantó Dorotea muy temprano y, queriendo dar una vuelta por el campo, se internó en la arboleda como el lugar más próximo a la casa y el más a propósito para desahogar su corazón. Después de haber andado por infinidad de trillos, que se cruzaban en todas direcciones, se puso a orillar el río y pronto se halló frente al rancho del guardiero. El perrito de éste comenzó a ladrar; pero Dorotea, sin hacerle caso, se detuvo allí por ver si hablaba con el taita Pedro que era el principal objeto de su paseo. Poco tardó en aparecer el viejo por entre los árboles, apoyado en su bastón de cañabrava, y llevando un hacecillo de ramas secas para encender la fogata del bohío.

-¿A quién le ladras, Bijirita? -le dijo al perro-. ¿Algún gato jíbaro se está comiendo los pollos? ¡Eh!, ven acá, que eres muy bullanguero! ¡Bulla no más! Quien te oyera, juraría que me quieres mucho, sí, y ayer que le fui a pedir la bendición a la señora, te echaste a correr, gallinazo, en cuanto me cayeron los perros del mayoral. Pero ¿qué diablos tienes detrás de la ciruela, Bijirita?

El taita dejó la leña en la puerta del bohío y, por saber por qué labraba su perrito, fue a registrar la ciruela. Asombrado se quedó al toparse allí con la mulata como escondida tras el tronco; no sabía que estuviese en el ingenio y mucho menos que iría aquella Pascua; trabajo también le costó conocerla ¡tan desfigurada estaba! Al asombro siguieron la tristeza y la compasión, porque la mulata, en viéndolo delante, se arrasó de lágrimas, y el taita Pedro sabía muy bien por Francisco los motivos que se las arrancaban, sabía muy bien la historia de aquellos desgraciados amores. Inmóvil permaneció por algunos instantes mirando llorar a Dorotea, sin proferir una palabra; dudaba cuál partido escogería; cuando los hombres sienten mucho se callan y no aciertan aprisa lo que deben hacer. Al fin, con la voz medio balbuciente, le dijo:

-¿Tú, a estas horas, por aquí, Dorotea? ¿Cuándo viniste de la Habana? ¿Ayer? ¡Oh, con tu llorar! ¡No seas boba, Señor! Consuélate. ¿Qué tienes? ¿De qué te afliges tanto? Cuéntamelo; puede ser que yo le encuentre algún remedio.

-¿Qué se lo cuente?, le respondió ella suspirando. Sí, señor, taita, yo venía a eso, a contárselo todo. Pero en cuanto lo columbré por entre las matas, me dio una vergüenza que me agaché aquí detrás para que usted no me viera. ¿Mas cómo es posible que usted no sepa nada, taita? ¿Por qué está Francisco en el ingenio, y por qué estuve yo hasta ahora lavando en una casa de francesas? Pues por eso mismo me aflijo. ¿Le parece a usted poco? Francisco es mina como usted; ustedes dos se juntaban mucho antes; él debe habérselo dicho con toda seguridad. ¡Ay!, ¡dice usted que le encontrará remedio a mi mal! ¡No es muy fácil, taita!

-Bien; pero cuando tú has venido al ingenio, es señal de que ya te han perdonado.

-Sí, señor; y a Francisco, que lo vi anoche metiendo caña en el trapiche con grilletes y unas cadenas y tan flaco que ni lo conocí, ¿quién lo ha perdonado? La señora me sacó de donde yo estaba y me prometió casarme con él esta Pascua y ponernos a servir otra vez en la Habana; en este supuesto, yo pensé hallarlo, figúrese usted cómo, en la casa de vivienda esperándome muy alegre. ¡Mire usted qué diferente! Pero dígame usted por Dios, taita, usted que vive en el ingenio, ¿qué ha hecho él, para que lo traten de ese modo?

-¡Tú te apuras tanto, Dorotea! Puede ser que todavía no le haya hablado la señora.

-¿Y a cuándo iba a esperar? Ya usted ve que eso no puede ser. Conque así respóndame, ¿qué ha hecho Francisco?, ¿alguna cosa mala?

-A mis oídos no ha llegado, y eso que todos los días, -primero falta el sol,- viene aquí un rato a la hora de comer. Los otros tampoco me han dicho nada.

-¡Es decir que lo castigan y que lo hacen trabajar en el ingenio por gusto, nada más que por gusto! Y no es sólo esto, usted ha de creer que me han afirmado, tal vez por mortificarme, que Francisco no me quiere ya, que lleva amores con otra de aquí. Yo lo dudo mucho ¡qué!, hasta lo dificulto; serán chismes; pero hay cosas que, aunque sean mentiras, le quitan a uno todo el gusto. Yo no sé...

-Mentira, muchacha, sí, mentira. ¡Conque él no te suelta de la boca!, ¡conque no piensa más que en ti! ¡Ah!, eso lo aseguro yo, que él no te ha olvidado. Hombre ¿quién fue el que te lo dijo? ¡Embustero! Si Francisco lo supiera ¡qué pena le habría de dar! ¡Tras de todos sus trabajos venir ahora a ponerlo mal contigo! ¡Era lo que le faltaba para morir de pesadumbre!

-¿Todavía se acuerda de mí, taita? ¿Usted no me engaña?

-No, alma mía, no te engaño; él se muere por ti; no lo dudes; tranquilízate. Cuando hables con él, tú lo veras.

-¿Dónde voy a hablar con él? ¿Usted no me dice? La señora puede ser que no quiera. En el trapiche hay siempre tanta gente, y lo mismo en el campo; en la casa, menos. Yo no sé dónde.

-Eso déjalo a mi cargo. Ya no será hoy por la mañana; pero llégate por aquí al mediodía, que entonces habrá venido la gente del campo, y yo le avisaré. Justamente es domingo, y la gente viene temprano; tienen tiempo de conversar.

-¿Y la señora?

-Dile cualquier cosa, si te pregunta: que quieres pasear por la arboleda, que quieres ver el río... Pues...

-Bueno; ahí veremos. Avísale a Francisco que yo estaré aquí como a la una. Adiós, taita. No me dilato más, no vaya a levantarse la señora y maliciarse algo. Hasta luego y dispéñeme.

Cabalmente la proposición que el taita Pedro le hizo a Dorotea de citar a Francisco para una entrevista con ella satisfacía del todo sus deseos. En dónde y cómo la tendría, cavilaba desde que por desgracia suya hubo de hallarlo trabajando en el trapiche, y de hallarlo, al parecer, refalsado. Saber las causas por qué lo castigaban, y por qué la señora Mendizábal no lo había perdonado, a pesar de sus promesas, en el momento mismo que llegó al ingenio; convencerse de si le era o no ingrato; oírle explicar la indiferencia con que la recibió; y presentarle a su hija Lutgarda; he aquí lo que la impulsaba a apetecer una entrevista con Francisco; pero a escondidas de la señora Mendizábal, no fuese ésta, habiendo quizás cambiado de proyectos, a repugnar que lo tratara. Como ella le dijo al taita Pedro, ni en el trapiche, ni en el campo, ni en la casa de vivienda, ni en ninguna parte podía hacerlo, a causa de la gente, sin grande riesgo de que lo descubriese su ama: luego, la infeliz tenía en el ingenio un enemigo mortal que andaría vigilando sus operaciones para acriminarlas aunque fuesen inocentes; hablamos de Ricardo. Dorotea puso los ojos en taita Pedro, porque desde pequeña lo conocía, y porque le constaba su cariño hacia Francisco, de cuya nación era; y si la vimos ocultarse tras de la ciruela, en cuanto lo divisó por entre los árboles, con ánimo de volverse para la casa sin manifestarle sus deseos, fue porque una muchacha tímida se avergüenza siempre de hablar sobre sus amores con las personas de edad. La casualidad de que el perrito se pusiese a ladrarle, la descubrió a taita Pedro; y la conversación se enredó de tal manera, que vino a parar en ofrecerle aquél voluntariamente lo propio que la había conducido a la arboleda. Algo sosegada ya con la esperanza de tener una entrevista con Francisco, tornó aprisa a la casa de vivienda para que, si la señora Mendizábal se levantaba, no extrañase su ausencia ni el paseo tan temprano por la arboleda; pero afortunadamente a todos los encontró durmiendo.

*

Cuando la señora Mendizábal despertó, lo primero que se le vino a la imaginación fue Dorotea. La noche antes no había podido hablar con ella, a causa de lo tarde que llegó al ingenio; deseaba hacerlo, desde que supo las faltas de Francisco, ya para justificar a los ojos de la mulata los castigos que éste sufría, ya para aconsejarle y aun exigirle, si necesario

fuese, que no se acordase más de él; porque sin mostrarle los motivos en que fundaba el mal trato que recibiera aquél en la finca, tal vez habría de estimar baladíos todas sus promesas; y porque faltándole quien le abriese los ojos a muchacha tan ciegamente enamorada, no tardaría acaso ni un momento en perdonar los extravíos de Francisco y en precipitarse sabe Dios en qué miserias. Sobrado le parecía a la señora Mendizábal, para disculparse con la mulata, el hacerle una simple relación de cuanto Ricardo le dijo; pero, por grandes esperanzas que tuviese de alcanzarlo, no sucedía lo mismo respecto a destruirle su amor; al contrario, dudábalo mucho; que no es de lo más fácil torcer la voluntad, cuando quiere uno por la primera vez, cuando han pasado algunos años, y cuando la tenaz oposición de los otros sólo ha servido para prestar fuerza y calor a nuestro cariño. De que Dorotea persistiese en llevar amores con Francisco, podían resultarle gravísimas consecuencias: o bien el unirse a un hombre vicioso y de malos sentimientos, caso de que la señora Mendizábal se lo permitiese; o bien los sinsabores que la aguardaban, si no tenía por conveniente el acceder; y ella desaprobaba los dos extremos; en los dos veía padecer a su costurera, a su criada de mano; de cualquier modo iba a privarse de sus servicios. ¿Cómo evitar tamaños males? Tratando de disuadir a Dorotea amigablemente, haciéndole una pintura de Francisco tal como la oyera de boca de su hijo. Si esto no bastaba, tendría entonces que elegir entre dejarla casarse u oponerse, renovando los pasados disgustos y aquella época lamentable que para siempre deseaba borrar de la memoria. En semejantes circunstancias no sabía qué resolver, si bien se inclinaba a lo segundo, que era, a su juicio, el partido más acorde con la felicidad de Dorotea y con sus propios intereses. Francisco no merecía tampoco la mano de una esclava, que pudo extraviarse en un tiempo, tal vez seducida por él, pero que ya le prometía enmienda para lo sucesivo, cuando sólo se hiciera acreedor en virtud de sus faltas a los castigos con que Ricardo y el mayoral lo atormentaban. Ocupada en estas reflexiones, que la agitaban desde el día anterior, se levantó con ánimo de realizar pronto su plan. Dorotea fue a saludarla junto con las demás esclavas; la señora Mendizábal mandó entonces que todas se retirasen, y quedándose sola con ella, le habló así:

-Bien sabes, Dorotea, cuáles eran mis intenciones; perdonarte a ti y a Francisco, casarlos aquí, y que me sirvieran después en la Habana, tú, siempre de costurera y criada de mano, y él, de calesero; habiéndolos criado a ustedes, quería mostrarme generosa. Me hice cargo: «Dorotea y Francisco se aman todavía, ya estarán corregidos, ellos no se han quejado de los castigos que les he impuesto; pues voy ahora a ser yo misma la que los case». La otra vez me opuse, ¿y por qué fue? Porque ustedes me engañaron diciéndome que no llevaban amores, y los llevaban a escondidas, y porque se ofuscaron contra mí; por eso tan solamente les negué la licencia de matrimonio. Yo soy una madeja de secta, Dorotea; pero es menester que me den gusto. Así fue que saliste del lado de las francesas y que; cuando llegaste a casa sin un trapo que ponerte encima, te compré una porción de túnicos y pañuelos, y cuanto necesitabas para casarte con decencia; te di también dinero para que le comprases fluses a Francisco, presumiéndome que tendría desguazados los que trajo de la Habana; todo lo fui preparando de modo que ustedes conocieran mi buen corazón. ¿No es verdad, Dorotea? ¿Tienes alguna queja contra tu ama? ¿Podía yo hacer más?

-Ay, señora, -le respondió la mulata en medio de sollozos que le ahogaban la voz-, no me lo pregunte su merced a mí!

-Me alegro infinito de que me agradezcas los favores que les pensaba hacer.

-¡Qué les pensaba hacer! ¿Y ya no, señora?

-Mira, en sabiendo las cosas, puede que te arrepientas de esas lágrimas. ¿De qué te azoras? ¿De lo que te acabo de decir? ¡Boba! Escúchame y verás si debes alegrarte o no de que no quiera ya que te cases con Francisco. Por tu bien, Dorotea, por tu bien nada más te lo aconsejo. Pues no me dices ¿qué sacaría yo ahora, después que todas nuestras tragedias se han acabado, de seguirlos afligiendo a ustedes? ¿Verlos padecer? ¡Ah, sería menester que fuese una tirana! ¿Mas quién tiene la culpa de que nuestros planes se hayan maguado? Tu ama no la tiene, por cierto, ni tú tampoco; es Francisco, que tan ingrato se ha vuelto conmigo. ¡Yo no sé, Señor; el diablo se le ha metido a este negro en la cabeza de poco tiempo acá! Primero me engañó con que te había olvidado, siendo mentira; eso fue al principio de los amores de ustedes; luego te perdió a ti en mi propia casa, ¡no quisiera ni acordarme! Mándolo al ingenio para corregirlo, y aquí se acabó de rematar...

-¿Francisco ha hecho alguna cosa mala, señora? -le interrumpió Dorotea como asustada.

-¿Francisco...?

-Sí, el mismo, y no sólo una, sino muchísimas. ¡Si hasta parece un sueño lo que he escuchado de él! Tan humilde, tan manso... ¿te acuerdas? Y ahora, según lo que me cuentan, es una fiera. Criatura, haberse levantado tres veces contra el mayoral; huirse a cada momento; fajarse con sus compañeros; pegarles fuego un día a las casas de bagazo, que si no acuden aprisa, vuela todo el ingenio como pólvora; querer resabiarme los negros poniéndose a embullarlos para que lo sigan; respóndeme: ¿son faltas que pueden disimularse? No. Yo lo crié, lo saqué chiquito del barracón, lo bauticé. ¿Dónde aprendió esto, Señor? ¿Tuvo malos ejemplos en mi casa, malos consejos? Nada; él se ha encalabrinado, y piensa vengarse así. Pero el daño será para él. ¿Qué se diría de mí, si yo lo perdonara ahora? Lo menos, que no sabía gobernar a mis esclavos; y con razón. También sería locura meter en mi casa a quien es capaz de todo cuanto hay.

-¡Infeliz de mí! ¡Téngame lástima, señora, compadézcame, por Dios!

-¿Lástima? ¡Demasiado! ¿Es posible que lo dudes? ¡Ya se ve! Venías a casarte con Francisco, y te lo encuentras que no es ni la sombra de lo que era en otro tiempo. No es extraño que desconfíes de todo el mundo, pero, mujer, ¿de mí?

-¡Ah, no, yo no desconfío de su merced!

-Bien, ni yo de ti tampoco. Por eso dificulto mucho que tú persistas en amar a Francisco todavía; porque, Dorotea, los hombres se aman por sus buenas obras. ¿Qué hace una mujer con casarse, si ha de ser para llorar y arrepentirse después? Acuérdate de que el matrimonio dura toda la vida; reflexiona que el hombre que antes de casarse le da pesadumbres a la mujer, luego será peor. Bastante sé lo que te costará olvidar a Francisco; pero, ¿quién no prefiere padecer algunos días, a verse desgraciado para siempre? Yo te lo aconsejo, olvídale; figúrate que nunca has llevado amores con él; ten paciencia, que el tiempo quita

todas las penas. Sin embargo, no creas que te violento; de aquí a la noche te doy de plazo para que pienses lo que has de resolver. ¿Me lo dirás con franqueza, eh? Ricardo puede informarte pormenor de las cosas que ha hecho Francisco. Pregúntale. Él fue quien me las contó ayer. Nada me había dicho hasta ahora por no incomodarme.

Estas últimas palabras de la señora Mendizábal afligieron más a Dorotea; pero como sucede siempre que los dolores son muy vehementes, en vez de seguir llorando y lamentándose, perdió la voz, y dejaron de correrle las lágrimas que un momento antes le inundaban las mejillas; de suerte que con esto tuvo aquella ocasión de atribuir este cambio repentino a que sus razones y consejos habían hecho mella en el ánimo de la mulata; parecióle que nada tenía ya que temer, que sin necesidad de recurrir a medios violentos, iba a separarla de unos amores cuyo resultado debía ser por precisión lastimoso, sea que accediese o no al matrimonio. Alegre en extremo por haber tenido tan buen principio sus planes, le dijo a Dorotea, cuando ésta salía de su cuarto, varias expresiones de cariño que harto hubieran patentizado a otra cualquier persona, como tuviese el corazón menos intranquilo, el vivo deseo que abrigaba de captarse la voluntad y la confianza de su esclava, ya que sólo así podía esperarse librarla de padecimientos, conservarla en su servicio y hacer que Francisco sufriese todo el rigor que merecía en pago de su extraviado proceder. No era aquella coyuntura a propósito para obligar a Dorotea a que le diese gusto, valiéndose de la autoridad de ama.

Por lo que dice a la mulata, se le ocurrieron en la conversación tal multitud de ideas y de sentimientos que ni ella misma pudo darse cuenta por lo pronto de lo que pasaba. Mas donde creció su congoja fue cuando la señora Mendizábal le dijo que Ricardo había sido quien le descubrió, el día antes, las maldades de Francisco. Esto arrojó una luz demasiado clara sobre la absoluta incoherencia que veía entre las virtudes del calesero y los negros colores con que se lo pintaban. Al principio dio crédito a las noticias de la señora Mendizábal, aunque dudando que fuesen tan agravantes los hechos, o, a lo menos, que Francisco los cometiera por perversidad de su alma y no por desesperación y venganza. Pero, en cuanto oyó el nombre de Ricardo, se le aumentaron las dudas, presumiéndose al instante que todas eran mentiras, que las había forjado con el fin de perjudicar a Francisco. El odio que siempre alimentara dicho joven contra el calesero, su genio colérico y lo picado que se hallaba con la mulata por no haber podido vencerla ni a ruegos ni a amenazas, eran circunstancias muy graves que bastante fundamento prestaban a las sospechas de Dorotea. Al concebirlas, desechó luego la idea desgarradora que la noticia de los excesos de Francisco y las reflexiones de la señora Mendizábal le sugirieron: la de olvidarlo, la de no pensar más en un hombre cuyos vicios lo hacían detestable a los ojos de todos. Pero, ¿serviría esto para aliviar los dolores de la mulata, cuando la señora Mendizábal le aconsejaba, consejo que equivalía a mandato, abandonar sus relaciones con Francisco; cuando veía la maldad y el enojo de un enemigo poderoso, invencible, oprimiendo a su amante; cuando, aunque fueran ciertas sus sospechas y tuviese datos para probar la inocencia de Francisco, no podía de ningún modo defenderlo, ni alcanzar nada? Y si era inocente, ¿estaba acaso segura de que él no la había olvidado? Los grillos, los ramales, los cuerazos que vio en el trapiche la noche anterior, todo se lo explicó la señora Mendizábal; pero la indiferencia con que la recibió, su empeño por ocultársele mientras metía la caña, ¿quién le había aclarado estos pormenores? Nadie; los mismos celos, la misma desconfianza la devoraban todavía. De aquí que, combatida por tantos pensamientos, a cual

más terrible, cayese en aquel estado como de impasibilidad que acompaña siempre a los pesares muy grandes. Su ama lo atribuyó equivocadamente al buen efecto de sus razones.

Capítulo V

Las diez serían cuando el mayoral tocó la campana para llamar la gente del campo; era domingo, y por eso se concluían los trabajos antes de las doce. A poco rato aparecieron los negros, cada cual con su haz de cogollo en la cabeza; cruzaron por medio del batey y fueron a parar frente a la casa del mayoral. Allí se ahilaron según costumbre y, luego que éste los despidió con un chasquido del cuero, botaron el cogollo en la caballeriza y se encaminaron hacia la mayordomía para coger su ración. Dorotea, que desde su entrevista con la señora Mendizábal se había encerrado en un cuarto a meditar sobre su miserable destino y sobre el partido que debía tomar en las aflictivas circunstancias donde se encontraba, se asomó por la ventana en cuanto llegaron los negros del campo para ver si entre ellos venía también Francisco. En efecto, hubo de columbrarlo detrás de todos, y caminando con mucho trabajo a causa de los grillos y ramales que llevaba en ambas piernas. Creyó que volvería la cabeza hacia la casa de vivienda; pero sus esperanzas se frustraron, porque Francisco, en lugar de dirigir la vista a la ventana, parecía esconderse de propósito entre los demás negros. Dorotea continuó, sin embargo, mirándolo con los ojos arrasados en lágrimas; aquello corroboraba las sospechas que acerca de la lealtad de Francisco había concebido desde su llegada al ingenio, y, como los pesares se llaman unos a los otros, dedujo, al momento, que quien se portaba así con su amante, no era extraño que hubiese ejecutado las vergonzosas acciones de que Ricardo le acusara. Es verdad que cuando su ama le refirió por la mañana los crímenes y faltas del calesero, le hizo mucha fuerza, por una parte, el rumbo de donde procedían, y por otra, lo desacorde que se le antojaba tanta perversidad y en tan breve tiempo, en menos de un año, con la honradez nunca desmentida de Francisco; en términos que no dio ningún crédito a las palabras de la señora Mendizábal, y resolvió seguir amándolo, a pesar de cuantos obstáculos se le opusiesen, si él le guardaba todavía la jurada fe; mas ahora esta nueva señal de que la había olvidado, la resfrió en su noble propósito y la obligó a pensar desfavorablemente de Francisco. Preguntose a sí misma: «¿Es por ventura el primer hombre que ha pasado de la virtud al vicio? ¿No puede haberse corrompido en el ingenio, y hallándose después sin ningún freno que lo contuviese, haber pagado el amor y la constancia de una mujer, desventurada por su causa, con la indiferencia y el olvido?» Las respuestas que se dio Dorotea a tales preguntas, que sólo hubiera hecho celosa, y cuando los continuos golpes le fueron poco a poco abatiendo de modo que llegó al fin el caso de azorarse y desconfiar de todo, eran propias únicamente para acrecer sus males y para ponerla en mal sentido con Francisco. Así fue que hasta quiso no asistir a la entrevista de la arboleda, pues se figuró que nada iba a remediar con hablarle, habiéndola olvidado, y que él no haría tampoco ningún caso de ella ni de su hija; temía que tratara de disculparse alegando falsas excusas, fiado en que no le es difícil a un hombre, en queriendo, burlarse de la debilidad e inexperiencia de una pobre mujer. Este propósito de no ir a la arboleda le duró hasta que el reloj de la casa de vivienda tocó la una de la tarde, hora precisa de la cita, porque al punto las dolorosas reflexiones que lo habían originado comenzaron a perder su fuerza; así les sucede siempre a los que aman de corazón; cuando les acosan la desconfianza o los celos, cuando media cualquier disgusto, no quisieran ni ver a la persona

que adoran; pero si se les presenta una coyuntura a propósito para decir sus quejas, no se hallan con valor de desperdiciarla; entonces les sonríe la esperanza de que tal vez se justificará en hablando el mismo que se reputa de culpable, y eso los seduce. Dorotea deseaba verse con Francisco para preguntarle tantas cosas, para salir de tantas dudas, que no pudo menos también de abandonarse a los impulsos de su amor. Salió, pues, de la casa de vivienda con su hija Lutgarda en los brazos y se dirigió hacia el rancho de taita Pedro; pero a escondidas de la señora Mendizábal, no fuese a maliciarse algo y a impedir que se efectuase la entrevista, y encargándoles cuidadosamente a las criadas, que le dijeran, caso de preguntar por ella, que estaba en el cuarto durmiendo.

Al acercarse Dorotea al bohío, percibió como que dos personas hablaban en la parte interior; puso atento el oído, y, sin embargo, no le fue posible comprender la conversación que tenían; mas por el metal de las voces conoció que uno era el taita Pedro y el otro Francisco. Un susto, una sorpresa involuntaria, aquella timidez que les entra a las muchachas cuando después de una larga ausencia tienen que hablar con la persona a quien aman, y más si la entrevista ha de ser de quejas, le hizo perder todo el valor de que se había revestido al salir de la casa. Detúvose inmóvil junto al rancho sin atreverse a dar un paso hacia adelante, y largo rato permaneciera allí, si Bijirita, perenne centinela de la arboleda, no se hubiese puesto, como por la mañana, a ladrarle. A los ladridos de su perro salió el taita al limpio y, habiéndola alcanzado a ver, comenzó a llamarla. Francisco se precipitó entonces fuera del rancho y corrió hacia ella con la velocidad que los grillos le permitían, y Dorotea, al verlo anegado en lágrimas, la ternura con que le tendió los brazos, y cómo cubría de besos a su hijita, dando muestras tan claras de amor y del gusto que le causaba aquella entrevista, casi olvidó del todo sus resentimientos y lo abrazó también; pero ninguno de los dos pudo desahogar en largo rato las aflicciones y congojas de su alma sino por medio de sollozos del llanto que les inundaba las mejillas. El viejo taita Pedro se paró allí cerca a contemplar en silencio esta escena tan triste. Luego que pasaron aquellos primeros momentos de agitación, Francisco le tomó a la mulata cariñosamente una de las manos, le quitó a Lutgarda de los brazos y le hizo seña de que lo siguiese, encaminándose a un frondoso mamey, donde la frescura de la sombra y la mucha yerba del suelo convidaban a sentarse. Hasta entonces sólo habían salido de sus labios algunas frases inconexas que bien a las claras demostraban cuán profundos eran los sentimientos que les ocuparon los corazones; pero había llegado ya la hora de que empezasen a hablar, hora en que Dorotea pensaba preguntarle a Francisco la causa de su indiferencia la noche antes y aquella mañana, y en que él, sabedor de sus dudas y recelos por las noticias que le comunicara el taita Pedro, al tiempo de citarlo para la entrevista, le iba a desvanecer las sospechas que acerca de su amor y fidelidad le habían al parecer infundido, y a probarle su inocencia con el relato de todos los trabajos que había pasado en el ingenio, y descubriéndole el odio y las innumerables crueldades de Ricardo, sin omitir, por supuesto, las atroces acusaciones que aquel joven fraguó para granjearle la mala voluntad de la señora Mendizábal.

Esta conversación entre dos personas que se amaban con idolatría, después de diez meses de ausencia y de trabajos, y cuando por un cúmulo de circunstancias desgraciadas necesitaban más que nunca de sus recíprocos consuelos, fácil es de imaginarse si pararía o no en volverlas tan amigas como siempre lo habían sido y como lo eran en la actualidad; sólo que Dorotea, al igual de todos los que se hallan animados de una pasión ardiente, se asustaba a menudo por cualquiera cosa en figurándose que podía perder el corazón de

Francisco. Al oír ella que no la había esperado en la casa de vivienda, porque a los negros no los dejaban Ricardo ni el mayoral arrimarse allí; que las acusaciones de aquél no provenían sino de su mal corazón por indisponerlo con la señora Mendizábal, y que el motivo de haber tratado de ocultársele en el trapiche mientras metía la caña, fue por no descubrirle que era él mismo a quien el contramayoral azotó en su presencia, le pesó infinito haber dado cabida a ideas tan injuriosas contra un hombre que, de lo que acaso pecaba, era de puro y bueno, y que en el propio instante de reputarlo culpable, no tenía otros deseos ni otros pensamientos que los de ahorrarle las pesadumbres que pudiera traerle su mísera situación. Así fue que para consolarlo y para borrar su yerro le prometió que, pues la suerte los había juntado cuando menos lo esperaban, ella no consentiría jamás en separarse por ninguna razón. Manifestole cómo la señora Mendizábal, instruida de las faltas que inventó la maldad de Ricardo, se oponía a su matrimonio, bajo el pretexto de que él no era acreedor ya al cariño de una mujer virtuosa; que sin embargo de haberle hablado, más bien en tono de amiga, que de ama, no se le ocultaba que aquellos consejos equivalían a mandato, según le gustaba que sus esclavos la obedeciesen ciegamente a la menor indicación, y como era de creerse por el plazo que le asignó para meditar sobre el negocio, circunstancia innecesaria, sin duda, habiendo sido su voluntad la de avenirse con lo que ella de motu propio, resolviese; que sabía muy bien los sinsabores que la aguardaban desde el instante en que le declarara su firme propósito de casarse con él, aun cuando fuesen ciertos los delitos y extravíos que le achacaban; pero que a pesar de todo, comería gustosa en el ingenio su pedazo de tasajo y su ración de funche, y trabajaría en el campo como los demás negros y viviría en un miserable bohío, siempre que tuviera la dulce recompensa de gozar a su lado algunos momentos de ventura.

Francisco se opuso abiertamente a este plan, porque si bien habrían de conseguir tal vez, poniéndolo en práctica, el verse unidos para siempre, era a costa de muchas penalidades para la mulata; entonces fue cuando le hizo una relación minuciosa y detallada de los tormentos que se pasaban en el ingenio por la crueldad de Ricardo y de los operarios, y le refirió los que él había sufrido desde que puso los pies allí. Dorotea no se amedrentó por eso, pues, aunque débil y tímida por naturaleza, se revestía, como lo hacen todas las mujeres, de un valor heroico, cuando le era preciso sobreponerse a los rigores de la adversidad y como lo hacen todas las mujeres, cuando en su pecho arde una pasión limpia y generosa; casarse con Francisco y vivir en su compañía hasta la muerte, partir con él las desgracias y aflicciones que padecía y de que se juzgaba ella la causa principal, y mitigarlas en algún modo mediante sus caricias; he aquí los nobles fines que se propuso la mulata al adoptar aquel proyecto, los cuales sólo podían tener cabida en una criatura dotada de tan bellos sentimientos, que ni la misma esclavitud con su inmenso poderío fue bastante para deslucirlos. Francisco le alegó mil razones para disuadirla; su juventud, su complexión delicada, su ninguna costumbre a las duras faenas del campo, y en especial de un ingenio; que la señora Mendizábal se resentiría justamente de que habiéndola perdonado y restituido al servicio de la casa, nada más que por hacerle ese favor, le pagase después con ingratitud desoyendo sus consejos amistosos; que un gran castigo y, lo que todavía era mucho peor, el caer en manos de Ricardo y de los operarios con tristes recomendaciones de la señora, serían quizás las consecuencias de su arriesgado proyecto; que por necesidad había de quedarse Lutgarda con ella por hallarse en la lactancia, y que no era de buenos padres sacar a su hija de las comodidades de una casa en la Habana para sumergirla, desnaturalizados, en la muchedumbre de miserias que acosan a los negros en un ingenio; que acaso con el

tiempo y mostrándose humildes, se aplacaría el enojo de su ama, porque, así como de por fuerza nada se alcanzaba de ella, cedía pronto en no oponiéndose a sus mandatos; y por último, que parecía más prudente esperar, con tal que eso sirviese de proporcionarles un enlace feliz, que no buscarse ellos mismos nuevos disgustos con la señora y nuevos pesares.

Dorotea permaneció inflexible a todo y ni la amenaza que su amante le hizo de olvidarla y de no casarse con ella si persistía en su propósito pudo persuadirla a abandonar lo que había halagado ya su imaginación pintándole el porvenir de risueños colores; hasta que al cabo, conociendo Francisco que sería inútil cuanto le dijera, vino en prometerle, aunque bien de mal grado, no impedir la realización de sus planes, pidiéndole en pago de tamaña condescendencia que buscarse para hablarle a la señora Mendizábal una coyuntura favorable, cuya elección deja a su arbitrio, y que lo hiciera entonces con la mansedumbre que convenía para lograr alguna cosa de quien se regocijaba tanto cuando veía humildad por parte de los esclavos. Acordose al punto la mulata de haberle oído decir a su señora en la Habana que aquella Pascua tendría mucha gente de visita el día de Año Nuevo en el ingenio, por lo cual resolvió, de común acuerdo con Francisco, dilatar hasta esa época su proyecto, y que llegada que fuese, se le echaría a los pies, en presencia de todos, a la hora de comer, suplicándole que pues no perdonaba al calesero, le permitiese, por lo menos, quedarse con él allí, y que les otorgara la licencia del matrimonio, porque habiendo un hijo de por medio, su honor no podía lavarse de ninguna manera si no se daba aquel paso, porque los crímenes que había cometido Francisco en el ingenio, no le quitaban la cualidad de ser padre de Lutgarda, y porque los consejos de una esposa que pondría todo su conato en traerlo otra vez a buen camino, era de presumirse con sobrado fundamento que los premiara el Cielo. Convinieron también en que la mulata, según lo que le previno por la mañana su señora, le manifestaría aquella misma noche que después de haber meditado sobre el asunto, estaba pronta a darle gusto, siempre que ella, caso de enmendarse Francisco, les prometiera dejarlos contraer matrimonio; de este modo, no confesándose Dorotea desamorada, ni cerraban el campo a súplicas ulteriores, ni se repararía tampoco que diese después el paso que determinaron entrambos.

Por lo que respecta a Ricardo, Dorotea comprendió, desde que le oyó a Francisco los trabajos que sobre él había amontonado en el ingenio, que todo provenía del odio con que lo miraba, sólo porque, a pesar de ser un infeliz esclavo, era quien merecía sus favores; pero nada de esto le descubrió a su amante para no afligirlo más, cuando por otro lado el hacerlo no había de proporcionar ningún remedio. Acaso parecerá extraño que esta muchacha, sabiendo el carácter vengativo y colérico de aquel joven, su modo de comportarse en el ingenio, la ciega obediencia que le prestaban los operarios, y cómo engañaba a su madre encubriéndole bajo mil mentiras las atrocidades que ejercía sobre los negros, prefiriese casarse con Francisco y permanecer en la finca, sin curarse de las resultas, a seguir sirviéndole en la ciudad a la señora Mendizábal y a disfrutar allí de otras comodidades y otro descanso; mas por lo mismo que Ricardo trataba de abatir al calesero y de martirizarlo a fin de vengar en él los ultrajes que suponía hechos a su color, a su rango y a sus riquezas, por la resistencia de una miserable esclava, cobró ánimo Dorotea para tolerar los infortunios que precisamente la aguardaban, a trueque de poder mostrarle que ninguna mella le causarían los males, en viéndose casada con Francisco, único norte en el mundo de sus pensamientos. Sin embargo, él podía enredar todo el plan, si lo llegaba a traslucir, atizando en contra de ellos a la señora Mendizábal, sin que para el efecto

necesitase otra cosa que fingir nuevas faltas en Francisco, por cuya razón juzgó oportuno encargarle a éste que procurara guardar el mayor sigilo acerca del negocio, como igualmente, que siendo del caso ocultarle a su ama que continuaban los amores, hablarían en lo sucesivo, hasta ver el resultado de su proyecto, pocas ocasiones, y eso a horas y en lugares donde nadie los pudiera sorprender.

Tales fueron las materias de que hablaron Francisco y Dorotea mientras duró la entrevista de la arboleda; entrevista que seguramente se habría dilatado mucho más por el ansia con que deseaban verse para referirse sus recíprocos trabajos y lamentarse de ellos, a no haberles advertido el taita Pedro que, siendo ya como las dos de la tarde, podía la señora descubrirlos. Al despedirse, se abrazaron de nuevo y volvieron a inundarse de lágrimas, como si un presentimiento interior les hubiese revelado que aquel cielo hermoso y apacible, que se lisonjaban de divisar en el porvenir merced a sus planes, iba pronto a cargarse de nubes y a llover sobre sus cabezas un diluvio de infelicidades.

*

Por la noche la señora Mendizábal llamó a Dorotea a su cuarto para preguntarle qué era lo que había resuelto tocante a los consejos que le dio por la mañana, de olvidar a Francisco. Llenose de indecible gusto al oírle que le prometía no acordarse más de él mientras no se enmendara; y no puso ningún reparo en concederle que los dejaría casar, como se lo demandaba, cuando llegase a suceder aquello y cuando el calesero sufriese los castigos que Ricardo le hubo de señalar; y tanto más de satisfacción experimentó con la obediencia de la mulata cuanto que le pareció que su humildad nacía de sólo el deseo de complacerla, a pesar de costarle el sacrificio de un amor antiguo y profundo. Pero es necesario confesar que a Francisco le había cobrado tal animadversión desde que Ricardo le contó sus crímenes que si bien muy agradecida a Dorotea por la prueba de respeto que acababa de mostrarle, accedió a sus ruegos porque se imaginó que un esclavo de tan mala índole jamás se corregiría y que, andando el tiempo, la fuerza de éste y la distancia se lo harían olvidar. El contento que, sin embargo, recibió la mulata a causa de su natural sencillez que la engañaba a menudo sobre las intenciones de los demás, fue extremado, pues creyó que habiendo sido feliz el principio, no sería mucho que los fines tuvieran igual suceso; quizá le sugirió la Divina Providencia este pensamiento consolador para que diese cabida en su pecho a algún rayo de esperanza con que poder librarse, a lo menos en la fantasía, de las zozobras que estaba corriendo como una frágil navecilla en medio del océano.

En cuanto Dorotea se apartó de su lado después de esta conversación, salió al colgadizo la señora Mendizábal para noticiarle a Ricardo la humildad de su hermana de leche. Él escuchó aquella nueva con sumo regocijo, y con más interés de lo que podía sospechase quien ignoraba absolutamente las cosas que habían mediado entre la mulata y su hijo. En efecto, los deseos criminales de éste, porque su pasión no merecía otro nombre, a nadie los había revelado jamás; siendo esclava y de color la mujer que lo subyugaba (si bien no con las cadenas de un amor puro e inocente, incapaz de albergarse en un corazón corrompido ya por las ideas de su caudal, su cuna, y la educación de aquella madre, amantísima en verdad, pero demasiado bondadosa, hubieron de inspirarle acerca de las consideraciones debidas al bello sexo), Ricardo estimaba como un desaire la resistencia de Dorotea a satisfacer sus

caprichos; razón suficiente para que, acostumbrado desde los primeros años a verse casi siempre complacido aun por otras bellezas de más precio, tratase de ocultarlo bajo el silencio, no fuese a menguar la fama que por una muchedumbre de conquistas se había granjeado, no sólo entre las personas de la familia sino entre las de afuera, de mozo corrido y dichoso para enamorar. Por lo que hace a su madre, no fue menor el sigilo; antes se guardó de ella más que de los otros, por motivos muy fáciles de explicar. La señora Mendizábal, no diremos que celebró nunca, pero sí que consentía tácitamente la conducta desarreglada de Ricardo en cuanto a las mujeres, atribuyéndolo todo a locuras y vivezas de la mocedad; mas a pesar de mostrarse como indulgente si la mujer sobre quien recaían sus faltas llevaba el color blanco, acaso no hubiera tolerado que pusiese los ojos en una esclava, y mucho menos en una esclava de la familia. De aquí la reserva con que aquél le encubrió su vergonzosa pasión hacia la mulata.

Como íbamos diciendo, Ricardo se alegró infinito de que Dorotea mirase ya al calesero con tal indiferencia, a su juicio, que no le hubiese sido demasiado sensible prometer a su ama olvidarlo, si continuaba en los anteriores descarríos, porque libre ella del único obstáculo que siempre le pareció haberse opuesto a la consecución de sus deseos, el amor a Francisco, quizás consentiría pronto en darle gusto; y porque, aun en el caso de oponérsele, estaba en su mano rendirla a fuerza de amenazas. Hallándose Francisco en el ingenio a su plena discreción, nada por cierto tan fácil como castigarlo siempre que se le antojase, hubiera o no causa bastante para ello; nada tan fácil como achacarle cualquier falta, valiéndose de la crueldad de don Antonio y del odio con que miraba al calesero; y nada tan fácil, por último, como justificar los castigos que le señalara a los ojos de la señora Mendizábal, que nunca sindicaba sus operaciones, particularmente en las fincas donde le había concedido facultades omnímodas, y que, merced a sus tramas, no dudaría un punto en creer cuanto malo y ruin le refiriese acerca del malhadado Francisco. Echando mano de este poderoso resorte se lisonjeó conseguir por medio de la fuerza verle término feliz a una lucha que empeñaba, desde largo tiempo atrás, y tan desgraciadamente, con el adversario más despreciable que había topado en sus conquistas amorosas, cuando no le sirviesen de nada las súplicas y las dádivas. A él no le era posible castigar a la mulata, verdad; pero sí atemorizarla con los padecimientos de su amante; y tanto valía uno como lo otro para la realización de sus miras.

*

Al día siguiente por la mañana, habiendo ido al trapiche la señora Mendizábal a divertirse un rato con la molienda, Ricardo se aprovechó de esta ocasión para dar principio a sus proyectos; llamó a Dorotea y le dijo que, estando revuelta toda su ropa, era preciso que le compusiese el escaparate con la finura y delicadeza que sólo ella sabía hacerlo en la casa. La mulata lo obedeció al punto, imaginándose que con servirle sin ninguna señal de resentimiento por los castigos y trabajos que amontonara sobre el calesero, acaso se aplacaría el enojo de un enemigo tan temible, y éste mismo le serviría después de algo en la petición que pensaba hacer a su ama. Pero apenas entró en el cuarto y comenzó a ordenar la ropa en los entrepaños, cuando se le apareció Ricardo; no fue menester más para que se pusiera a temblar de susto, pues al instante se malició que aquello no había de tener buen resultado, que había de volver otra vez a ser requerida de amores por un hombre de quien la alejaban su color y condición más nobles, su genio áspero, sus sentimientos inhumanos y,

más que todo, el cariño con que ella se desvivía por otro desde que pensó en amar. Ricardo quiso disimular sus intenciones; se puso a escribir; mas viendo la prisa que se daba Dorotea por acabar, y que podría perder tan favorable coyuntura, se le acercó con el ánimo resuelto ya a poner en obra su plan.

-Dorotea, -le dijo- ¿has visto, después que viniste de la Habana, a Francisco?

-No, señor, Niño, -le respondió ella toda asustada.

-Pues mira, más vale que no lo hayas visto. Está que da lástima: flaco, cenizo, lleno de verdugones y lastimaduras; pero él es quien tiene la culpa; si no hubiera sido tan malo, tal vez estaría ahora hasta casado contigo. Dime, Dorotea, ¿será verdad lo que me ha dicho Mamita, que tú le prometiste anoche no mirarlo más con buenos ojos, por las cosas que ella te contó de él?

-Sí, señor; quiero darle gusto a la señora.

-Pero ahora te casarás con otro.

-Con nadie, Niño.

-¡Ah, sí! Yo confío en que tú no te acordarás más nunca de ese ingrato, que a Mamita, a ti y a mí y a todos nos ha pagado tal mal. Procura olvidarlo, Dorotea; un hombre así sólo te traería pesadumbres sobre pesadumbres. ¡Lo que son las cosas! ¿Te acuerdas cuando en la Habana te decía yo que dejaras tus amores con Francisco, que luego te pesaría, cómo te pusiste brava, y hasta me respondiste en un tono, con unas palabritas, que sabe Dios otro amo lo que te hubiera hecho? Ahí lo tienes, Dorotea, ahí tienes el pago. Tu Francisco te perdió, y luego, no contento con eso, en lugar de enmendarse en el ingenio, lo que se ha granjeado, ha sido el odio de todos. De veras que te compadezco; cuando uno quiere como tú lo querías a él, y lo engañan de ese modo; cuando uno ha puesto los ojos en quien no lo merece, ¡bien digno es de que le tengan lástima! Pero nada me respondes, mujer. ¿Estamos peleados todavía?

-¿Todavía? Yo no he peleado nunca con el Niño.

-Sí, picarona. ¿En la Habana, en la Habana, acuérdate, siempre no me estabas huyendo? Vamos, dí ahora que no. Respóndeme, Dorotea, ¿cuántas veces te he puesto las manos encima? ¿Una, dos, tres...?

-Ninguna, Niño.

-Tú misma lo dices, ¡ninguna! ¿Cómo había yo de darte? Lo primero, que tú eres mi hermana de leche, y lo segundo, que tampoco lo has merecido nunca. Más te digo, Dorotea; no es Ricardo quien nació para castigarte a ti. Yo no tendría valor. Tú sabes, desde la Habana, lo que te aprecio, aunque tú has sido siempre conmigo una ingrata. Pero, ¡ah!, ustedes las mujeres, son todas así. Mientras más las quiere uno, mientras más se empeñan los hombres en demostrárselo, ¡peor! Su gusto es mortificarnos entonces. Tú me has cogido

aburrición, yo lo sé, desde aquél día que te dije, en la Habana, que me caías tan en gracia que hasta que no me correspondieras, no había de parar. ¿Te vas ya? No te vayas, Dorotea; tengo muchas cosas que decirte; óyeme, aunque sea esta sola vez.

-¡Pero suélteme el Niño el brazo!

-Estate quieta y no te asustes, que yo no te haré nada malo; mi intención no es sino que hablemos aquí como dos amigos en sana paz. Para que tú veas, yo me alegraría de que no me trataras con tanto respeto.

-¡Oh! ¿Su merced no es mi amo? ¿Cómo le voy a tratar sino con respeto?

-Sí, Dorotea, yo soy tu amo, es verdad; pero ¿de qué me ha valido ni me vale el ser amo tuyo? Si yo lograra que tú me correspondieras por eso, ¡vaya! Pero justamente es todo lo contrario. ¡Ah!, yo daría cualquier cosa por ser negro, con tal de gustarte.

-Ni lo piense el Niño siquiera. El Niño no sabe los trabajos que pasamos nosotros; por eso habla así.

-No, Dorotea, yo hablo así, porque lo siente mi corazón; cualquier sacrificio, mi vida, todo lo perdería de buena gana por granjearme tu voluntad. Dorotea; cuatro años van ya que te estoy batallando para que me quieras, y nada, nada he conseguido, ni la más remota esperanza; pero hasta ahora tal vez te habrás mostrado tan tirana conmigo por los amores que llevabas con Francisco. Bien, ya esos amores se acabaron, tú estás libre ya, a nadie tienes que darle cuentas de tus operaciones; conque, mujer ¿será posible que tengas todavía la crueldad de no corresponderme? ¿Te complacerás, ingrata, en verme sufrir por tu causa?

-¡Si yo no puedo querer al Niño!

-¿Porque tú eres mi esclava y yo soy tu amo?

-Sí, señor.

-¡Por eso no! Yo te daré la carta de libertad. Tú sabes que para mí gastar quinientos o seiscientos pesos es como botar a la calle medio real. Hoy mismo, si te resuelves, te los pondré en la mano para que se los entregues a Mamita; o más, eso me importa un pito, si pide más por tu libertad; y pregúntale también cuanto vale tu hijita. ¿Ya lo ves, Dorotea, que mi gusto es hacerte bien? Mira, después que seas libre, te quedarás acá sirviéndole a Mamita, o te irás a otra parte; lo que a ti te parezca mejor. De todas maneras, yo te pasaré un tanto, y te compraré ropa, zapatos, cuanto necesites. ¿Dinero? Lo tendrás de sobra para lo que se te antoje. ¡Ay! en queriendo tú, china, hasta te pondré una casa en la Habana, ¡más guapa! ¡Con sus muebles, su negra que te sirva, todo; y tú serás la ama allí, y mandarás a hacer y deshacer, pues... como ama! Te vestirás que ni una princesa, porque te he de comprar tantos túnicos y prendas, que Dios quiera que no te vayas a cansar de modisturas. ¿Dorotea, oyes mi plan? Más lindo no puede ser. Tú y Lutgarda se libertarán, y no tendrás luego que trabajar en buscar la ropa, ni la comida, ni casa, ni nada; estarás mano

sobre mano, y yo, yo me deleitaré mirando tus comodidades, y con la certeza de que al fin me has correspondido, después de los muchos malos ratos que me has hecho pasar.

-¿Y el Niño tiene valor de proponerme eso? ¡Ah! ¡Su merced no me conoce todavía! Yo soy su esclava, Niño, yo soy una pobre mulata, y su merced es blanco, y mi amo. Su merced me puede mandar meter en el cepo, y que me den un bocabajo, y hasta matarme, si le parece; pero su merced no podrá nunca quitarme la vergüenza. ¡Ah, Niño, la cara se me está cayendo con lo que su merced acaba de decirme! ¿Vivir yo así con su merced, sólo por ser libre, y comer y vestirme bien? No, señor, Niño; Dorotea tiene este pellejo; pero sabe lo que es vergüenza.

-No te incomodes, boba. ¡Qué! ¿Es la primera que lo hace?

-Niño, su merced es blanco, no le falta nada, dinero, de buena familia; no venga a rebajarse con enamorarme a mí. Déjeme vivir tranquila; por Dios, por su madre se lo pido de rodillas; no me haga más desgraciada de lo que soy ya. El Niño no nos debe enamorar a nosotras las de color. Acuérdense que si la señora lo supiera, no le gustaría.

-¡Levántate del suelo, Dorotea! ¿Conque no hay remedio, mujer; yo te caigo siempre pesado? ¿Me aborreces ahora lo mismo que antes?

-Yo no lo aborrezco al Niño; se lo vuelvo a decir.

-¿No me aborreces, cruel, y me pides hasta llorando y de rodillas, hasta por Dios, que no te hable más de esta pasión que me mata? ¿Con que yo, que iba a libertarte a ti y a tu hijita para que no pasaran trabajos, me veo desairado por quien debía de estar con eso como unas sonajas? Vamos, a ti te disgustó seguramente lo de ponerte casa y vivir yo contigo, ¿no es verdad? Pues bien, no será así, tú vivirás donde te dé la gana; pero, comadre, queriéndome siempre. De este modo no dirás que hay escándalo.

-Yo no lo hago por el escándalo, Niño. Desengañese su merced; yo no lo puedo querer. Su merced es muy diferente de mí, y aunque fuera igual, yo quise otra vez a un hombre, y me salió mal el quererlo, y no volveré a pensar en otro. ¡Uno y no más, Niño! Pero, Niño, ¿de dónde le ha salido esa cavilación de que yo lo quiera?

-De que me muero por ese cuerpo tuyo tan salado, tan sabroso, por ese arroz, china.

-Yo lo aprecio también a su merced, porque es mi amo, y porque mamá fue la que le dio de mamar; pero de otro modo, ¡ay, Niño, me es imposible!

-Bueno, bueno, siempre te has de extremar conmigo, Dorotea. Te voy a pedir una cosa, la última, ya que no me correspondes, ya que desprecias mis favores y me has sacado tu vergüenza, lo diferentes que somos y otros escrúpulos así; concédeme siquiera el hablarte, no huyas de mí como has hecho siempre hasta hoy.

-¿Y para qué, Niño; qué va a sacar de eso; su merced no me dice? Lo mejor será que su merced se olvide de mí. Yo me iré pronto para la Habana con la señora, y entonces se le acabará al Niño todo.

-¿Ni que te hable, criatura?

-Yo no puedo hacer nada, Niño, nada. Mándeme su merced otra cosa cualquiera, lo que le parezca, y verá su merced cómo le sirvo muy contenta; pero sobre eso... en mi mano no está el remediarlo.

-Corriente, así me gustan las muchachas, sosteniditas, que le den a uno trabajo; lo demás es buscar que los hombres se aburran a los tres días. Dorotea, ahí veremos con el tiempo; yo no me cansaré nunca de estarte rogando. Reflexiona despacio en todo lo que te he prometido ahora y que estoy dispuesto a cumplirte en cuanto me correspondas. Guachinanga, con esa cinturita tan matona, ¿qué gusto hallarás en verme así desconsolado, estando en ti el ponerme alegre? Pero ya que te vas del cuarto y no quieres ni oírme, toma una cosa; toma este pañuelo y úsalo en mi nombre.

-Yo se lo dobladillaré al Niño, si quiere; pero cogérmelo para mí, su merced debe considerar que eso sería...

-No me desaires, mujer, que esto es una simpleza. Un pañuelo, ¿qué tiene un pañuelo; Dorotea?

-¿Ay, Niño, para mí tiene mucho! Yo le agradezco a su merced la buena voluntad...

-¿Conque me desairas también?

-No, señor, eso no es desaire; póngase el Niño en mi lugar.

Ricardo estaba cansado ya de tratar a una esclava con tanta dulzura, y viendo que sus promesas de libertar a Dorotea y a su hija, habían sido despreciadas por aquélla, que además se opuso abiertamente a su proposición de vivir con él, llegó a perder la paciencia con que hasta entonces le había procurado suplicar; sobre todo, cuando no le admitió la dádiva del pañuelo, se llenó de cólera contra la mulata, porque estimó su negativa como un menosprecio que no debía sufrirle a mujer de tan ínfima condición; conoció que, a pesar de cuantas circunstancias favorables abonaban por él, no le era posible rendirle de buen grado el corazón a una muchacha que, según lo indicara su resistencia, amaba todavía al calesero, aunque le había dicho lo contrario a la señora Mendizábal. Sólo por lograr mejor sus fines hubiera reprimido tanto tiempo los arranques de su carácter colérico y soberbio; pero al cabo, no pudiendo contenerse más, prorrumpió en desahogar su ira, sin dejar que Dorotea le respondiese una sola palabra. Ella, intimidada, no se atrevió a salir del cuarto, sino que se quedó allí escuchándolo, sin dar otra respuesta a sus amenazas e improperios que el río de lágrimas que le bañaban el rostro.

-¡Dorotea -le dijo casi gritando y con los ojos encendidos de cólera-, Dorotea, ya basta para contemplaciones! La culpa no la tienes tú, sino yo, que me he rebajado a enamorar a

una mulata, como si fuera blanca. ¡Cuidado si te meneas de donde estás, perraza! Escúchame: no has querido a las buenas darme gusto; pues ahora querrás por mal. Yo soy una oveja; pero también soy un león en tratándoseme con tanto desprecio; a bien que tú me conoces; yo no sé cómo te has atrevido a responderme tantas bachillerías. Agradéceme la paciencia con que te he escuchado; yo debía desde el principio, desde que te azoraste porque te propuse que vivirías conmigo, haberte pegado un puntapié. ¿De cuándo acá tanta virtud, señorita? ¿No se acuerda usted de lo que hizo con Francisco, no se acuerda de la barriga que tuvo en la Habana? ¡Y ahora se escandaliza la muy sinvergüenza! Cachimba, tú debías hasta besarme los pies cuando yo te mirara. ¿Sabes la diferencia que hay de ti a mí? Tú eres una cachorra mulata, mi esclava, y yo soy blanco, caballero, y puedo hacer de ti lo que me dé la gana. ¿Qué se habrá figurado esta tonta? Ven acá; tú me querrás, y tres más quince. Esta Pascua, esta misma Pascua, me he de salir con mi gusto; no te valdrá el servirle a Mamita, porque en mi poder tengo a tu querido Francisco, a ese borrachón, ladronazo; él me lo pagará todo. ¿Te crees que yo soy bobo, te crees que no conocí, desde que me empezaste a hablar, que lo quieres todavía? ¡Ah, embustera!, ¿así te atreves a engañar a Mamita? ¿Piensas que te ha vuelto a traer a su casa para sufrirte las barrigas? ¡Qué desvergüenza de mulata, Señor! ¿Habrás visto una cosa igual? ¿Tú quieres todavía a Francisco? Me alegro. ¡Ah!, ¡yo le daré bocabajos y más bocabajos! ¡Y lo tendré trabajando de día y de noche hasta matarlo! ¡Oh, sí, a ti te pesará haberme tratado como a un negro! Yo he sido quien lo ha puesto del modo que se halla, yo, porque me ha dado la gana, mi regalada gana; para eso es mío, y puedo hacer de él lo que se me antoje. Mamita cree que él es muy malo; no, señor, él no ha faltado en nada mientras está aquí; lo que tiene que yo lo aborrezco, y quisiera verlo con cuatro velas; al fin me saldré con la mía. Dorotea, bastante te he aguantado tus hipocresías, siendo tú como todas las negras, del primero que llega, ¡y hoy, hoy me has insultado! ¡Voto va! Tú te acordarás de mí. Mañana, oye, al Avemaría, el cuero; pasado mañana, al otro... todos los días le darán un bocabajo a Francisco, hasta, que te me rindas, cachorra; o si no, tendrás el gusto de ver salir por el batey a tu Francisco, entre dos cepas de plátanos, sobre un mulo, para el Camposanto del potrero. Aquí, quien manda, soy yo, y nadie más; ni Mamita se mete en las cosas de aquí. Anda, ve, chisméale; que puede que vayas también a cortar caña. No has querido hacer las cosas bien a bien; ahora las harás de por fuerza. Oye el cuero, te digo, todas las madrugadas, y figúrate que no pararán los bocabajos hasta que no hagas lo que antes te pedía como amigo, y ahora te mando como amo. ¡Eh!, ¡conmigo no valen lagrimitas ni puchereros! Me has desairado, Dorotea, me has mortificado hace cuatro años a tu gusto; es menester que veas ya a quien se lo has hecho. Mañana sí que llorarás de veras. Piensa en lo que te conviene; de aquí a tres días me responderás; si entonces te resistes todavía, seguirán los bocabajos. ¡Dorotea, esto es faltarle y no obedecerle pronto a tu amo! ¡Zúmbate corriendo de aquí, diablo, que no quiero oírte ni una palabra! Ahora te boto yo. ¡Fuera, fuera! Te acordarás de mí toda tu vida. ¡Tú llorarás sangre, mal agradecida!

*

En habiendo concluido Ricardo de pronunciar estas terribles palabras, Dorotea se fue llorando para el cuarto de las criadas. Por eso cuando la señora Mendizábal volvió del trapiche para la casa, no la encontró en la sala cosiendo, como la había dejado. Extrañó que no estuviese allí, y más, que al sentirla llegar, no saliera a recibirla y a ponerse a sus órdenes. Pasó al comedor, y unos sollozos que oyó dentro del cuarto de las criadas, le

picaron vivamente la curiosidad. Deseosa de saber quién los daba, y sospechando que fuese Dorotea por no haberla encontrado en la sala, no le preguntó a nadie, sino que entró en la pieza donde se oían los sollozos. ¡Y cuál no sería su asombro, viendo a la mulata allí, tirada sobre un baúl, llorando a mares! No pudo atinar con la causa de una aflicción tan profunda cuanto inesperada, y así fue que se quedó inmóvil, sin atreverse a preguntarle el enigma de aquello, ni a salir afuera sin informarse circunstanciadamente de lo que le hubiese acontecido durante su ausencia en el trapiche, muy ajena por cierto de que su hijo estuviera mezclado en el negocio. Estando en este conflicto, casi ya también con las lágrimas en los ojos por la lástima que la congoja de la mulata causaba, Dorotea se levantó precipitadamente del baúl y se le echó de rodillas a los pies, empero, sin que se pudiese distinguir lo que decía a causa de su llanto y de los sollozos que le embargaban la voz. La señora Mendizábal la hizo levantar del suelo, y le suplicó que saliera para la sala, donde le referiría el motivo de tanto pesar. Dorotea la obedeció al punto y, una vez que llegaron allí, tornó a hincarse de rodillas, en cuya humilde postura permaneció mientras estuvieron hablando, no obstante los esfuerzos de la señora Mendizábal porque la abandonase.

¿Pero qué iba a hacer Dorotea con hablarle a su ama? ¿Iba por ventura a recorrer el velo que cubría las atrocidades cometidas por Ricardo sobre el infeliz calesero? ¿Iba acaso a desengañarla de que el hijo, en quien tenía puestos todo su amor y confianza, era un hombre inhumano que sólo pensaba en vengarse, oprimiendo al inocente Francisco, de que ella no quisiese oír sus deshonrosas proposiciones y de que lo pospusiera a aquél? No, Dorotea se había criado en la casa de la señora Mendizábal porque allí había nacido, y, por consiguiente, no se le ocultaba el cariño entrañable de su ama hacia Ricardo, cariño que se traslucía sobre todo cuando debía fallar entre él y algunos de sus esclavos; Dorotea estaba cansada de ver que la señora Mendizábal, a pesar de su rectitud natural, y, casi puede decirse de su rigorismo en velar sobre las acciones de aquéllos que tenía bajo su poder, aflojaba mucho en severidad en tratándose de Ricardo, a quien se complacía, como nos parece que dijimos ya, en no oponérsele a nada, para que gozase y se divirtiera en los años fugaces de la juventud, y mientras la suerte le brindaba con crecidas riquezas; predisposición que, a fuerza de haberla estado ejerciendo continuamente, había llegado, como era preciso, al extremo de oír con disgusto que le contaran cualquier falta de Ricardo, no sólo porque le tocaba en lo más sensible del alma tener que corregirlo, sino porque, ciega de puro amarlo, ni veía en él casi nunca los extravíos que le imputaban, ni los veía más que muy pequeños, cuando eran tan de bulto que ni ella misma podía cerrarse los ojos para no distinguir la enormidad de la culpa. ¿Qué esperanza le quedaba a una pobre y desvalida esclava de alcanzar victoria, siendo el enemigo tan poderoso por sí y, a más de eso, con el juez que debía decidir del negocio a su favor? ¿Y cuáles era probable que fuesen las consecuencias de semejante paso si se resolvía a darlo? No hay duda que salir al fin vencida, pues el ánimo de la señora Mendizábal estaba muy en contra de Francisco, y los crímenes y faltas, de que lo habían acusado, eran demasiado grandes para que pudiese convencerse de que todo había sido maldad de su hijo y nada más. La venganza de Ricardo entonces, la venganza temible de aquel mozo que no conocía freno en yéndose a desatar sus pasiones, ¿hasta dónde se extendería? Si nada se alcanzaba de él con una humildad y una resignación extraordinarias ¿se contendría, por ventura, cuando se viese acusado y descubierto ante su madre, cuya severidad temía ahora, porque la conciencia le echaba en cara su criminal conducta, cuando la mulata le irritara su orgullo con declarársele enemiga, sin curarse de que iba a disputar con un blanco, y con su amo?

No; aquélla había resuelto tomar otro partido menos arriesgado, que, si por desgracia, no le salía bien, no le atrajera, por lo menos, más infortunios de los que estaba sufriendo; que tarde, que temprano, tenía que pasar por el lance de descubrir a la señora Mendizábal, su única tabla de salvación en las apuradas circunstancias dónde se encontraba, las crueles angustias que padecía su corazón, lleno de amor y de ternura hacia el calesero, por oponerse ella a un matrimonio de que dependían su honor y su felicidad. Confiaba, para conseguir el perdón de Francisco y la licencia de casarse, no en los empeños de las visitas que concurrirían el día de Año Nuevo a comer en casa de su ama, época que no le era posible aguardar ya, sino en la fuerza que prestaran a su petición las lágrimas y los ruegos siempre elocuentes, cuando el infortunio, apurada la copa de los pesares, se pone a lamentarse. Sin otras armas, sin otro valimiento, se hincó Dorotea de rodillas a los pies de la señora Mendizábal en cuanto llegaron a la sala, con la misma ansiedad con que un pecador cristiano se postraría delante de la Virgen Nuestra Señora para pedirle humillado, que le concediera las bienaventuranzas del Cielo. Expúsole que en premio de sus servicios, si había acertado alguna vez a agradarle, olvidase las faltas del calesero y que, si no consentía en traerlo a la casa y sacarlo del ingenio, le hiciese el favor de permitirle casarse con él, y quedarse allí también, acompañándole como buena esposa; todo lo cual le pedía, no por desobedecerla, sino por lavar su honra y darle padre por la Iglesia a Lutgarda. Seguro que si Dorotea le hubiese hablado a la señora Mendizábal con otro tono menos sumiso, hallándose como se hallaba tan sentida con Francisco, quién sabe lo que habría determinado hacerle en castigo de su arrojó; pero la mulata la desarmó y la enterneció, porque la tristeza de su semblante, el acento lúgubre de las palabras que la emoción le traía a los labios, y la fuerza de sus razones, debían por necesidad despertarle la lástima a una mujer que, entre otras cualidades dignas de aprecio, poseía la más bella de todas: afligirse en viendo padecer a los demás.

Mas por mucho que se condoliera de la mulata y deseara servirle el particular, le vino al pensamiento la idea, de que perdonando así a Francisco de repente, habiendo cometido faltas tan graves, quedaría sin castigo, y se daría en el ingenio un ejemplo pernicioso de suma lenidad, atendido el rigor con que pensaba de buena fe que era imprescindible tratar a los negros y, en especial, a los de las fincas. Hallábase en un duro compromiso: o dejar desconsolada a Dorotea, o favorecer al calesero con perjuicio de la buena disciplina. Al principio procuró disuadirla con las razones que pudo de seguir un plan que estimaba desacertado e hijo solamente de su amor, y hasta la reconvino en cierto modo, porque habiéndole prometido el día antes olvidar a Francisco, persistiese aún en quererlo, dejándola desairada; pero como Dorotea no cesaba de llorar, y ella, por su parte, no sabía de qué modo consolarla y mitigar la pena que le había causado su aflicción, resolvió conciliar en lo posible los dos extremos asegurándole que la licencia de casarse con Francisco se la otorgaba, si bien le parecía de necesidad que aguardase a que transcurriese siquiera un mes a fin de que Francisco llevara, si no el merecido, a lo menos algún castigo por sus faltas, y que entonces, además de perdonarlo, en señal del gusto que experimentaba por la cordura de ella en haberse portado siempre como una esclava obediente, amiga de suplicar antes que contravenir a las órdenes de su ama, restituiría otra vez a Francisco al servicio de la casa, pero no la suya de la Habana, sino la de Ricardo en el ingenio, a donde la mandaría con Lutgarda, para que se quedase allí sirviéndole también a su hijo.

Trabajo le costó a Dorotea, a la pobre Dorotea, que hasta en lo mismo que debía aliviar sus penas encontraba motivos para ser más desventurada, ocultar el dolor que le ocasionaron las palabras de la señora Mendizábal, pues ¿a qué se habían reducido ya sus esperanzas de librar a Francisco de los males que Ricardo le preparaba en el ingenio? ¿Era bastante la concesión de su ama para sosegarla sobre las amenazas de aquél? La señora Mendizábal, ignorante de cuanto pasaba entre la mulata y su hijo, adoptó el temperamento que hemos dicho, por atender a la vez a dos cosas, a complacer una esclava tan sumisa, y a castigar en parte las maldades del calesero; mas ni remotamente se sospechó que con lo propio que pensaba alegrar el ánimo acongojado de Dorotea, iba a desconsolarlo más, dejando a Francisco en poder de Ricardo por el largo espacio de un mes, y disponiendo que después de transcurrido ese término y de ser quitado aquél de las faenas del campo, permaneciesen los dos en el ingenio, a discreción siempre de su mayor enemigo. Dorotea se convenció de que no había ya ningún recurso para evitar los castigos con que la amenazó Ricardo de martirizar al calesero si no se avenía de buen grado a darle gusto; pues pedir a la señora Mendizábal que perdonase en el instante a Francisco y les permitiera casarse, cuando acababa de hacerle un favor, no pequeño a la verdad en otras circunstancias menos tristes, habría sido abusar de su bondad y exponerse a perder su gracia; así fue que determinó callar y hasta fingir en el semblante mucho regocijo por la que le dispensó, sin embargo de haber producido en ella un efecto diverso del que se propuso la señora Mendizábal. Esta necesidad de aparentarle a su ama lo que no sentía dentro del pecho, cuando por otra parte en tamaño conflicto no la alentaba ninguna esperanza, era para la infeliz un nuevo y doloroso martirio que había de agregar a sus otras desventuras. Ni podía tampoco depositar sus pesadumbres en la única persona de quien siempre se esperaba, si no remedio, al menos alivio en las adversidades; porque ¿cómo se atrevería a descubrirle la pasión de Ricardo y que de ahí dimanaban todas aquellas persecuciones? Si nada se podía impedir con eso ¿no valía más ocultarle lo que, una vez sabido, era seguro que le ocasionase otra desgracia mayor aún que las anteriores, el dar entrada en su corazón a los celos? Resuelta, pues, a no participarle a Francisco las vergonzosas proposiciones, y las amenazas de Ricardo, ni aquella entrevista suya con la señora Mendizábal y, teniendo que reprimir sus dolores, se puso a coser otra vez en la sala, deseando con ansia que llegara el momento de abandonar el trabajo para irse de allí y dar libre rienda a su tristeza en donde nadie la perturbase, y que amaneciera por ver si efectivamente cumplía Ricardo lo que le anunció de castigar a Francisco.

Capítulo VI

Diez días pasaron después de los acontecimientos que acabamos de referir en el capítulo precedente, sin que Ricardo le volviese a hablar a Dorotea sobre sus pretensiones. No se crea, sin embargo, que se arrepintiera de ejecutar las atrocidades con que la amenazó matar al infeliz Francisco, si ella no se avenía a darle gusto. Convencido hasta lo sumo, por las muchas repulsas que había llevado, de que sólo mediante la fuerza podía conseguirse vencer su obstinada resistencia, estaba martirizando desde entonces a aquel negro inocente, para que, afligida la mulata, no tuviese al fin otro arbitrio que rendírsele. Pero estos castigos, por temor de que la señora Mendizábal amadrinara a Francisco, pues en cuanto a dejar de creer que fueran justos, nada se recelaba, sabiendo el crédito que concedía a sus

palabras, se los hacía dar en el campo lejos de las casas. Con tanto silencio realizaba su venganza, que quizás se hubiera engañado la misma Dorotea creyendo que le había cogido lástima, a no informarse todos los días por conducto del taita Pedro de los trabajos con que estaban abrumando a Francisco. La señora Mendizábal ignoraba lo que a causa de las malas entrañas de su hijo padecían aquellos desgraciados esclavos. Es verdad que desde la mañana en que habló con Dorotea, prometiéndole dejarla casar de allí a un mes, había notado en la pobre cierto abatimiento, cierta tristeza, que al punto hubo de llamarle la atención; pero lo atribuyó a la pena de no haber conseguido la licencia de matrimonio para casarse tan pronto como deseaba. Sucedió a ocasiones, verla cosiendo a su lado aguarésele de repente los ojos, y desatarse luego a llorar; otras, encontrársela en el cuarto de las criadas, hincada de rodillas delante de las imágenes de los santos que había en la pared, rezando con muestras de grande aflicción, o salir a pasear en compañía de las otras negras, mas siempre cabizbaja y pensativa; y entonces, porque en su buen corazón tenían tanto imperio las desgracias del prójimo, trataba de consolarla, diciéndole que aquel mes se pasaría aprisa, o haciéndole algunos regalos, como pañuelos, túnicos y otras frioleras así. ¡Cándida señora, que por lo mucho que amaba a su hijo, nada se sospechaba en contra de él! Luego, sin salir apenas de la casa de vivienda, y, cuando lo hacía, sin ir adonde estaba el cepo, por la compasión que le daban los negros puestos en él; y últimamente, no habiendo llegado a sus oídos ninguna queja de Francisco, ¿cómo podía saber los horrores ocasionados por Ricardo, y mucho menos, remediarlos?

En todo aquel espacio, no sólo no se habían hablado, pero ni aun visto siquiera Francisco y Dorotea. El mismo día de las amenazas de Ricardo tuvieron una entrevista en la arboleda a la hora que vino la gente del campo, en que, después de haber estado combinando largo rato algún medio de evitar la borrasca que iba a estallar sobre el calesero, porque todo, menos las pretensiones de aquél, se lo participó la mulata, y, de haber conocido, al cabo, que en cualquiera había muchas dificultades y riesgos, pues el recurso de pedirle papel a la señora sería inútil, si se lo negaba, y el de fugarse impracticable, hallándose cargado de grillos y ramales, sin exponerse a que el mayoral lo aprehendiese pronto con sus perros; después de todo esto, resolvieron no verse más durante los castigos, Francisco, por no apesadumbrarla con la presencia de sus miserias, y ella, por no caerse muerta de dolor viéndolo padecer en los términos que le anunciara Ricardo. Ni se había atrevido ésta tampoco a asomarse por la ventana del cuarto, como otras ocasiones, cuando aquél cruzaba por el batey, al venir del campo junto con los demás negros. La única comunicación que tenían era, como hemos dicho, valiéndose del taita Pedro que les llevaba y traía los recados y por cuyo conducto le mandaba la mulata al calesero ropa limpia, tabaco y comida de la casa. Sin embargo, estas atenciones tan tiernas no podían derramar ningún solaz en el corazón del cuitado Francisco; consolábase sí, porque aquello le demostraba el amor entrañable de Dorotea; mas en poniéndose a reflexionar que nunca se acabarían tal vez los sinsabores de ésta -cuya causa aunque inocente era él- una congoja mortal le acibaraba al momento todo el gusto. Al menos, que mucho que poco, la mulata tenía a la señora Mendizábal que le mitigara sus penas, ¿pero Francisco dónde iba a encontrar alivio en el ingenio? Los negros de la finca atribuían su abatimiento a los castigos, sin sospechar siquiera que otras angustias, mayores todavía, lo atormentaban más. Sólo el taita Pedro lo comprendía allí, sólo él con apretarle cariñosamente las manos entre las suyas temblorosas y descarnadas ya por los años, cuando conversaban sentados en la puerta de su bohío, lograba a ocasiones distraerle un poco. Así que, en el corte, de día y por

la noche, metiendo caña, abismado de continuo en las más tristes cavilaciones acerca de lo pasado y lo presente y del porvenir, se pasaba las horas enteras sollozando, si no caían también gota a gota sus lágrimas sobre el pajonal de la caña, el machete con que la cortaba y el burro del trapiche. Venía del campo a comer y, en lugar de hacerlo, les daba a sus compañeros su ración de funche y de tasajo y se metía en el bohío, hasta que la campana botaba otra vez la gente. Por la noche no pegaba los ojos; sentábase a la puerta de aquél sobre un trozo de madera, y desde allí volvía unas veces la vista hacia la casa de vivienda, y otras, al cielo, o acompañaba en voz baja y melancólica las canciones del trapiche, o entonaba El llanto, su punto favorito.

Es que ya le habían dado por término de diez madrugadas, sesenta cuerazos en la primera y veinte y cinco en cada una de las otras, que componían la suma de doscientos ochenta y cinco, por mano del mismo mayoral, con un látigo nuevo de cuero crudo, sacado del lomo, y de pajueta de cáñamo. Pero al séptimo día de estos castigos, bien por la sangre que los azotes le habían hecho perder, y por ardentía y picazón de la picapica y de los ajiguaguas y del aguardiente, orines, sal y tabaco con que le untaban las nalgas después de los bocabajos; por el cansancio que le ocasionaban los grillos y ramales, y las faenas de cortar caña durante el día, y meterla en el trapiche por la noche en el cuarto de madrugada; oséase a causa de que el contramayoral no paraba de azotarlo, o de que aquellos nuevos padecimientos lo cogiesen ya harto extenuado por lo que anteriormente había sufrido, tuvieron, bien a pesar suyo, Ricardo y don Antonio que dejarlo de sacar a los trabajos porque no podía caminar de la postración en que estaba. Mas no por eso cesaron los bocabajos; de la tarima del cepo lo conducían en brazos a la fila, donde le daban los cuerazos designados por Ricardo. Dos días hicieron esto; mas viendo al tercero que le había entrado calentura, determinaron ponerlo en la enfermería, no fuese por contingencia a llegar su enfermedad a noticia de la señora Mendizábal, y que ellos no lo curaban.

Aquella tenía por costumbre ir algunas ocasiones a la enfermería para aliviar en cuanto pudiese las dolencias de sus negros, a donde la acompañaba Dorotea con el fin de ayudarla a hacer los remedios, y de que supieran los enfermos a quienes debía darles los bocados de comida que les mandaba de la mesa. Pues el mismo día que entró Francisco, fueron las dos allá por la tarde. Reinaba en la sala una oscuridad tan profunda, porque sólo se iluminaba por unas pequeñas ventanas, de balaústres muy estrechos, abiertas en lo alto de la pared, que fue menester encender vela. Dorotea la cogió y, yendo por delante, le enseñaba a su señora enfermo por enfermo. Luego que los hubieron recorrido todos, se retiraban ya; cuando la enfermera les advirtió que todavía les faltaban por ver dos que estaban en un pequeño cuarto contiguo a la sala de varones. La señora Mendizábal pasó al punto a dicha pieza; pero apenas entró, tuvo que salir, no fuera a darle fatiga de la fetidez que despedían los negros. Dorotea se quedó con ellos y, sin saber la causa, sólo por haberlo oído decir a la enfermera que habían entrado por la mañana, se acercó a las tarimas, palpitándole fuertemente el corazón. Primero alumbró a uno con la vela, le hizo varias preguntas, y se dirigió después al otro, que estaba en un rincón del cuarto. Éste parecía descansar sumergido en un sueño tranquilo; tenía un brazo debajo de la cabeza y el otro le colgaba casi hasta el suelo. Lástima le dio despertarlo; pero reflexionando que de no hacerlo, iba a quedarse sin cura, se atrevió a ponerle una mano encima, y a menearlo suavemente. El negro no despertó por eso; y ya se preparaba a dejarlo, cuando virándose boca arriba, parece que con la luz de la vela y el ruido que ella hizo al retirarse, abrió los ojos y miró en

derredor de sí como azorado. Entonces le acercó la luz a la cara; pero él, agarrándola por un brazo e incorporándose en la tarima, lanzó un ¡ay! lúgubre y tristísimo, se dejó caer sobre las tablas como muerto, y unos sollozos, que parecían destrozarle el pecho, comenzaron a resonar por el cuarto. La mulata no había conocido hasta entonces a Francisco, según estaba de desfigurado; no era ciertamente ni su sombra. Todos los huesos los tenía de fuera, los ojos y la boca hundidos, la cara, la cabeza, el pecho, los brazos y las espaldas, llenos de verdugones y lastimaduras. ¡Cómo no se quedaría al verlo así, acostado además sobre una tarima de madera, sin almohada donde recostar la cabeza ni sábana para taparse, con los calzones sucios, manchados tal vez de sangre, y exhalando un olor insufrible de las llagas que le cundían todo el cuerpo! Se puso a gritar como arrebatada, se tiró sobre él llamándolo con las expresiones más tiernas, y principió a lamentarse amargamente de su destino. De allí a poco rato volvió en sí Francisco de aquella especie de delirio; y la escena que pasó entre los dos, creemos innecesario pintársela a nuestros lectores.

Cuando Dorotea salió de la enfermería, Ricardo, que estaba en la zampa del trapiche divirtiéndose en ver correr los negros con la caña, y que había reparado que su madre cruzó por el batey para la de don Antonio a visitar la mayorala, bajó al instante de allí, y se dirigió a la de vivienda tras de la mulata. Ésta se ocupaba, a la sazón que él llegó, en echar un hacecillo de malvas en una cazuela llena de agua para hacer un cocimiento con que lavarle las llagas a Francisco. Apenas sintió pasos de hombre en la sala, que conoció ser de Ricardo, trató de esconderlo todo debajo de la mesa; pero de turbada que se puso, no atinó a ejecutarlo tan aprisa que dejara aquél de verlo. Su repentina demudación le dio a sospechar a Ricardo que serían remedios para Francisco; así fue que temblándole las manos y los labios de cólera, se lo preguntó. Por más que ella quiso aplacar su enojo diciéndole que la señora la había mandado hacer aquel cocimiento y que ignoraba para quién, sucedió cabalmente lo contrario, porque habiendo penetrado Ricardo su intención de engañarlo, tomó la cazuela y la tiró al patio rompiéndola en mil pedazos y, lo que es más doloroso aún, se atrevió ¡cosa que le pasaba por primera vez! a ponerle encima las manos. Asiola fuertemente de las pasas y, hamaqueándole la cabeza para uno y otro lado, la tumbó en el suelo y allí le dio muchos puntapiés. Lutgarda, la hijita de Dorotea, que andaba gateando por el comedor, con la bulla que se armó, asustada la pobrecilla, principió a gritar; y nada más que por eso la arrebató también del suelo, se la montó en una pierna y tuvo la inhumanidad de pegarle con toda su fuerza ocho o diez, nalgadas. Después le volvió a caer a la madre; hasta que cansado de golpearla, la dejó y se fue otra vez al trapiche, echándole mil maldiciones y desvergüenzas.

Dorotea, mientras Ricardo la estuvo golpeando, no hizo más que pedirle por Dios, y lo mismo, al ver cómo maltrataba tan sin lástima al inocente angelito; pero apenas salió de la casa, se abrazó con Lutgarda, y arrullándola para que no gritase más, entró en el cuarto de las criadas, y se puso a darle de mamar. ¡Cómo estaría entonces el corazón de aquella madre! ¡Qué de pensamientos, a cual más terrible, no se le ocurrirían a la infeliz! No sólo le desgarraban el alma las nalgadas de su hija y los tirones de pasas y los puntapiés que ella aguantó, pero también al recordar las cosas con que Ricardo la estuvo mortificando incesantemente desde el día de las amenazas. Este joven, a modo de aquel tribunal, que para rendir a las víctimas que caían entre sus manos, usaba de tan horribles tormentos que ninguna fortaleza humana pudiera resistirlos, le velaba día y noche los pasos para estorbar que hablara con Francisco y por aprovechar cualquier oportunidad de pintarle sus trabajos y

de amedrentarla con otros nuevos y mayores todavía. De todo lo cual se acordó la mulata, y de cómo había visto al calesero en la enfermería, para imaginarse el porvenir que le esperaba. Pero una doble resolución, inspirada acaso por el mismo Dios, de que ya se había ocupado muchas veces, y que en aquellas circunstancias se le ocurrió con más fuerza, vino a disipar las tinieblas que pugnaban por oscurecer el cielo purísimo de su virtud. Veíase ciertamente en un gran conflicto para una muchacha de condición esclava y de sus pocos años: o dejar que Francisco muriese por su causa, o libertarlo de tantos infortunios a costa del más tremendo sacrificio; pero la educación y el ejemplo que de la señora Mendizábal recibió, y por otra parte la pasión que le consagraba a aquél, todo esto hizo mucha impresión en su ánimo para que prefiriese a manchar su honestidad, único tesoro que en el mundo poseía, derramar lágrimas sobre el sepulcro de Francisco. Sin embargo, cada vez que se acordaba de que entonces no lo vería más nunca, y de que iba a morir por haber puesto los ojos en ella, tan desgraciadamente, no podía menos de conturbarse. ¡Ah!, ¡era muy recio el huracán! Cuando acabó de estas reflexiones, acostó a Lutgarda, que ya se había dormido, y se arrodilló delante de una Virgen de los Dolores implorando su misericordia. Esas oraciones, la esperanza de que el Cielo se lastima de nosotros cuando padecemos en este valle de miserias, y el comparar sus pesadumbres con las que tendría la Madre del Señor, viendo crucificado por los infieles al hijo de sus entrañas, la fueron consolando poco a poco.

Tres días estuvo yendo a la enfermería a llevar las sobras de la mesa; de suerte que siquiera tuvieron los dos amantes el consuelo de poderse desahogar hablando de sus penas recíprocas. Ricardo lo sabía todo; pero no estaba en su mano estorbarlo sin descubrirle a la señora Mendizábal los castigos de Francisco; con lo cual crecía cada vez más su enojo en términos que aumentó hasta treinta el número de cuerazos que debían darle a aquél todas las madrugadas, amenazando siempre a la mulata con seguir haciéndolo así en lo sucesivo. El alma de la muchacha se iba apocando por grados; todos los días se encontraba al calesero en peor situación y, a pesar de sus remedios y del buen alimento que le llevaba, conoció, al fin, que no tardaría mucho tiempo en morir. Mas al cuarto día de estar visitándolo, se lo halló en tan apurado extremo, que no daba ningunas señales de vida sino por las palpitaciones del corazón; cuya causa era un bocabajo de cuarenta cuerazos que había recibido aquella mañana. De nada sirvió que llamase al médico por ver si la consolaba; antes la afligió más diciéndole que expiraría dentro de cuarenta y ocho horas a mucho tardar, como no cesaran los castigos. Aburrída de sufrir en silencio tamañas crueldades, y traspasada del más acerbo dolor, se fue corriendo a la arboleda en busca del taita Pedro para contarle bajo de secreto lo que le pasaba y aconsejarse con él sobre si haría bien en instruir a la señora Mendizábal de la conducta de su hijo. Pero el taita Pedro no estaba ya en el rancho, porque Ricardo, sin atender a sus años ni a sus achaques, lo había metido por la mañana en el cepo, apenas supo la comunicación que había por medio de él. ¡Todo, todo se conjuraba para oprimirla! Sentose largo rato debajo del mamey, de aquel mamey a cuya sombra había hablado dos ocasiones con Francisco, a llorar a éste como muerto y a reflexionar qué partido tomaría; y sin embargo, no se resolvió a abrirle su pecho a la señora Mendizábal, temiéndose lo que siempre, que prestara más crédito a las mentiras que al momento fraguaría Ricardo, para sincerarse.

Al día siguiente no fue a la enfermería, excusándose con que la agobiaba un fuerte dolor de cabeza, y lo mismo hizo por término de una semana, que la pasó toda llorando,

encerrada con Lutgarda en el cuarto de las esclavas, no obstante las muchas y eficaces instancias de su ama para que procurase distraerse saliendo a pasear por el ingenio. La señora Mendizábal comenzó a sospecharse con esto que otra causa mayor de la que se había figurado, producía tan profunda tristeza en la mulata; cansada de preguntársela infructuosamente, trató de averiguarla por medio de las otras negras; pero éstas no tuvieron valor para descorrer el velo a las iniquidades de Ricardo, recelándose que después las cogiera entre ojos; por último, recurrió a su hijo, el cual la satisfizo plenamente. Varias ocasiones habían hablado los dos del abatimiento de Dorotea y, aunque en ninguna le había dicho él nada, ahora le pareció necesario hacerlo, viendo las cosas comprometidas de modo que podía ser descubierto su manejo cuando menos lo pensara. Dio la casualidad justamente de que noches anteriores, en el mismo cuarto donde trabajaba Francisco, estuvo el trapiche a pique de romperse con un pedazo de hoja de machete, que, o fue revuelto entre las cañas, o lo metió algún negro de propósito entre las mazas; ignorábase a punto fijo el autor de la falta; pero Ricardo no vaciló en aprovecharse de esa contingencia para achacársela a Francisco, por ser de los metedores de caña contra quien recaían más sospechas, supuesto que un negro de la índole que él lo pintaba, abrumado de trabajos, debía procurar vengarse por todos los medios posibles. La señora Mendizábal, si bien lastimada hasta lo sumo de Dorotea, como que no puso en duda un solo instante el nuevo extravío del calesero, se enojó sobremanera contra éste y aprobó los castigos que le habían impuesto, aunque desfigurados en verdad por Ricardo, y hasta celebró la prudencia de su hijo en haberle ocultado unos sucesos que le llegaban al alma. Al informarse de la conducta de Francisco durante la Pascua, la principal intención que tuvo, caso de haberse comportado bien, fue perdonarle sus errores, llevárselo otra vez de calesero a la Habana y dejarlo casar con Dorotea, todo en obsequio de esta excelente criada, que ni aun en medio de aquellos sinsabores había osado proferir una queja. Mas ahora ¿cómo llevar a cabo esos planes caritativos? ¿Cómo faltar a la severidad, donde estribaba, a su juicio, la buena disciplina de los esclavos? El mejor partido era alejar pronto a Dorotea del Ingenio, a fin de que se desvelase; y así determinó arreglar su viaje a la ciudad para de allí a tres días.

*

En cuanto a Francisco, por orden expresa de Ricardo no había recibido ningún género de castigo desde que la mulata dejó de ir a la enfermería; al contrario, aquél mismo iba a menudo a preguntarle por su salud, le hizo poner colchón y almohada en la tarima, lo sacó del pequeño cuarto donde estaba a la sala de varones y lo recomendó al médico. Con tales cuidados, no tardó en reponerse de la postración a que lo habían reducido los bocabajos, de manera que a la semana estaba ya convaleciendo y le permitían dar sus paseos por el batey. El punto de ellos era siempre el trapiche, desde donde podía ver la casa de vivienda; allí se pasaba las horas enteras mirando para la sala, para el colgadizo y para las ventanas de los cuartos, por si lograba vislumbrar a Dorotea aguaitándolo también, aunque sin conseguirlo nunca. Asaltábanle entonces los pensamientos más tristes y se iba otra vez a la enfermería a llorar en su tarima. No le faltaba razón, a la verdad, porque había una semana completa que no hablaba con ella. Según noticias de la negra que sustituyó a Dorotea en llevar las sobras de la mesa a los enfermos, se hallaba acostada con dolor de cabeza; mas ¡un dolor de cabeza solamente tantos días! Esto le daba a maliciar, o que era otro achaque mayor, que le ocultaban, o que en el supuesto de ser cierta aquella enfermedad, tenía poco empeño de hablarle, cuando en otras ocasiones menos críticas no había hecho caso de nada; hasta llegó

a imaginarse que lo hubiera olvidado viéndolo en tan deplorable situación, o por consejos de la señora Mendizábal, o porque su cariño no le proporcionaba más que pesares. Le había mandado muchos recados pidiéndole una entrevista en la arboleda y siempre había obtenido por única respuesta, que no se apurase, que ella no era capaz de serle ingrata, que si no accedía por entonces, lo motivaba el miedo de no escamar a la señora Mendizábal, como se fingiese buena de repente, y que tiempo les sobraba después para hacerlo; pero nada de esto lo satisfacía. Al fin, la víspera de los Santos Reyes, por la mañana, habiéndose quejado lastimosamente con aquella negra de la frialdad de Dorotea, ésta le prometió una entrevista para la tarde en la arboleda, a eso de ponerse el sol. Enajenado de puro gozo, le pareció un siglo el tiempo que faltaba, y por distraerse se puso a hacer una jaulita de güin y varetas de coco para mandársela a Lutgarda con los tomeguines que pudiera coger en los secaderos. ¡Ah! se esperaba disfrutar algunos momentos de gusto al lado de una persona que le era tan querida, después de la deshecha tormenta que acababa de correr!

Una hora antes de ponerse el sol estaba ya en la arboleda sentado a la orilla del río. Todo lo veía alegre aquella tarde, las aguas, las yerbas, los árboles, el cielo y los pájaros que, revoloteando de mata en mata, se acercaban adonde tenían costumbre de dormir. A cualquier ruido de las hojas con el viento, a cualquier sombra de una rama que oscilaba, volvía la cabeza para el trillo, pensándose que era Dorotea. El sol se escondía detrás de un espeso palmar, y la noche, la triste noche iba a envolver todos los objetos que lo habían divertido, en un mar de tinieblas; llegaba aquella hora lúgubre para él dondequiera, en que siempre se había acongojado recordando sus infortunios, y vertido infinidad de veces copiosas lágrimas. De allí a un rato la campana del ingenio tocó la Oración, y tras ella las de las fincas vecinas, cuyos ecos, interrumpiendo el silencio sepulcral de los campos, le parecieron más melancólicos que nunca; luego oyó el guirigay de los negros que venían del campo, los latigazos del contramayoral y el crujir de las prisiones; y los grillos comenzaron su canto monótono, y las lechuzas, aves de mal agüero, que salían de la arboleda silbando, le cruzaban por encima. Sin poder contenerse se inundó entonces de llanto, del llanto más amargo que había derramado en toda su vida; aquella dilación de Dorotea, tenerlo así aguardando hasta la Oración, sabiendo que a esa hora cerraban la enfermería, ¿cuál era la causa de esto? Prometerle una entrevista y no cumplirla, después que toda la semana se la había estado pidiendo en balde, ¿no le daba motivo bastante para resentirse? Cuando se ama como Francisco, y las desgracias lo persiguen a uno, es fácil juzgar por las apariencias; así fue que él, si bien por primera vez, dio cabida en su pecho a los celos. Antes de sus amores con Dorotea, el calesero de Ricardo la había estado enamorando, loco, perdido por ella; nunca había conseguido nada; pero ahora se hallaban juntos en una misma casa ¡y quién sabe! Este pensamiento lo acabó de angustiar y, levantándose precipitadamente, tomó el camino de las fábricas. Con la luna, que aparecía melancólica por el oriente, la sombra de su cuerpo se proyectaba en el suelo a larga distancia, y, ¡lo que es tener el corazón triste!, cada vez que volvía los ojos hacia ella y reparaba que le iba como huyendo por delante y que nunca la podía alcanzar, más le arreciaban las penas. ¡La sombra era Dorotea cuya imagen la seguía a todas partes, pero sin juntársele jamás! Así fue atravesando la arboleda, hasta que al cruzar por entre un bosquecillo de naranjos, le salió al encuentro un perrito, agachándose, bajando la cabeza y meneando alegremente el rabo, pintado de prieto y blanco, con las orejas cortadas; el mismo satico de taita Pedro.

-Bijirita, Bijirita, ¿qué haces por aquí a estas horas, -le dijo Francisco enternecido pasándole la mano por el lomo,- si ya tu amo no vive aquí? ¿Por qué no te vas al cepo? ¿A que no le vienes a cuidar sus gallinas? ¡Anda, anda conmigo, olvidadizo!

El perrito le siguió dos o tres pasos; pero después volvió para atrás y se metió entre los naranjos ladrando. Silbole dos o tres veces, y nada, Bijirita continuaba metiendo bulla sin hacerle caso. Queriendo ver por qué se había alborotado tanto, se internó también en la arboleda, y a poco andar percibió los pasos de una persona que se alejaba apresuradamente y cuyo vestido sonaba con el viento y con las yerbas, por lo cual conoció que era de mujer. Cuanto se lo permitía su debilidad echó a correr tras de ella para cerciorarse de si era Dorotea; de lo que no le quedó la menor duda, luego que salieron a un pequeño limpio que había cerca de los naranjos, donde daba de lleno la claridad de la luna.

Advirtiéndole que él la perseguía, se detuvo y lo esperó con los brazos abiertos, aunque anegada en lágrimas y tan adolorida como nunca la había visto Francisco. Éste iba dispuesto a quejarse de su frialdad en los últimos días, a pedirle explicaciones acerca de todo, pues con las dudas que le habían entrado, le era imposible vivir; y sin embargo, al notar su grande aflicción y la ternura con que le echó los brazos, no tuvo valor para preguntarle ni aun por qué se había puesto a correr en cuanto lo sintió. No pensando ya sino en distraerla, empezó a colmarla de besos y de caricias, a decirle palabras amorosas y a pintarle mil quimeras de felicidad para lo futuro, de matrimonio, de hijos, de servirle juntos en la Habana a la señora Mendizábal, visto el cambio que había tenido la conducta de Ricardo; pero mientras más se esforzaba por consolarla, más crecía el dolor de la mulata. Mucho rato permanecieron en los brazos uno de otro, hasta que apartándose ella, como horrorizada, de Francisco, le dijo con voz casi ininteligible sollozando:

-¡Adiós, Francisco, adiós, ya no dirás que no te quería ver, ni que soy ingrata! Pero escúchame; ésta será la última ocasión; olvídate de mí, y guarda tu corazón para otra, porque ya no merezco ser tuya. El niño Ricardo tiene la culpa de todo. ¡Ah! si no, ¡te hubiera matado!

-¡Perdida, Francisco, sin honor, no me vuelvas a mirar!

En acabando de pronunciar estas palabras, le echó una mirada lánguida, dolorosa, y tomó el trillo que conducía a la casa. Francisco se quedó, por lo tanto, inmóvil como una estatua, sin saber qué hacer ni qué decir, con los ojos clavados en la tierra; luego los alzó, y viendo que Dorotea se alejaba a toda prisa por entre los árboles, y que sólo se distinguía su túnico blanqueando con la luna, principió a llamarla a gritos los más lastimeros y a correr en pos de ella desalentado. Así llegó hasta el patio de la casa; pero la mulata había entrado ya, y tuvo que volver para atrás. Internose en lo más oscuro de la arboleda, donde se tiró en el suelo a revolcarse como acostumbraban los negros de nación cuando estaban desesperados, arrancándose las pasas y mordiendo la tierra.

Las expresiones de la mulata le habían destrozado el alma al infeliz: Todo lo había sufrido contento, grillos, bocabajos, las más duras faenas, los desprecios de Ricardo y de los operarios, a causa del amor que profesaba a Dorotea; un año de penalidades había pasado lejos de ella y de su hija, sin soltarlas un punto de la memoria ni de día ni de noche;

habíansele agotado las lágrimas de tanto llorar su cruel separación; y aquella Pascua, aquella Pascua feliz y risueña, al principio, a pesar de los castigos, sólo porque tenía cerca las dos personas que endulzaban las amarguras de su vida, que había lucido como el iris después de la borrasca, y héchole sonreír la sonrisa de los mártires cristianos, al entrever en medio de sus dolores las bienaventuranzas de la gloria eterna; aquella Pascua, ¡ay, Dios!, había acabado por arrebátárselo todo. Sin padre, ni madre, ni hermanos, ni otro pariente alguno; sin amigos; en Cuba, tierra de blancos; esclavo, hijo de África y negro; con una imaginación ardiente como el sol que lo calentó al nacer; con una fina sensibilidad; cuando abrió los ojos y no quiso jugar más los juegos de la infancia, cuando empezó a conocer su triste destino, y alguna que otra lágrima de hiel le rodó en el silencio y soledad de la noche por sus mejillas abrasadas, ¿en dónde había fijado la vista primeramente en busca de solaz, quién había enjugado desde entonces aquellas lágrimas, sino Dorotea? Mas ahora, ¿qué le restaba que le pudiese hacer amable la vida? ¡Todo, todo lo había perdido!

.....

La mañana siguiente muy temprano fue la enfermera a decirle a Ricardo que Francisco no había dormido aquella noche en la enfermería y que nadie lo había visto tampoco desde que la tarde anterior salió a dar una vuelta por la arboleda. Ricardo llamó inmediatamente al mayoral y le encargó que lo buscase, figurándose que estuviese huido, bien que sin hacerle nada, caso de hallarlo. Don Antonio volvió a las casas como a las doce, después de haber registrado inútilmente casi todo el ingenio. Entonces creyeron que se hubiese ido para la Habana y dejaron de buscarlo más.

Pero por la tarde, estando los dos en el potrero viendo la yeguada, notaron que hacia la parte del monte volaban alrededor de una guásima multitud de auras; señal de que había allí algún animal muerto. Acercáronse para cerciorarse, y nada hallaron al principio en el suelo, ni abajo de la guásima, ni por los alrededores; hasta que alzaron la cabeza, y vieron a un negro ahorcado, pendiente del gajo más alto, hinchado ya, medio corrompido, y picoteado de las auras. ¡Este negro era Francisco!

Al oscurecer cuatro compañeros suyos, minas de nación, lo bajaron de la guásima, y en hombros, cantando a uso de su tierra, lo llevaron al camposanto y le dieron sepultura. El taita Pedro iba con ellos guiándoles, y fue quien le echó encima el primer montón de tierra.

Ni la señora Mendizábal ni Dorotea supieron nada hasta de allí a mucho tiempo que lo escribió Ricardo a la Habana, durante el cual pasó Francisco por huido; y la mulata, consumiéndose poco a poco de pesar, murió al cabo de algunos años.

En cuanto a Ricardo, pronto se olvidó de la muerte de Francisco y no ese atrevió a perseguir más a Dorotea, porque le faltaba con qué poder oprimirla.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

